

FELIX LUNA



Revoluciones

Estallidos políticos y
soluciones constitucionales

Lectulandia

Una constante que fluye por los meandros de los sucesos argentinos es la tendencia hacia una mejor democracia política en conexión con una vocación de igualitarismo social más sólido. Sin duda: somos un pueblo hecho para la democracia, aunque las revoluciones sean parte cierta de nuestro pasado.

La palabra “revolución” implica un cambio radical en los núcleos de “poder” al ser reemplazados por otros que suscitan mayor aceptación social. En ese sentido, la gesta de Mayo sí fue una revolución auténtica porque cambió de régimen, de costumbres, de castas, leyes y vida cotidiana. Sin embargo, y como parte de una propensión regional, en la Argentina abusamos muchas veces del concepto para referirnos a cambios de gobiernos más o menos violentos pero nunca concluyentes.

El nuevo libro de **Félix Luna** pone especial atención en esos sucesos: La revolución del Parque con sus secuelas, y la zaga de golpes militares iniciada en 1930, recreada en 1943 y retrucada en 1955. Fiel al estilo de uno de los historiadores más lúcidos de la Argentina, *Revoluciones* toma forma como una rigurosa reflexión alrededor de los sacudones políticos y las soluciones constitucionales que prepararon la génesis del futuro de una nación.

Lectulandia

Félix Luna

Revoluciones

Estallidos políticos y soluciones constitucionales

ePUB r1.0

GONZALEZ 29.04.13

© 2006, Félix Luna

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*A todos
los que hicieron posible este libro,
empezando por la doctora Florencia Guzmán*

Este libro debe su texto a grabaciones
y materiales extraídos de varios
libros de mi autoría
F. L.

INTRODUCCIÓN

Los procesos históricos se componen de fracturas (es decir, rupturas, cortes abruptos), pero también de continuidades (o sea, líneas y contenidos que permanecen a través del tiempo; a veces de modo silencioso, otras de manera más notable). Este juego de fracturas y continuidades es el contrapunto, por decir así, que articula la gran sinfonía de la historia argentina y universal.

Dentro de las continuidades más notables debemos señalar aquella que marca la voluntad de los pueblos de este país en el sentido de darse una organización federal y un tipo de sociedad donde las identidades comarcanas, provincianas, locales, queden bien delimitadas, tengan una real incidencia en la vida de la gran comunidad.

Otro vector constante que fluye a lo largo de toda la historia argentina es la tendencia hacia una mejor democracia política que va unida a la tendencia hacia un igualitarismo social más real. Sin duda este es un pueblo hecho para la democracia.

* * *

La palabra “revolución” implica un cambio total de los núcleos de poder, que son reemplazados por otros que suscitan una mayor aceptación social. Es necesario señalar que en nuestro mundo occidental hubo nada más que tres, tal vez cuatro, verdaderas revoluciones. Sin embargo, cuando hacemos historia, abusamos de este término para describir situaciones de ruptura.

La Revolución Inglesa de 1688 contra los abusos de los Tudor y los Estuardo trae un nuevo orden que cambia totalmente el sistema institucional —instala un Parlamento ante el cual el rey tiene pocos poderes— y consolida las libertades tradicionales. La Revolución Francesa de 1789 inserta los valores de libertad, igualdad y fraternidad consagrados en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que significa también una cosa totalmente nueva. La Revolución Americana, por su parte, es el primer intento realizado por una colonia de defenderse de los mandatos de las metrópolis y, al mismo tiempo, de organizarse con un sistema totalmente nuevo, que imponía la República en un siglo en que lo predominante eran las monarquías constitucionales. Y además está la Revolución Soviética, que cambia totalmente las bases sociales y económicas de la vieja Rusia zarista y copta sus

vecinos para un nuevo régimen.

* * *

En la Argentina existe una propensión al uso del término “revolución”. ¿Qué otro nombre se le puede poner a la gesta de Mayo, por ejemplo? Fue una revolución auténtica, porque cambió abruptamente la configuración del núcleo del poder. Cambia la concepción política de la época, cambian los valores ideológicos prevalecientes hasta ese momento, se transforma una sociedad colonial en una sociedad distinta, cambia una sociedad de castas en una sociedad de clases, cambian las costumbres, cambia el lenguaje, cambia todo. Eso no se da de una manera inmediata, pero, a lo largo de unos pocos años, efectivamente ocurre de modo tal que la Revolución de Mayo debe considerarse realmente una revolución.

Sin embargo, debemos señalar que en la historia argentina tal vez no se deba hablar con propiedad de otros grandes acontecimientos como de revoluciones: en última instancia fueron apenas cambios de gobiernos más o menos violentos. Incluso la batalla de Caseros, que termina con el poder de Juan Manuel de Rosas, toma especial relevancia por las posibilidades de progreso que abre al terminar con un régimen que evidentemente no tenía intención de organizar constitucionalmente el país. Todo lo que vino después permitió una organización constitucional, un cierto acuerdo entre las provincias para repartirse las rentas de aduana, un cierto equilibrio en los poderes, etcétera. Pero revolución propiamente dicha no fue, en el sentido de que no cambiaron los titulares del poder. Más aún, yendo hacia adelante en el tiempo, la Revolución del '43, como se la sigue llamando, constituyó obviamente un golpe de Estado.

Dicho esto, demos por cierto que este uso indiscriminado de la palabra *revolución* es una especie de abuso, de los que hay muchos en el lenguaje político. Con su perdón, amigo lector, nosotros también incurriremos en él.

REVOLUCIÓN DE 1890 Y SUS ECOS

La Revolución del Parque que estalló en julio de 1890 no fue un hecho inesperado. La crisis económica y el gran desprestigio presidencial eran dos elementos que se conjugaban para crear una situación de alta inestabilidad.

En 1890 el país estaba sufriendo los efectos de una crisis, que no puede achacarse a la persona de Juárez Celman sino a la ingenuidad y el primitivismo con que se manejaba la sociedad argentina en ese momento. La “crisis Baring” reconocía entre sus motivos la excesiva expansión monetaria y el endeudamiento del gobierno y los bancos. La fuerte depreciación del papel moneda, al amenazar la rentabilidad de los inversores, paralizó la entrada de nuevos capitales. En el terreno político, acababa de suceder un meeting convocado por unas docenas de jóvenes que protestaban contra el régimen de Miguel Juárez Celman, concuñado del general Roca y presidente desde 1886. La revolución del '90 mostraba una voluntad popular ignorante aún de los medios para cumplir su vocación de poder. Las jornadas de julio mostrarían en actividad a hombres de todos los signos y partidos: Juan B. Justo, Marcelo T. de Alvear, Lisandro de la Torre, Aristóbulo del Valle, Bernardo de Irigoyen, Leandro N. Alem e Hipólito Yrigoyen, entre otros.

* * *

La crisis económica tenía antecedentes variopintos. Desde 1880 en adelante se vivía una situación de prosperidad muy grande en el país. Conllevaba un gran optimismo que derivó en un excesivo endeudamiento externo de la Argentina con empréstitos que se tomaban en nombre de loables fines para los cuales no siempre terminaban empleados. Una política que a la postre resultó desastrosa y sirve de ejemplo fue la garantía en oro de las arcas nacionales para las ganancias de los ferrocarriles privados, o sea sobre los capitales privados invertidos en el país. ¿Qué significaba esto? Que por el contrato que se hacía entre la empresa constructora de un ferrocarril y el gobierno, éste garantizaba un porcentaje de ganancias mínimo o de dividendos a esta compañía, de modo que en muchos casos las compañías aguaban sus capitales y demostraban que las ganancias que habían obtenido no alcanzaban el porcentaje mínimo y que era el Estado argentino el que tenía que saldar esa diferencia

con dinero metálico en oro.

Ese endeudamiento fue un inevitable producto de la revolución tecnológica que vivía el país. La conquista del Desierto en 1879 había permitido ampliar la frontera agropecuaria explotable e inmediatamente muchos argentinos habían invertido en la tierra: le habían incorporado tecnología en forma de alambrados, molinos y otros aparatos agrícolas bastante menos primitivos que los que se usaban hasta ese momento. Se inició la mestización de razas vacunas y, sobre todo, se introdujo el gran invento del frigorífico, que permitía la exportación de la carne vacuna de nuestra pampa rumbo a los países centrales. Se había descubierto que la tierra era un bien muy explotable, muy valioso y muy rentable. Y se implementó una política ferroviaria destinada a que desde cada punto de la pampa húmeda pudieran embarcarse las exportaciones de cereales, que constituyeron la transformación fundamental del campo argentino en esa época.

* * *

Fue una política muy inteligente, porque realmente significaba poner en valor el gran recurso natural de que disponía la Argentina (que hasta entonces no se había explotado convenientemente). Pero se necesitaba también una política para que pudiera devolverse lo que se había invertido y todavía mucho más. La inversión, por ejemplo, de instalar los alambrados en las grandes extensiones de tierra que había por entonces para permitir el manejo del ganado; el cultivo de cereales en un potrero y en otra parcela tener ganadería. Todo eso significaba una inversión muy grande para lo cual los particulares pedían créditos a los bancos. Para que estos créditos pudieran pagarse debían pasar unos cuantos años, porque no sería de un momento a otro cuando empezara a reeditar la inversión tanto en la ganadería como en la agricultura. Esto produjo una situación de gran endeudamiento y de gran especulación. En la medida en que la llegada de los ferrocarriles va transformando toda la pampa húmeda, se valorizan las tierras, se dinamizan las compras de terrenos, comienzan a constituirse sociedades anónimas; empiezan a jugar a la Bolsa y estalla un tiempo de gran especulación. El aumento del dinero circulante gracias a los empréstitos y las emisiones de papel moneda derivó en especulación y juego. Los bienes adquirieron un valor nominal distinto del real y ya no resultaron garantía para los préstamos bancarios indiscriminados. La pasión del juego se extendió de la Bolsa a los casinos, las riñas de gallos, y llegó hasta los frontones de pelota a paleta o las carreras cuadreras; el dinero parecía no acabarse nunca en la próspera Argentina de las vacas gordas.

* * *

En los primeros meses de 1890 la crisis se hace realmente muy preocupante. Con algunas quiebras resonantes, con una suba del oro realmente desahogada (es lo que ahora conocemos como hiperinflación), de repente el dinero argentino perdió valor de una manera verdaderamente trágica, con el agravante de que no existía el dinero argentino, es decir, habían billetes emitidos por los bancos de manera totalmente anárquica, lo cual hacía que ese dinero con el que se podrían pagar jornales o deudas a proveedores se desvalorizara de inmediato. La gente buscaba oro, único valor de referencia, y el oro subía su precio desmesuradamente. Se provoca una gran inquietud, retracción de los capitales extranjeros, que dejan de invertir, retracción en la inmigración, que deja de venir a las playas argentinas durante esos meses, y la vida de amplias capas sociales se impregna de inquietud y gran malestar.

Se suma un problema que no había existido hasta ese momento en la Argentina: empieza a recortarse sobre la vida cotidiana el fantasma de la desocupación. Crónicas de la época hablan de extranjeros echados de los conventillos donde vivían, que acampaban en las calles y comían en ollas populares; se generaliza un sentimiento de gran inquietud. La inflación arrimaba su secuela de angustia y necesidad. Las quiebras en el comercio asumían caracteres de epidemia. El gobierno se veía en figurillas para servir la deuda exterior en metálico y, para colmo, ese 1º de mayo fue el primero que se conmemoró con actos masivos y por las calles porteñas los viandantes vieron con asombro flamear las banderas rojas y escucharon gritos de reivindicación obrera en todos los idiomas de la inmigración. Por supuesto esto no fue culpa personal del presidente Juárez, pero aportó lo suyo a la turbación social.

* * *

Aunque el presidente no tuviera la responsabilidad sobre la crisis económica desatada, una serie de medidas de corte autoritario y un estilo político personalista aportaron a enturbiar la ya difícil situación. Roca, su antecesor y pariente, había gobernado el país usando apenas el extremo recurso de la intervención federal, en casos donde realmente no había más remedio que la intromisión del gobierno central. Juárez la estaba usando en un sentido político para desplazar a duros adversarios y poner a sus amigos (en el caso de Mendoza Juárez sacó a Tiburcio Benegas y reemplazó a Manuel Bermejo y en Córdoba sacó a Ambrosio Olmos por Marcos Juárez). En Tucumán, Lidoro Quinteros con apoyo de Marcos Juárez derroca a Posse con el Regimiento 4 de Infantería procedente de Córdoba y queda provisoriamente como gobernador Salustiano Zavalía. ¡Todo un escándalo político que abrevaba en excusas constitucionales! Como si esto fuera poco, se jactaba de ser el jefe del gobierno y el jefe del partido oficialista, y por eso en algún momento se habló del “unicato”, donde el presidente era el jefe único de esa especie de ente bicéfalo que

conformaban el Estado y el partido político oficialista. El PAN (Partido Autonomista o Autonomista Nacional, como se lo llamó en determinado momento en que no era un partido en el sentido que nosotros conocemos) resultaba de una conjunción de las estructuras de los gobiernos provinciales que se ponían en marcha cada vez que había elecciones para tratar de elegir a aquellas personas gratas al gobierno nacional.

Juárez, que era un hombre vanidoso en líneas generales, se había obnubilado por la adulación de un grupo de obsecuentes, y esto chocaba mucho a las tradiciones republicanas del país. Bartolomé Mitre, Domingo Sarmiento o Nicolás Avellaneda habían sido presidentes de una gran austeridad personal y gran sensibilidad republicana. Hasta el mismo Roca, a pesar de cierto boato con que se rodeó —ya estamos hablando de 1880 y los años posteriores; la Argentina ya era un país que empezaba a distenderse—, de todas maneras conservó inteligentemente la forma republicana en cuanto a la sencillez de su vida personal.

* * *

Juárez Celman había nacido en Córdoba y allí comenzó su actividad política. Participó en las luchas contra la Iglesia Católica para obtener la secularización de la educación y luego fue gobernador. En 1886, de la mano de su conuñado Roca, pudo acceder a la presidencia. Sin embargo, Juárez Celman tomó distancia y creó un estilo político propio. Era un hombre que había adquirido poder político con Roca; por empezar fue uno de los propulsores más importantes de su candidatura —no lo elige a Roca; diríamos que no se opone—. En el '80 fue el hombre que movilizó al interior detrás de esa candidatura, y Roca le debía gratitud por esto; pero además Juárez, que es gobernador de Córdoba y después sonador nacional, hace una labor política muy inteligente y va ganándose la adhesión de varios gobiernos provinciales, y retiene el manejo de un conjunto de intereses políticos contra los cuales Roca —que por otra parte no tenía otro candidato— no hubiera podido oponerse sino a un tremendo costo.

* * *

El candidato que aparecía como contrapuesto a Juárez era Bernardo de Irigoyen, un excelente candidato. Roca vaciló en apoyarlo, con seguridad porque era un hombre muy independiente, con una personalidad muy destacada, y probablemente también porque los que lo acompañaban eran gente de la cual Roca desconfiaba. Y Juárez Celman, que tenía una maquinaria electoral aceitada, ganó fácilmente las elecciones. La oposición solo fue relevante en Buenos Aires, con un candidato apoyado por los católicos, José Benjamín Gorostiaga. Los otros candidatos opositores eran Manuel Ocampo y Rafael García, pero ninguno tenía verdadero predicamento.

Ni siquiera el impulso de los partidos católicos, más el apoyo de otros sectores, hizo que alcanzaran importancia, ya que no adquirieron la fuerza necesaria para oponerse a la maquinaria electoral. Era una época en la que aún no existían los partidos pero sí había mecanismos basados en los gobiernos provinciales, y prácticamente arrasó con los comicios porque tenía el apoyo de todos los gobernadores.

* * *

Habría sido una gran ingratitud en el terreno personal por parte de Roca, pues no había motivos para confrontar con Juárez, Tenían muy buena relación los dos, cuyas respectivas mujeres —eran hermanas— se querían mucho; habría sido un desmembramiento familiar muy grande. El hecho de que fueran concuñados había motivado la indignación de Sarmiento; pero no era sólo un “concuñado”, era un hombre que tenía real gravitación política. Durante su presidencia se dejó rodear por un grupo de gente oportunista que no se cansaba de alabarlo o adularlo. Las zalamerías culminaron en agosto de 1889 con un banquete —al que se llamó el “banquete de los incondicionales”— donde asistieron los partidarios que no ponían cortapisas para su apoyo al presidente.

Esta manera tan particular de gobernar terminó por reunir a la oposición en su contra. El banquete molestó mucho a un grupo de estudiantes y uno de los cuales, Francisco Barroetaveña, publicó el famoso *¡Tu quoque juventud!*, un artículo en el diario *La Nación* convocando a un acto de repudio que se realizaría en el Jardín Florida en septiembre de 1889. El lugar elegido para el meeting era un local grande que servía a veces de confitería, a veces de exposición rural, en la esquina de Florida y Paraguay. La convocatoria tiene un inesperado éxito, acude mucha gente y los oradores que son invitados a usar de la palabra logran una gran aceptación hablando de la corrupción del gobierno de Juárez Colman, de la falta de libertades cívicas y un auténtico sistema federal, del exagerado centralismo. En realidad ninguna de estas postulaciones era revolucionaria *per se* yo diría, incluso, que son las banderas que habitualmente usa toda oposición, en todos los tiempos en este país, corrupción, centralismo, autoritarismo han sido sustantivos comunes en la oración de la Nación Argentina.

* * *

El movimiento que se desató fue típicamente porteño, capitalino. Núcleo principalmente a la clase media de Buenos Aires descontenta con tanta corrupción y tal caos económico. No tuvo ninguna repercusión en las provincias. Tuvo un carácter social restrictivo porque los que llevaron a cabo este movimiento, los que

participaron del meeting famoso del Jardín Florida, fueron en su mayoría jóvenes de la clase media, tirando a alta, estudiantes varios de ellos; curiosamente, ninguno de los promotores del evento tuvo luego una exposición pública muy destacada, salvo los casos de Marcelo T. de Alvear, después presidente de la república, y de sus ministros Ángel Gallardo y Tomás A. Le Bretón. La nula notación pública del resto de los convocantes demostraría que estos muchachos no tenían una vocación política sino que simplemente reaccionaban indignados contra la actitud de incondicionalidad o de obsecuencia que caracterizaba el “unicato”.

Pese a la espontaneidad reinante, la gran figura del meeting fue Leandro N. Alem, quien pudo reunir en su persona y su oratoria las distintas expresiones políticas que se hicieron presentes. Su personalidad expresaba la contrafigura del régimen; es un hombre austero, sobrio, casi pobre, en un momento en que todos los políticos se están enriqueciendo. No tiene campos; es un abogado con muy pocos pleitos. Su padre había sido miembro de la Mazorca y fue ejecutado en 1853, con él como probable testigo de su muerte. Combatió en las batallas de Cepeda y Pavón y prestó servicios durante la Guerra del Paraguay. Como diputado nacional se opuso a la federalización de Buenos Aires, debate en el cual salió derrotado. Se había retirado de la vida pública hasta que en 1889 organizó la Unión Cívica de la Juventud. Vivía humildemente en Sarmiento y Callao, barrio de Balvanera, que en esa época era casi el arrabal de Buenos Aires, en una conducta política de aislamiento que cultivaba desde 1880. Alsinista en sus orígenes, había fracasado en casi todas sus empresas políticas, y uno puede preguntarse qué representaba Alem para lograr la adhesión y el entusiasmo de estos jóvenes. Representaba la moral pública, y también la austeridad frente a la riqueza fácil; representaba el desapego del poder en un momento en que el poder convocaba también, y sobre todo, a los oportunistas; representaba la intransigencia frente al acuerdismo, frente a las trenzas que caracterizaban a la política de aquella época, lo popular frente a esa cosa elitista y oligárquica con que se manejaban los gobiernos prácticamente desde siempre, pero más todavía con Roca y con Juárez Celman.

* * *

Mientras la oposición se organizaba, Juárez Celman comenzó a distanciarse de aquellos hombres que eran más influyentes en su gobierno: Roca y Pellegrini. Como jefe único que se consideraba tanto del Estado como del partido oficial, quería tener la totalidad del poder. Juárez cometió varios errores, y tal vez el más significativo haya sido pelearse, gratuitamente si se quiere, con su antecesor y principal sostenedor político de su gobierno. Roca, a quien apodaban el Zorro por su astucia política para liderar alianzas, se siente además muy molesto por algunas actitudes de Juárez, entre

ellas las intervenciones a Mendoza y Córdoba, donde se desplaza a sus amigos políticos. Además, desconfiaba de su vicepresidente, pues suponía que Carlos Pellegrini aspiraba a sucederlo y quería alejar de su gobierno la influencia política de Roca.

* * *

En marzo o abril de 1890 el presidente estaba muy aislado de la opinión pública, rodeado por un grupo escasamente conocedor de la situación del país. Está enfrentado con quienes podrían ser sus sucesores naturales por las disposiciones constitucionales: Pellegrini vicepresidente, Roca presidente del Senado, asechan desde los dos primeros puestos del orden sucesorio. La situación es extremadamente endeble para el gobierno de Juárez.

Una gran diferencia entre Roca y Juárez Celman, más allá de las enconadas tirrias personales, era la concepción que mantenían sobre el Estado. Roca era mucho más estatista que Juárez, había creado el Estado nacional. Cuando había asumido la presidencia en 1880, ya en su primer mensaje al Congreso decía que estaba todo por hacerse y lo primero por hacer era el Estado; por otra parte el Estado nacional no tenía por entonces ni siquiera territorio propio. No tenía un metro cuadrado de tierra bajo su jurisdicción; tenía pocos recursos. Recién en 1880 se capitaliza la ciudad de Buenos Aires.

A partir de mediados del siglo XIX se había establecido que una de las obligaciones fundamentales del Estado era, además de poner orden, dar instrucción elemental por lo menos a los niños. A partir de la Segunda Guerra Mundial, se ha establecido que el Estado tiene la obligación de impartir cultura. Eso no se soñaba por entonces, pero por lo menos sí constituía un mandato el impartir instrucción, tener un mínimo de disposiciones en materia de salud pública —no tanto preventiva sino sanitaria, curativa, construir hospitales etc.—, y mantener presencia en todo el país a través de regimientos. Asistir, por ejemplo, a las distintas provincias a través del Banco Hipotecario, a través de Obras Sanitarias, a través de una sede del Banco Nación que formó después de un tiempo Carlos Pellegrini. Era una red de agencias del gobierno que prestaba los servicios elementales.

* * *

Todos aquellos hombres eran liberales, consideraban que el Estado no debía hacerse cargo de actividades comerciales o industriales, pero consideraban que en la especial situación de la Argentina el Estado podía tomar algunas obligaciones de este tipo, siempre que no fueran demasiado permanentes ni importantes. Con Roca el

Estado adquiere una gran importancia que no tenía antes. Un ejemplo de ello era el peso económico del Banco de la Provincia de Buenos Aires, que jaqueaba permanentemente al erario nacional porque financieramente era, lejos, el más importante.

Aquel Estado tenía un ejército a sus órdenes, pero le faltaban cantidad de elementos y el gerenciamiento necesario para producir los actos que espera una comunidad civilizada del Estado. Y de pronto tiene una sede que es la Capital Federal y tiene territorio bajo su jurisdicción, que son las tierras ganadas a los indios.

El Estado construye algunos ferrocarriles por su cuenta, directamente o a través de concesionarios, sobre todo cuando se trataba de unir puntos sobre los cuales la iniciativa privada no tenía mayor interés. Aquellos ferrocarriles ingleses se establecieron en una especie de gran embudo cuyos puntos iban a distintas comarcas de la pampa húmeda y desembocaban en el puerto de Buenos Aires. Su función era facilitar la exportación y la importación a través del puerto. Pero había otros puntos en el interior del país, en las provincias más alejadas, que reclamaban la presencia del ferrocarril. Parecía la panacea del progreso, pero la iniciativa privada no demostraba interés y quién sabe por cuantos años no lo tendría. Entonces el Estado empieza la construcción del ferrocarril a Cuyo, que llega a Mendoza y construye el ferrocarril que unirá La Rioja y Catamarca, además de otro desde Tucumán hasta Jujuy, y a nadie le pareció mal ni juzgó de “estatistas” tales actos.

* * *

Juárez Celman era distinto. Era un liberal que pensaba que el Estado no debía tener tanta presencia en la economía. Consideraba que no debía tomar a su cargo ningún tipo de empresa, y por su presión o por su iniciativa directa se vende el Ferrocarril Oeste, que era de la provincia de Buenos Aires y funcionaba muy bien. Se venden otras líneas del Estado también, y se enajenan las Obras Sanitarias, las aguas corrientes de la ciudad de Buenos Aires. Y se ponen en venta 24.000 leguas de tierras públicas. Hay que tener en cuenta que estas medidas se realizaron en un momento en el cual se necesitaba dinero para pagar las deudas públicas, pero de todos modos traducía una concepción diferente a la de Roca, que creía más en la necesidad de que el Estado tuviera a su cargo ciertas actividades y respondiera ante la comunidad con ciertos servicios. Roca manda una carta a un amigo en 1889 en la que dice que “si el Estado se suma a esta concepción tendríamos que poner bandera de remate en la Aduana, en el Correo, en los cuarteles, en las oficinas de recaudación de impuestos, en todo lo que constituye los atributos y los deberes del Estado; atributos, (loberos, obligaciones y facultades del Estado para la comunidad’. Se desató una oleada de críticas a esta política de Juárez Celman, quien además no podía evitar la catástrofe

financiera. El manejo de fondos públicos dio origen a una serie de chismes reales o ficticios sobre el destino de comisiones, intermediaciones y otros dineros.

* * *

En medio de una violenta crisis fogueada en varios frentes, en abril de 1890 los cívicos realizan el acto del frontón Buenos Aires en la calle Córdoba y Cerrito. Tres días antes había renunciado el gabinete, y los nuevos ministros parecían una promesa de rectificación por el hecho de no pertenecer tan estrechamente como los anteriores al círculo palaciego.

El meeting es un éxito: llegan diez mil personas y se comienzan a debatir las posibilidades de triunfo de una revolución. Las labores conspirativas se empiezan a poner en marcha. ¿Había motivos para producir esta ruptura en el orden constitucional? Desde 1862 se habían sucedido presidencias constitucionales en el país. Bien o mal, con elecciones generalmente violentas, amañadas o fraudulentas, se conservaban las formas republicanas. Los militares no intervenían en política, y poco a poco se estaba acostumbrando el país a una cierta continuidad constitucional. La conspiración de los cívicos intentó seducir a militares en actividad, lo cual evidentemente era peligroso, pero para ellos la revolución es la única solución política que existe frente a un mecanismo de tipo electoral que hacía prácticamente imposible ganarle al gobierno.

* * *

Pocas veces se registra en nuestra historia un acto político tan exitoso como el que tuvo lugar en el Jardín Florida el 1° de septiembre de 1889. Las consecuencias de esta reunión son tan perdurables que una de las fuerzas cuyo punto de partida marca aquella jornada protagonizó el primer período presidencial de la recuperación democrática de 1983. Pero en lo inmediato, del Jardín Florida nació el impulso cívico que se manifestaría meses más tarde en la Revolución del Parque, cuya consecuencia directa fue la renuncia del presidente Juárez Celman y su reemplazo por Pellegrini con el apoyo del general Roca. Transición precursora de un nuevo ciclo político, el del Acuerdo, que funcionó pasablemente bien durante el siguiente cuarto de siglo.

¿Qué pedían esos muchachos hace más de un siglo? En primer lugar repudiaban la obsecuencia de otros jóvenes, los “incondicionales”, que diez días antes se habían reunido en un teatro para hacer público su apoyo al presidente. Este fue el hecho que provocó la reacción expresada en el Jardín Florida. Además los manifestantes del 1° de septiembre exigían libertad de sufragio “sin intimidación y sin fraude”, moral administrativa, autonomía de las provincias y régimen municipal efectivo. Para lograr

estos objetivos resolvieron crear un movimiento al que dieron el nombre de Unión Cívica de la Juventud.

* * *

Solo un propósito común había en la Unión Cívica: el repudio a Juárez. Pero a éste no podía derribárselo por el voto popular, ya que los comicios eran una farsa y todos sus mecanismos —inscripción y depuración del Registro Cívico, autoridades de las mesas electorales, fuerza pública, escrutinio— estaban controlados por el oficialismo. Tampoco era factible eliminarlo por el medio constitucional del juicio político, porque el Congreso estaba integrado por hombres atados por compromisos e intereses.

La Unión Cívica, pues, sólo podía terminar con Juárez por la revolución armada, y urgentemente. Ya existían controversias en su seno: Mitre se mostraba frío en su colaboración, y a mediados de mayo se fue a Europa, prestando antes su tácita aprobación para el alzamiento. Don Bernardo no trabajaba como se había esperado, y los católicos, con Estrada y Goyena a la cabeza, exigían que se proclamara un candidato a presidente como paso previo a cualquier plan. En ese estado de cosas, sólo un gran objetivo podía suavizar estas diferencias. Alem lo vio así, y comprendió que el único modo de sacar al país del atolladero era lanzándose a la revolución. Y desde el meeting del 13 de abril, ungido ya presidente de la Unión Cívica, empezó a trabajar en ese sentido.

* * *

Roca se entera de la conspiración y advierte al gobierno. Al igual que los cívicos, pensaba que el mandato de Juárez Celman debía terminar, pero seguía creyendo en las instituciones democráticas y descartaba la idea de una revolución para poner fin a un gobierno desprestigiado. Roca no lo quería a Juárez. Ha estado enfrentado con él. Hay cartas de Roca a íntimos amigos donde habla muy mal de Juárez, pero donde también traduce su preocupación frente a un posible movimiento revolucionario. Lo curioso es que Pellegrini, por esa misma época, también envía cartas a su amigo Miguel Cañé —que está en Europa—, contándole del malestar que hay, de los problemas económicos cada vez más graves que existen, pero también dando por sentado que no es dable pensar que vaya a haber una revolución. De 1862 en adelante, aunque había habido movimientos revolucionarios, nunca habían triunfado, y existía en la opinión pública argentina una sensación de que por malo que fuera un gobierno era muy difícil hacer una revolución triunfante. Roca se preocupó muy seriamente por lo que podía pasar durante los meses de junio y julio de 1890. Es

probable que no quisiera que Juárez continuara en el gobierno, no solamente por problemas de tipo personal, sino porque veía que Juárez se apartaba del canon político cada vez más, era un hombre que no ofrecía garantías en ningún sentido: que continuara al frente del gobierno era una lenta agonía. Pero al mismo tiempo no quería que triunfara la revolución; entonces —se desvelaba Roca—: ¿cómo hacer para llegar a una solución intermedia? Roca no lo supo o no lo pudo responder con certeza...

* * *

No duraron más de cuatro meses las tareas conspiradoras. La revolución estaba en la calle y no faltaba más que encauzarla. Un grupo de militares ofreció espontáneamente su colaboración a la Junta Revolucionaria que el propio Alem presidía. Hombre a hombre, iban seduciendo con rapidez cuadros enteros de oficiales. El tribuno de las grandes jornadas populares vivía con intensidad. Alma de la conspiración, trabajaba febrilmente día y noche, asistiendo a reuniones secretas, convenciendo a tibios y conteniendo a exaltados, examinando planes y proyectos; todo ello sin descuidar su actividad pública en asambleas y comités parroquiales para no inspirar sospechas demasiado vehementes a la Policía, que lo vigilaba de cerca.

Aristóbulo del Valle, mano derecha de Alem y responsable de la oposición que denunciaba con voz impar en el Senado los escándalos del régimen, reveló a Yrigoyen lo que se traía la Unión Cívica entre manos, y lo invitó a colaborar con la conspiración. Las dudas que impedían al taciturno profesor de filosofía militar activamente en la política de la Unión Cívica no eran tan grandes como para hacerle rehuir su cooperación en la patriada; así es que después de breve indecisión aceptó, aunque señalando que no quería ocupar cargos directivos, y pidiendo en cambio que “no se le economizaran peligros”. Fue designado por la Junta para hacerse cargo de la Jefatura de Policía de la ciudad cuando la revolución estallara, nombramiento que no aceptó, haciendo constar que habría de desempeñar ese puesto solo durante el lapso imprescindible para conservar el orden de la población.

* * *

La conspiración continuó y finalmente estallaría el 26 de julio. Se habían conseguido las adhesiones de varios grupos militares acantonados en la capital. Juárez es advertido —Roca también— de que va a estallar una revolución y toma algunas medidas inmediatas como el alejamiento de algunos regimientos. Sin embargo, la suerte estaba echada y el 26 de julio por la madrugada algunos regimientos y muchos civiles se concentran en el edificio del Parque de Artillería, el

viejo cuartel donde se guardaban los cañones que tenía el ejército, ubicado en el solar donde hoy se levanta el Palacio de Tribunales frente a la Plaza Lavalle. Allí se concentran tanto los soldados como los civiles ante el desconcierto del gobierno, que en las primeras horas de la mañana se entera de las novedades. Roca y Pellegrini persuaden a Juárez Celman para que se aleje de Buenos Aires: puede caer en manos de los revolucionarios en cualquier momento si permanece en la Casa de Gobierno. Juárez toma el tren y se va a Campana, con lo cual comete un nuevo y gravísimo error; no era un cobarde pero se va del escenario de los sucesos, les deja el campo libre a Pellegrini y Roca, que ya no son sus amigos, y frente a la gente común, se muestra en la actitud de Sobremonte huyendo de Buenos Aires frente a las invasiones inglesas.

No en la convocatoria pero sí en las jornadas revolucionarias participaron muchos hombres que luego serán grandes dirigentes políticos. Hipólito Yrigoyen, sobrino de Alem, ya estaba destacándose y fue nombrado jefe de policía, un cargo que no llegó a ejercer. Estaba Lisandro de la Torre, que sería después el fundador del Partido Demócrata Progresista, y estaba Juan B. Justo, que fue el fundador del Partido Socialista. Eso no significa que todos hayan tenido la misma adhesión a la Revolución del Parque. Juan B. Justo explicó que él había concurrido por razones humanitarias, porque era médico y sabía que había muertos y heridos, pero no porque estuviera de acuerdo ya que estaba en contra de las revoluciones: Lisandro de la Torre era radical, era hombre de Alem y participó activamente, aunque años después se retiró del partido. Es un hecho de mucho valor simbólico, que en esas jornadas hayan estado presentes estos tres líderes.

* * *

El desarrollo del movimiento es pausado, lento. Los revolucionarios civiles y militares acampan en el Parque, pero en lugar de avanzar sobre la Casa de Gobierno como se había pensado desde el primer momento, el jefe militar de la revolución, general Manuel J. Campos, un hombre que había acompañado a Roca durante la campaña de Río Negro, ordena que las tropas descansen y se aprovisionen, esgrimiendo diversas excusas ante Alem (jefe de la Junta Revolucionaria) para explicar por qué las tropas deben quedar acantonadas en el Parque y no avanzar sobre la Casa de Gobierno.

* * *

Pellegrini logra organizar durante la jornada a las fuerzas de represión y ocupa la plaza Libertad, va avanzando cantones sobre las calles Libertad y Cerrito y en el

curso de ese día y el próximo, el Parque queda aislado del resto de la ciudad y el país. Se producen tiroteos, hay muertos; el hermano del jefe militar de la revolución, el coronel Campos, muere ahí junto con muchos civiles. Mucha gente muy conocida de Buenos Aires. Todo apellido respetable de la sociedad de Buenos Aires estuvo en el Parque. Haber estado en el Parque de Artillería ha sido un timbre de honor para las familias tradicionales. Es ahí donde para identificar a los revolucionarios compran unas boinas blancas y unas tiras rosadas, verdes y blancas, que desde entonces identifican a los radicales.

* * *

Tres días más tarde se pide un armisticio por parte de los revolucionarios y se llega a un acuerdo en el cual Juárez no participa porque el mismo es urdido por Pellegrini y Roca con el delegado de la Junta Revolucionaria, que es el doctor Aristóbulo de Valle. El acuerdo significa que cada uno se va a su casa; no va a haber castigos ni a los militares ni a los civiles. Lleva como consecuencia implícita la renuncia de Juárez. El acuerdo permite llegar a la conclusión de que probablemente existió una negociación previa entre Campos y Roca. Muchos historiadores han escrito que todo esto fue hilvanado por Roca, amigo personal de Campos, como tránsito hacia una solución electoral con la candidatura de Mitre como centro. Campos era mitrista, de modo que no hubiera sido raro que Roca en algún momento le hubiera dicho: “No dejemos que esta revolución triunfe, porque va a ser el caos total, pero sí hagamos que las cosas lleguen a un punto en que Juárez tenga que renunciar; total nadie lo quiere, nadie lo acepta. Que quede Pellegrini como presidente y en la futura elección presidencial todos vamos a apoyar a Mitre que es la única solución”. Esta teoría corrobora lo sucedido y conocido posteriormente cuando Roca y Mitre llegaron a un acuerdo para gobernar en un hipotético futuro.

* * *

El 17 de enero una convención de la Unión Cívica elige al general Bartolomé Mitre como candidato a presidente para las elecciones de 1892. Se oponen a ella los seguidores de Leandro N. Alem, entre quienes se destaca por su intransigencia Hipólito Yrigoyen.

Durante marzo Aristóbulo del Valle y Alem, líderes de la Unión Cívica, son electos senadores. El general Julio A. Roca apoya al presidente Carlos Pellegrini. Sorpresivamente, al regresar de Europa, Mitre se entrevista con Roca con el objeto de suprimir la lucha electoral y neutralizar a Alem.

Durante abril el acuerdo entre Bartolomé Mitre y Roca conmociona a la Unión

Cívica y el partido se escinde. Una parte, con el liderazgo de Leandro N. Alem, decide formar la Unión Cívica Radical. Alem recorre el país denunciando el pacto entre el general Roca y Bartolomé Mitre. El 30 de abril una convención proclama la fórmula Mitre-Uriburu, pero el pacto no alcanzó a tener vigencia por muchas razones y Mitre dejó de ser candidato.

* * *

Juárez había perdido la confianza en la sociedad argentina, de los capitalistas extranjeros, de prácticamente de todos lo que contaban en el país político y económico; tenía que caer, pero si caía todo el gobierno era un desastre. La revolución obligaría a Juárez a renunciar y su sucesor natural, Carlos Pellegrini, compondría las cosas de otra manera. Si fue esto lo que planeó Roca, le salió perfecto. Si no lo planeó, fue una casualidad muy grande de las que hay pocas en la historia. Cuando Pellegrini se hace cargo de la presidencia, diez días después de la Revolución del Parque, nombra ministro del Interior a Roca, quien renuncia a su senaduría.

Roca consiguió su objetivo de que la revolución estallara, que canalizara todo el malestar de la sociedad argentina respecto de un gobierno ineficiente tildado de corrupto.

* * *

El pacto significó la aceptación de Roca de la imposibilidad de mantener la continuidad constitucional sin una alternancia política entre partidos. Finalmente, es lo que articula el proceso político de los años siguientes, prácticamente hasta la promulgación de la ley Sáenz Peña. Roca se dio cuenta de que el roquismo, su partido, no podía gobernar solo, que estaba expuesto y era vulnerable a los ataques de una oposición donde el mitrismo tenía mucho que ver. Los partidarios de Bartolomé Mitre habían formado parte de los revolucionarios del Parque, y desde ese lugar llegaron a un acuerdo de compartir el poder y los gobiernos de allí en adelante. Roquistas y mitristas se alternaron en el poder o lo compartieron, y dieron lugar a una composición política muy interesante del escenario argentino. El Acuerdo, como línea general, significó un reparto de poder dentro de un conjunto de pequeños partidos, algunos de ellos muy personalistas, como los adláteres de Mitre, Sáenz Peña o Pellegrini, pero coinciden en ciertas ideas básicas: la continuidad constitucional, el mantenimiento de las formas republicanas, la apertura del país al exterior, una política liberal en lo económico. ¡Que vengan capitales, que vengan inmigrantes, que vengan inversiones, que vengan ideas! Que venga todo lo necesario para potenciar el

país y lanzarlo al gran juego internacional.

La buena amistad con los países vecinos y el mantenimiento de un sistema electoral que permitiera el control de elecciones, es decir el recambio periódico del elenco gobernante dentro del mismo conjunto de personas, constituían la base del acuerdo implícito.

Sólo dentro de ese conjunto propio e inherente al sistema se permitían los cismas y disidencias o se sellan acuerdos. Los que estaban fuera del sistema no formarían parte de ahí en más del conjunto político del país.

* * *

Los radicales se niegan a pactar y emprenden la construcción de una nueva fuerza política. Los socialistas tampoco van a formar parte del conjunto ni los anarquistas. Pero los que “pertenecen”, el roquismo, el mitrismo, el pellegrinismo, los amigos de Roque Sáenz Peña, pueden formar parte de este Acuerdo. Con diversos matices, en líneas generales significaba equilibrar el reparto del poder para mantener la vigencia de la Constitución, por lo menos en lo formal, y las condiciones que hicieran posible un rápido ingreso de la Argentina en la era del progreso. Los vencidos del Parque van a hacer de esta revolución una fecha gloriosa y van a llenar de simbolismo tanto a la Revolución del Parque como a Leandro N. Alem. En el cementerio de la Recoleta está todavía el mausoleo que se les erigió a los muertos en las jornadas de la Revolución del Parque, y ahí se alumbrará un año después la Unión Cívica Radical.

* * *

La revolución, pese a su derrota militar, tuvo un triunfo: la renuncia del presidente Juárez Celman. La importancia de la revolución de 1890 es que es el primer movimiento que se hace desde 1862 para derrocar a un gobierno. El movimiento es reprimido y derrotado, pero no del todo, porque pocos días después de la revolución Juárez ve que está totalmente aislado, tiene que renunciar y es reemplazado por Pellegrini. Por otra parte, es significativo porque de esta revolución va a salir este movimiento cívico que tiene una larga vigencia dentro de la tradición política argentina. Sin embargo, la importancia central de la revolución del Parque radica en que ha traducido sentimientos de malestar de una parte importante de la sociedad argentina, fundamentalmente la porteña, y los ha expresado de una manera violenta que se va a repetir con frecuencia en los años posteriores. Es decir, ahí está la impronta del sentido legalista de lo que debe ser un país, y creo que el país acepta en ese momento esa especie de revolución a media máquina que ocurrió en julio de 1890. Consiguió el derrocamiento de un presidente que había perdido todo prestigio y

su reemplazo por un vicepresidente que en cambio sí lo conservaba, para transitar difíciles negociaciones que fueran ordenando y emprolijando la economía argentina.

* * *

Al analizar los hechos podemos reflexionar sobre cuál habría sido el destino de la Nación si aquella revolución hubiese triunfado. Qué hubiera ocurrido con una revolución encabezada con un gobierno revolucionario liderado por Alem, que estaba apoyada por un frente constituido por mitristas resentidos con el gobierno porque estaban excluidos prácticamente del poder, con católicos que estaban resentidos con Juárez por las leyes laicistas que había aprobado, por masones, por alsinistas, por antiguos republicanos partidarios de Aristóbulo del Valle. Era un frente, una unidad con intereses políticos muy distintos donde todos coincidían solamente en una sola cosa: la oposición al gobierno de Juárez Celman, y donde todos condescendían o aceptaban la jefatura de Alem porque había demostrado ser el hombre más popular, la voz que convocaba a las multitudes, el caudillo que enardecía a los elementos que formaban parte de la oposición. Por su temperamento, Alem hubiera sido muy poco dado a una labor de gobierno orgánico, además de lo que hubiera indicado al país su ascenso sobre las ruinas de la caída estrepitosa de un régimen que había venido mal barajado desde el régimen constitucional.

* * *

Pasaron seis años. Durante medio año languideció Alem en la cárcel. Cuando volvió, estaba quebrado. Ya no tenía esa gallarda pujanza que había arrebatado a los pueblos tras su reclamo viril; ahora estaba abatido, más viejo, quizás enfermo. Todavía arengaba a sus gentes, y parecía superar su quebranto al conjuro de sus propias palabras; pero un regusto ácido y amargo tenía su verbo, y su penacho arrogante se había abajado. No lo había doblegado el castigo: Alem no era de esos. Pero el fracaso, la supuesta traición a la que él atribuía la derrota del alzamiento y la pobreza franciscana que sobre él se cernía, todo contribuía a su vencimiento moral.

Hubo también algo más. Algo más delicado y doloroso que lo afectó grandemente: sus choques con Yrigoyen. Alem e Yrigoyen eran demasiado grandes para convivir en el radicalismo. Cada uno tenía estatura suficiente para acaudillar a un pueblo, y se veían constreñidos por las circunstancias a compartir una dirección partidaria unipersonal y excluyente por definición.

Abril. Mayo. Junio. Alem decide pegarse un tiro. No puede soportar la vida que lleva. Se siente “inútil, estéril y deprimido”. Acaso intuye que está convirtiéndose en un obstáculo para la marcha del partido. Siente que es un fracasado. Políticamente

nada de lo que inició ha tenido éxito. En cuanto a su vida privada —minúscula como es, porque él vive en “casa de cristal”—, lo poco que esconde como un tesoro querido, también ha fracasado: una pobreza sin remedio, un amor imposible... hay una desolación de erial en su alma, azotada por pamperos huracanados. Y resuelve fríamente terminar con su vida.

Una noche escribe algunas cartas de despedida, y un testamento político conmovedor, en el que manifiesta la serena convicción de su fracaso y la firme creencia de que la obra del radicalismo no ha de quedar trunca. Y el 1° de julio de 1896, Leandro Alem, el amado de las multitudes argentinas, el caudillo bueno del alma y las barbas cándidas, se da la muerte por su propia mano. Murió en la calle, escenario de sus mejores triunfos y ágora de las más resonantes arengas que de su corazón salieron.

Alguien escribió al día siguiente que Alem era el único argentino que había adquirido el derecho de matarse. Es mucho decir. Ningún hombre puede usurpar ese poder supremo de arrancarse una vida que no pertenece a los mortales.

* * *

La revolución se dio cuenta de que las instituciones no podrían funcionar a largo plazo bajo el fraude electoral. Pellegrini es uno de los políticos más conscientes de este hecho. Era un típico hijo de Buenos Aires. Su padre s aboya no y su madre inglesa solo conforman parte de las vertientes de su personalidad: el resto lo había provisto el paisaje porteño. Pero Pellegrini nunca fue un localista. Su sentido nacional lo diferenciaba de sus antiguos camaradas, los autonomistas de Adolfo Alsina, y lo acercó a Roca, que en 1880 expresaba el triunfo de una fórmula que marginaba el exclusivismo de Buenos Aires en aras de la unión nacional. Alto, esbelto, amante de las morosas conversaciones del club y de las buenas cosas de la vida, nadie odió nunca a Pellegrini.

* * *

Sin embargo, Roca y Pellegrini eran dos hombres muy diferentes, por su origen, por su formación. Vale la pena detenernos en la evolución de sus personalidades. Roca era de origen provinciano, de formación militar, un hombre leído y nada tonto; pero se había formado en la frontera, tenía un sentido mucho más pragmático de la política. Pellegrini ora un porteño muy querido por el pueblo de Buenos Aires y en los últimos años de su vida tuvo una posición mucho más progresista que Roca. Pellegrini y Roca habían montado y sostenido en yunta al régimen durante momentos importantes: en los ochenta por empezar, en el '90 también, llegando hasta 1898,

cuando Pellegrini proclama a Roca candidato a presidente y en otras oportunidades menores como en el 93, cuando sofocan entre los dos las revoluciones radicales. Pellegrini comprende que ese régimen no podía permanecer estático, los tiempos iban cambiando y se necesitaba dar alguna salida de tipo democrático; ahí sí la palabra “democrático” compete, es decir, que el pueblo tuviera algún tipo de participación que hasta entonces no había tenido porque los mecanismos electorales eran totalmente fraudulentos. Pellegrini aceleró sus proyectos democráticos debido al conato revolucionario radical de 1905, que estallaría en Buenos Aires, Bahía Blanca, Córdoba, Rosario, Mendoza, con la participación de muchos militares jóvenes y muchos civiles. Ya por ese entonces el ejército estaba muy consustanciado con el apoyo a la legalidad, cualquiera fuera el gobierno. Roca, en tanto, no se conmovió demasiado, era mucho más estático en su visión. Había terminado su presidencia en octubre del mes anterior, estaba retirado en su estancia La Paz, se escapa para que no lo detengan y unos meses después se va a Europa.

* * *

Pellegrini estuvo entonces muy conmovido y pensó como muchos argentinos. ¿Qué pasa en este país para que una cantidad de compatriotas profesionales, médicos, abogados, gente distinguida que no tiene por qué comprometerse en esto, se metan en esta aventura? Los mecanismos electorales fraudulentos impedían a un fuerte partido como el radical presentarse a elecciones; estaban en una posición de abstención, de revolución, de intransigencia, etc., y no veían otra salida que la manifestación armada de protesta. Empieza a evolucionar en el pensamiento de Pellegrini la idea de que el sistema de fraude electoral no puede durar eternamente, que de alguna manera hay que empezar a dar una salida a las aspiraciones democráticas. Propone dos medidas: la amnistía a los revolucionarios y la creación de un partido opositor. Consigue la amnistía y un partido que fuera nucleando voluntarios opositores y apronta los acuerdos para un tercer paso: la ley electoral en el sentido que después le dio Sáenz Peña. Pellegrini muere sin haber tenido tiempo de completar su esquema.

* * *

La ruptura de Pellegrini con Roca ocurre por un hecho casi circunstancial que es bueno conocer: Pellegrini había apoyado la ley de unificación de la deuda. Roca, que la había apoyado cuando era presidente, la retira del Congreso cuando ve que hay mucha oposición; una buena ley, pero cuando todos se equivocan, todos tienen razón, como dijo Mitre. Y se acabó el acuerdo entre ambos. Pellegrini en cambio se había jugado por la ley y se molesta mucho con la actitud de Roca y rompe su relación con

él. Esto ocurre en 1903 y cuando vuelve de un viaje a Europa asume una posición muy prudente, no de oposición, pero tampoco de apoyo al gobierno, y se va manifestando cada vez más por realizar reformas. Por algunas cartas y documentos de Pellegrini, se conoce que le preocupaba la excesiva dependencia de la Argentina de Gran Bretaña: único cliente, único gran inversor, único socio. Pellegrini buscó infructuosamente otras alternativas. Estados Unidos lo impresionó mucho en el viaje que hizo. Se vinculó a capitales alemanes, probablemente le pareciera importante que hubieran otras salidas. En muchos sentidos Pellegrini fue un hombre con más visión histórica que Roca, pero lamentablemente murió relativamente joven, y se frustró esa posibilidad ya que hubiera sido el lógico sucesor, no de Roca sino del roquismo, porque ya era Quintana el presidente. Pellegrini podría haber sido el Sáenz Peña del régimen; con mucho más prestigio y con mucha mas popularidad, hubiera podido probablemente armar el gran partido conservador que necesitaba el país.

* * *

Pero la historia tiene otros entresijos, otros convulsivos enfrentamientos Sabiéndose protegidos en sus aspiraciones por el jefe del ministerio nacional, los radicales de las tres provincias a punto de ser intervenidas resuelven derribar por sí solos a sus gobiernos. El 29 de julio de 1893 el gobierno de San Luis es depuesto por el doctor Juan Saá al frente de los radicales de esa provincia. El 31, la laboriosa población rosarina amanece entre disparos de fusil; los radicales toman la ciudad después de un día de lucha sangrienta y avanzan sobre Santa Fe, obligando a renunciar al gobernador.

En Buenos Aires se pone en práctica el plan largamente acariciado por Yrigoyen. Desde el 27 desaparece de la ciudad el presidente del Comité de la Provincia. Ese día y el siguiente, casi un centenar de ciudadanos sale calladamente de la ciudad hacia el interior de la provincia. Van con aire de mensajeros, como si portaran un gran secreto. Ya es llamado el día, la hora... La mayoría de los delegados son hombres distinguidos, profesionales casi todos, jóvenes en su mayor parte.

* * *

Hipólito Yrigoyen, el gran urdidor, está en su estancia “El Trigo”, cerca de Las Flores. Ha perdido momentáneamente el contacto con sus camaradas, pero sabe que todos han de cumplir con su deber. No en vano ha estado preparando durante dos años la organización admirable del Comité de la Provincia de Buenos Aires. Piensa dirigirse a Temperley, empalme ferroviario de importancia estratégica, donde se ha decidido instalar el cuartel general de la revolución. Pero a última hora Ir avisan que

por la línea de Las Flores pelagra el éxito del movimiento. Entonces decide sublevar personalmente la zona.

Al día siguiente, las fuerzas de Temperley parten en tren para ocupar La Plata. A las órdenes del coronel Yrigoyen van dos mil quinientos hombres; marcha a la retaguardia su hermano con cuatro mil más y unos quinientos permanecen en el campamento. El día 9 de agosto a la tarde desembarca el ejército en la estación. No menos de cuatro mil quinientos hombres perfectamente armados y luciendo gallarda apostura desfilan por las calles 13 y 44. Martín e Hipólito Yrigoyen marchan al frente de la lucida tropa, aclamados constantemente por el pueblo platense que se ha volcado a la calle. En el hipódromo se levanta el campamento. Con las últimas luces de la tarde termina la pacífica toma de La Plata, al posesionarse el gobierno provisorio de los edificios públicos.

Ha triunfado la revolución, aunque en la Capital Federal algo estaban tramando. El régimen había caído en la cuenta del peligro en que estaba y sólo un hombre podía neutralizar estas tensiones: Carlos Pellegrini.

* * *

¿Cuanto faltaba para el voto tan soñado? Todo parecía arreglado por los grandes próceres, que habían asumido sus roles sin agresividad. El país parecía encaminarse a un largo tiempo sin alteraciones, conducido por ese puñado de lúcidos y patriotas hombres. Y de repente, como una cachetada a ese estado de cosas, estalla la revolución de 1905.

La Junta Revolucionaria señaló la noche del 3 al 4 de febrero de 1905. En los últimos días de enero, los delegados del alto organismo partieron a sus destinos silenciosamente. En el país indiferente y ahíto, había centenares de hombres que estaban viviendo en una insoportable tensión, contando hora tras hora el tiempo que faltaba para jugarse.

La víspera, la Junta recibió mensajes en clave de casi todos los elementos comprometidos, expresando que todo marchaba bien. Yrigoyen, sin embargo, desconfía y pretende postergar de nuevo el estallido; pero ya no había tiempo de avisar a todos, y se resuelve seguir adelante.

Pero en realidad, el gobierno tenía la impresión de que la revolución fuera inminente. Una conspiración, cuya existencia conocía la policía, como es natural, cobró entonces dramática realidad para el gobierno. A las nueve de la noche el ministro cabildea con el jefe del Estado Mayor, general Carlos Smith y con el jefe de policía. Se toman algunas medidas urgentes. El general Smith se dirige completamente solo al Arsenal de Guerra, y entra por el vecino Regimiento 1° de Infantería. Manda armarse a los pocos soldados que encuentra; ingresa al 1° de

Infantería, donde halla todo (d personal durmiendo, y algunos síntomas extraños: luces apagadas, oficiales ajenos al cuerpo que desaparecen al toparse con él, etc. Se hace cargo de la unidad y luego entra al Arsenal, ordenando inmediatamente fortificarlo con ametralladoras y nutridos pelotones en la guardia y la azotea. Como a las cuatro de la mañana llegan unos treinta y cinco ciudadanos desarmados en seis coches: preguntan por el coronel Martín Yrigoyen y penetran en el cuartel al serles franqueada la entrada, siendo de inmediato detenidos.

Fue un levantamiento que mostró una inusual disciplina en los regimientos alzados, que dejó un trágico saldo cuando la soldadesca enfurecida con sus oficiales abre fuego y mata a ocho civiles y dos militares en la masacre de la estación Pirovano. Yrigoyen, a quien no se pudo implicar en la sublevación, queda en libertad y se agiganta hasta convertirse en el principal dirigente político del país.

* * *

La Ley Sáenz Peña, hija putativa de la revolución del Parque, se hizo entre otras cosas para dar al escenario político argentino dos grandes fuerzas, una que estuviera en el gobierno gobernando, administrando, y desgastándose, y otra fuerza en la oposición, criticando y preparándose para gobernar. Cuando se ponen en juego bancas de diputados, dos tercios van para el partido que gana y el tercio restante para el partido que le sigue en monto de votos, y el tercero no obtiene representación. Es el manual elemental para promover la formación de dos grandes fuerzas, como en los Estados Unidos, como en Inglaterra, donde la alternancia es la garantía de estabilidad constitucional, donde el bipartidismo constituye la estrategia del régimen.

* * *

El 3 de mayo de 1911 se reúne el Comité Nacional. A moción de Yrigoyen se designa una comisión que entrevista al presidente de la Nación, Sáenz Peña, con el objeto de solicitarle la ratificación de sus propósitos en materia electoral, ya que legalmente nada había cambiado todavía en el sistema de elecciones. Sáenz Peña acepta los pedidos de la comisión: se usará el padrón militar, se votará en forma secreta y obligatoria, la Justicia tendrá a sus órdenes las fuerzas policiales y el presidente será en última instancia el juez de las reclamaciones de los partidos.

La benevolencia de Sáenz Peña con respecto a los pedidos radicales, provocó quejas en los círculos del régimen. El uso del padrón militar, sobre todo, inquietó sobremanera a los viejos núcleos.

* * *

Cuando se sanciona la Ley Sáenz Peña, falta el hombre que pudiera armar el gran partido conservador frente a la amenaza del radicalismo emergente. Lisandro de la Torre intenta hacerlo, pero fracasa porque tenía una ideología que chocaba con la ideología del conservadorismo y se produce esta desgracia nacional de que no hubo un gran partido conservador que pudiera ser la alternativa del radicalismo. Los grupos de ese cuño conspiraron y voltearon a Yrigoyen, voltearon la legalidad constitucional y nunca pudieron gobernar porque carecieron de un partido grande. Hicieron el ejercicio del fraude electoral, intentaron fragmentarse, insertarse en factores del poder como la prensa, la magistratura judicial, ciertas funciones burocráticas o de gobierno, el Senado, y desde ahí molestaron a los gobernantes; pero eso es otra historia.

* * *

Sáenz Peña supone que, obtenido el desarme de la actitud abstencionista y revolucionaria de la Unión Cívica Radical, no habría inconveniente en que lo acompañe en el gobierno. Aprovecha entonces la próxima entrevista (en la que habrían de concretarse algunos aspectos de la futura ley) para hacerle ofrecer dos ministerios en el gabinete nacional, por medio del gestor de las conversaciones. Pero Yrigoyen, consecuente con sus anteriores actitudes y en un hábil gesto político, declina el ofrecimiento. Manda decir a éste, las mismas palabras que dijera al otro Sáenz Peña, al viejo, en oportunidad parecida, casi veinte años antes:

“La Unión Cívica Radical no busca ministerios. Únicamente pide garantías para votar en libertad”.

La Revolución del Parque había alumbrado su histórico significado. Es llegada la hora del pueblo, la hora de Yrigoyen, un hombre de la estirpe de Alem que llega a su destino de caudillo.

LA REVOLUCIÓN DEL TREINTA

—Hace tiempo que quería hablar con usted. Porque le digo, usando la ruda franqueza del soldado, que me preocupa mucho el rumbo que está tomando el país. Alvear se niega a intervenir la provincia de Buenos Aires y esto significa, en buen romance, que el próximo presidente será el Peludo. No lo dude, mi amigo. Usted comprenderá lo que ha de significar la vuelta al poder de ese nefasto personaje: la chusma encaramada a las más altas funciones, la demagogia a pleno con ese populacho ávido de puestos, hasta el comunismo agazapado en pos de la disolución nacional.

—¿Es para tanto, mi general?

—Lamentablemente, así es. Fíjese que los peludistas están agitando en el Congreso la bandera, de neto corte bolchevique, de la nacionalización del petróleo. Es decir que expulsarán del país a empresas tan reconocidas como la Standard Oil, la Esso, la Dutch, que trabajan seriamente y pagan al Estado buenas regalías. ¿Eso no es comunismo? No hay otro modo de verlo. Con el Peludo seguirá nuestro aislamiento en el concierto de las naciones, ya que él se negó a que el país integre la Sociedad de Ginebra. Y fíjese lo que pasa en la universidad, que es un quilombo, si me disculpa la expresión. Y bueno, lo que pasa en la universidad es culpa de Yrigoyen porque él fomentó esa espuria Reforma, pero después sucederá en todo el país. Se repetirán los vicios de la presidencia del Peludo, se intervendrán las provincias desafectas, se hará caso omiso del Congreso, se ignorará a los hombres de consejo y experiencia.

—Pero, frente a esta perspectiva tan sombría, ¿qué debemos hacer?

—Amigo capitán, ahora no hay que hacer nada. Pero sí observar muy bien la situación y, dentro de la institución, habrá que fijarse bien en los camaradas que piensan y sienten como nosotros, porque es posible que en algún momento seamos convocados por el clamor del país. Eso, y detectar también a los que no están dispuestos a acompañarnos. Por ahora, le repito, capitán, por ahora, tenemos que contarnos, numerarnos como si estuviéramos en el cuartel, ¿comprende?”.

Al igual que en la revolución de 1890 los hechos que sucedieron en el año 30 estuvieron anunciados. En alguno de mis escritos intenté pergeñar el estado de ánimo que comenzaba a configurarse en el Ejército antes del golpe.

* * *

El 29 de agosto la ciudad amaneció empapelada de carteles firmados por el presidente de la Liga Patriótica. Exigía la renuncia del presidente: “La renuncia o la guerra necesaria”. Al día siguiente, otros carteles signados por una Juventud Universitaria reclamaban al gobierno explicaciones sobre sus “alarmantes actividades bélicas”. Ese día trasciende que el presidente está enfermo. El 2 de septiembre, la noticia bomba: el ministro de Guerra, Luis Dellepiane renuncia a su cargo. En su dimisión, después de reafirmar su solidaridad con el presidente, denuncia que ha encontrado a su lado a “pocos leales y muchos intereses”.

Dellepiane daba en la tecla. Había seguido el hilo de la conspiración y arrestó a algunos de los jefes comprometidos, pero el presidente le ordenó dejar sin efecto esas medidas: Yrigoyen no creía que se estuviera conspirando y su vicepresidente, Enrique Martínez, así como el ministro del Interior, Elpidio González, le aseguraban que Dellepiane veía fantasmas y creaba inquietud con sus medidas. ¿Qué responsabilidad tuvieron en la indefensión del gobierno? Mucho se ha debatido sobre el tema, pero el veredicto de la historia es, en el caso más benigno, ambiguo. Lo cierto es que Martínez y González mantuvieron hasta el final una actitud sospechosamente pasiva frente a la conjura y ante la revolución misma.

* * *

El mismo día de la renuncia de Dellepiane, *Crítica* publica un título a toda página: “La situación del país es una bomba que no tardará en estallar”. Las oficinas de *Crítica* eran el centro de reunión de los conspiradores; meses más tarde el diario de Botana sería clausurado por sus compañeros de complot...

El 3 de septiembre se realizan manifestaciones estudiantiles. Como las protestas no son muchos, se decide renovar las manifestaciones al día siguiente, con gente de todas las facultades. El 4 se reiteran los alborotos por el centro de la ciudad; frente a la Casa Rosada estalla un tiroteo y muere un joven. ¡Ya está! ¡El mártir que faltaba! Poco importa que el estudiante asesinado resulte ser un bancario radical: ahora se puede hablar de la sangre derramada.

El 5 de septiembre, Yrigoyen, que sigue afectado por un proceso gripal, delega el Poder Ejecutivo en el vicepresidente Martínez. La noticia desconcierta a todos. Ahora, con la delegación del mando, el objetivo de los conspiradores se ha logrado: el vicepresidente a cargo del Poder Ejecutivo puede descongestionar el ambiente, y de hecho lo hace, suspendiendo las cuestionadas elecciones de San Juan y Mendoza. Puede formar un nuevo gabinete, imprimir otro ritmo al gobierno, dar alguna satisfacción a la oposición.

Pero la conspiración no se detiene: hay que voltear al gobierno, no sólo a Yrigoyen. El 6 de septiembre a la madrugada, un grupo de diputados opositores se constituye en la Base de El Palomar y en Campo de Mayo para “sacar las tropas”. Los aviadores acceden pero el acantonamiento militar se declara legalista; los diputados se van, asustados por su fracaso. El único que sigue adelante es Uriburu; se instala en el Colegio Militar y logra salir a media mañana encabezando algunos centenares de cadetes y unos pocos elementos más que alcanzan a sumársele. Esta breve columna, aclamada por el veleidoso pueblo de Buenos Aires ante el estupor del país y la pasividad del resto del Ejército, será la que llegue a las seis de la tarde a la Casa Rosada, arranque la renuncia a Martínez e imponga un gobierno provisional presidido por Uriburu, preludio de una década signada por el fraude electoral y la degradación de la democracia.

* * *

A las cinco y media de la tarde, un anciano salía de una casa del barrio de Constitución y entraba trabajosamente en un automóvil abierto. Alguien le echó encima de los hombros un sobretodo; una mujer alcanzó a llenar uno de los bolsillos del abrigo con frascos de remedios y cajas de comprimidos. Le alcanzaron un ponchito de vicuña que el anciano, con gesto cansado, puso sobre sus piernas. Dos o tres personas se acomodaron en los asientos. Todos estaban serios y callados. El automóvil arrancó, seguido de otro vehículo con algunos hombres que no disimulaban su aire de policías. Los dos automóviles enfilaron por la calle Brasil hacia el Bajo y luego giraron a la derecha. A veinte cuadras de allí, una columna militar estaba llegando a la Plaza de Mayo, en medio de la creciente aclamación de un público entusiasta.

Hipólito Yrigoyen iniciaba un camino que no lo traería de vuelta a Buenos Aires sino hasta un año y medio más tarde, después de un penoso confinamiento en la isla Martín García. Era el primer presidente constitucional derrocado por una revolución triunfante, esa tarde del 6 de septiembre de 1930.

* * *

Yrigoyen quedó confinado en el islote de Martín García, sujeto a un régimen de prisión atenuada. Al principio estuvo solo; más tarde se logró que su hija Elena pudiera pasar también a la isla para velarlo; con ella fue la señorita Isabel Menéndez, amiga de ella y secretaria del ex presidente desde hacía varios años. Tiempo después también se lo trasladó allí a don Elpidio González. Su sobrino tenía permiso para visitarlo una vez por semana, y a veces viajaba con el doctor Guardo, su dentista,

quien con el pretexto de hacerle algún pequeño arreglo dental distraía al prisionero con noticias y comentarios, y servía a la vez de mensajero para los amigos. Todas las entrevistas con personas del exterior debían hacerse en presencia de los oficiales de la Marina a cuyo cargo estaba la isla, o de los pequeños que venían con los visitantes.

Vivía en una pequeña casa. Disponía de unas diez manzanas de terreno para pasear, pero debía hacerlo acompañado siempre de un oficial. Sufría mucho por el clima y le molestaban hasta el espeluzno los bichos que abundaban: ratas, cucarachas y otras alimañas de esa laya. Sus quejas al respecto eran tomadas un poco en solfa por el jefe de la isla, que aseguraba que el preso exageraba enormemente la cantidad y las dimensiones del bicherío; pero su venganza ocurrió el día que al propio jefe lo mordió en la mano una rata. Entonces Yrigoyen mandaba puntualmente todas las mañanas a preguntar al jefe “cómo seguía de la mordedura de la rata”, sin perdonarlo un día...

* * *

Esta ruptura institucional puso en marcha un sistema político basado en la corrupción y el fraude electoral. Sin embargo, seis meses después de la caída de Yrigoyen, el gobierno de Uriburu, que durará sólo dos años, convocó a elecciones en la provincia de Buenos Aires como parte de un plan político consistente en ir abriendo gradualmente los comicios, en la seguridad de que el radicalismo, caído y desprestigiado como estaba, con sus principales jefes presos o desterrados, haría un desairado papel en las elecciones. Esto permitiría ir armando el mapa político para una solución constitucional que tuviera garantías para los revolucionarios, que fuera una solución conservadora en general o una solución radical antipersonalista. El 5 de abril de 1931 inesperadamente triunfa el radicalismo en la provincia de Buenos Aires. Con posterioridad estas elecciones se anulan. Pero este triunfo del radicalismo de alguna manera fue prefigurando el fraude electoral que caracterizó toda la década posterior. Las fuerzas de la Concordancia que habían armado el esquema político que sostenía al gobierno de Justo no podían gobernar si no se basaban en el fraude electoral. Al principio se realizaba en una forma atenuada, en los primeros años, cuando el radicalismo no participaba en las elecciones. Luego se orquesta un fraude escandaloso, cuando el radicalismo levanta la abstención a partir de 1935 — realmente era una posición que no tenía salida, desembocaba en quién sabe qué caminos para el radicalismo—, se presenta a elecciones, y gana incluso en algunas provincias, en Córdoba con Amadeo Sabatini, en Entre Ríos, en Jujuy con posterioridad.

* * *

Descansaba ya el viejo luchador. Tendido sobre el ataúd, amortajado con el hábito dominico, dormía su último sueño ante la mirada afligida y numerosa del pueblo que desfilaba interminablemente.

Tres días fueron de desfile. Para puntualizar mejor lo que tenía el homenaje de cosa espontánea, popular, la familia rechazó los honores oficiales que el gobierno decretara. Se había pedido que dejaran hacer el velatorio en una plaza o en una iglesia; ambiente de ágora o de templo requerían los honores de este cadáver, pero el gobierno había denegado la autorización. Miles de argentinos venían a velarlo desde las selvas boreales, desde las montañas cuyanas, desde los valles norteños, desde las pampas bonaerenses. Oyhanarte, su hijo casi, regresaba del exilio para dejarse tomar preso, con la condición de que le dejaran asistir al entierro.

Algunos planearon torcer el rumbo de la procesión cívica y llevarla con su yerta bandera al (Vente a tomar la Casa Rosada. Habría sido estremecedor este triunfo póstumo: el viejo Cid ganando batallas después de muerto...

* * *

El abril de 1931, las fuerzas conservadoras provinciales, abandonando su vieja tradición de autonomía local, se habían constituido como Partido Demócrata Nacional; en julio su convención invita a las fuerzas afines a una “concordancia” con candidatos comunes; el 16 de setiembre los conservadores proclaman a Justo como candidato a presidente y a Julio A. Roca, el hijo del general, a vicepresidente. Cuatro días atrás, los “radicales del Castelar” anuncian su apoyo a Justo, con Eduardo Laurencena como compañero de fórmula; al renunciar este prestigioso dirigente entrerriano, lo sustituyen por el constitucionalista José Nicolás Matienzo. Finalmente los socialistas independientes, liderados por Antonio Di Tomaso, levantan también el nombre de Justo. He aquí, pues, armada la “Concordancia”: el viejo partido conservador fraguando el entendimiento con los disidentes del radicalismo y los que desde 1925 lo eran del socialismo. Un invento político que reedita el frente antiyrigoyenista de 1928 y cuya fuerza es indiscutible en algunos distritos, pero que no puede obtener la mayoría del electorado en elecciones limpias.

* * *

La crisis del '29 desatada en los Estados Unidos golpeó a los sectores sociales más desprotegidos. Pero también significó una modificación en la organización productiva nacional. Hay un problema económico-social derivado de la gran crisis que sacude al mundo desde 1928 y que, en ondas concéntricas, va a alterar no solamente la vida y la forma de producción en Europa y en Estados Unidos, sino que

va a crear una serie de barreras y trabas aduaneras en el orden internacional. En la Argentina, como los que toman el poder desde 1930 representan tradicionales intereses, harán lo posible para que la crisis repercuta, no sobre ellos sino sobre los hombros de la mayoría de la población. Crearon juntas reguladoras de la producción, abdicando de su viejo pensamiento liberal, como el que caracterizaba al conservadorismo, y crearon un Estado muy dirigista, que tuvo su vigencia en la década de los treinta. Junta de regulación de la carne, que después será la CAP, junta de regulación del algodón, de la yerba mate, del vino, etcétera; prácticamente todos los sectores importantes de las provincias argentinas fueron regulados por estas juntas que estaban designadas por el Estado con representación de los productores. Se crea el Banco Central como un organismo regulador de la moneda y del crédito; se crea el Instituto Movilizador de Créditos Bancarios para ir sacándoles a los bancos los incobrables que les habían dejado los deudores, generalmente vinculados a latifundistas de la pampa húmeda y que, al ser movilizados por el instituto, iban liquidándose de una forma menos brutal, más pacífica.

* * *

El sistema de fraude tenía una extraña característica: permitía la libre expresión política durante los meses previos a las elecciones, pero en los momentos electorales se cometían los más escandalosos atropellos. Se hace necesario, para el gobierno y para la coalición gobernante, montar un aparato de fraude electoral permanente que se traduce en una paradoja que fue muy señalada por los observadores de la época. Durante todo el año había un estado de libertad bastante amplio en cuanto posibilidades de expresión, reunión, manifestación de las opiniones; la minoría opositora se manifestaba en el Congreso a través de sus representantes, incluso llegó a tener mayoría en la cámara de Diputados. Pero el día de las elecciones se cometían todo tipo de tropelías y todo tipo de ardidés electorales, desde la expulsión de los fiscales que representaban a los partidos opositores de las mesas electorales hasta el cambio de urnas, la votación de personajes inexistentes o ciudadanos fallecidos; en fin, todos los trucos y las mañas que se podían emplear.

* * *

Así fue la política oligárquica bajo el gobierno de Justo, carente de toda coherencia y con una única lealtad: la prestada a sus propios intereses. Como Fausto, lo ofrecía todo con tal de prolongarse un instante más. Estaban dadas todas las condiciones para que la dependencia del país se mantuviera indefinidamente sobre la pobreza popular y la atrofia de sus posibilidades. Si ello no ocurrió en última

instancia fue porque el plan no se cumplió totalmente en virtud de una instintiva resistencia popular y porque el estallido de la guerra, en 1939, modificó esencialmente el panorama económico del país.

Pero se había hecho lo posible para que el estado colonial subsistiera sin término. Sin embargo, no hay que equivocarse, la entrega no había ocurrido porque la oligarquía fuera esencialmente antipatriótica o corrompida. A ningún grupo social le place entregar a otros poderes la dominación que ejerce sobre un país. Más que expresiones de una voluntad de enfeudamiento, los actos que nos fueron llevando al “estatuto de coloniaje” tradujeron un egoísmo torpe, una absoluta insensibilidad, una falta de solidaridad social y carencia de sentido estratégico. Faltó a la oligarquía de esos años fe en el país y en su propia misión de clase dirigente. Y también le faltó la astucia de castas similares que en otros países renunciaron a determinados privilegios para salvar los más importantes, o la grandeza de quienes cerraron elegantemente su ciclo para dar paso a nuevas realidades económicas y sociales.

Le faltó visión y generosidad. La oligarquía ya no era esa fuerza conservadora que había jugado otrora un papel en la consolidación de la nacionalidad, transmitiendo vivencias consustanciadas con un origen legítimo de la Patria. Ahora era simplemente una casta inescrupulosa y egoísta, que estaba dispuesta a entregar todo con tal de salvarse ella.

* * *

Pero aunque Fausto ofreciera todo, el tiempo no se detenía. El fin era cuestión de unos pocos años más.

¿Qué pasaba en la Argentina? El auge del pistolero, la explotación del juego que motivaba en Buenos Aires crisis ministeriales o renunciadas de diputados, la desembozada trata de blancas, todo era un reflejo de un estado de cosas basado en la inmoralidad, en una total subversión de valores. Faltaba fe en las propias posibilidades. La crisis de los treinta, prolongada por la oligarquía, había asestado un duro golpe a ese optimismo característico de nuestro pueblo. Dios ya no era criollo, había que salir de “la mala” de cualquier forma.

* * *

El gobierno de Justo era pública y notoriamente un ladrón de la voluntad popular. “Bendito sea el fraude”, decía un diputado conservador en pleno Congreso. Fresco sostenía que el voto secreto minaba las virtudes viriles de nuestro pueblo. *Caras y Caretas* glosaba cada escamoteo electoral con una chistosa caricatura. Si robar votos era simplemente “meter la mula”, era cosa de vivos, entonces no había sino una

diferencia de grado con el secuestro de chicos o los espectaculares asaltos que protagonizaron por entonces Caprioli, “Male Cocido”, Chicho Chico o el “Pibe Cabeza”... Todo estaba permitido: la entrega de nuestra economía, las palabras vergonzosas de un Roca, un Leguizamón o un Pinedo, el asesinato de Bordabehere, los matones de Fresco, el caloteo de urnas y las designaciones “a dedo” de gobernadores, tanto como ese imperio suburbano de Barceló, hecho de quiniela y puterío, o los escándalos de El Palomar, de los colectivos, de los niños cantores...

El estado colonial en el que vivía el país era tema “tabú”, como lo era la miseria de los pueblos agonizantes del interior, el aterrador porcentaje de inaptos para el servicio militar o los clandestinos motivos de juego y repartija.

Así iba terminando su presidencia el general Justo. Había permitido, tolerado, alentado un falseamiento total del país en todos los órdenes, En compensación, trató de hacer buena administración, construir algunos caminos y realizar algunas obras públicas. Pero ¿quién podría reconstruir los valores destruidos? ¿Quién instauraría el honor donde había reinado el cinismo? ¿Quién restauraría la fe popular cuando se había engañado sistemáticamente? ¿Quién brindaría palabras veraces, si ya era común la suma canallada siguiendo a las solemnes promesas?

Terminaba el gobierno de Justo. La trágica muerte de su hijo, en enero de 1938, lo rodeó por un momento de alguna compasión, ya que no de afecto ni respeto. El 20 de febrero entregó las insignias del poder y se fue a tejer su próxima presidencia. Creía ser el tercero en la serie de los grandes generales presidentes.

* * *

En mayo 1933 se firma el controversial Tratado Roca-Runciman como parte de las medidas económicas que venía impulsando Federico Pinedo. Era un pacto que aseguraba a algunos estancieros argentinos, a algunos invernadores, a algunos productores de carne en los niveles más sofisticados, un mercado más o menos garantizado en Inglaterra, a cambio de lo cual la Argentina, a su vez, garantizaba a los capitales británicos radicados en nuestro país un tratamiento benévolo en el terreno legal en materia de control de cambios. Este pacto, sobre el cual se han escrito bibliotecas enteras a favor o en contra —lo cual demuestra que su análisis no es materia simple—, fue bastante complejo, significó el último intento de las clases tradicionales argentinas de seguir atando el destino económico de nuestro país a su viejo socio Gran Bretaña, que ya no tenía la capacidad de metrópoli ni la capacidad de producción industrial y de consumo que había tenido antaño; y además Gran Bretaña —en la década de los treinta y tal vez en previsión de una guerra que ya se veía venir— privilegiaba la propia relación con sus dominios, y no con países terceros, como era el caso de la Argentina. Este contexto explica la famosa frase, la

infeliz frase que pronunció el vicepresidente Julio A. Roca, hijo del presidente argentino, negociador principal del tan criticado pacto Roca-Runciman, y padre de una frase desdichada o mal dicha o dicha en un mal momento, que traducía un pensamiento muy inteligente. Roca hijo se expresó diciendo que la Argentina, por sus lazos con Gran Bretaña, debía ser considerada como un dominio británico, es decir, puesto a la altura del Canadá, la Unión Sudafricana o la India. Lo que quería decir Roca era que las preferencias que Gran Bretaña otorgaba a sus dominios en cuanto al comercio debían ser extendidas a la Argentina, porque también los vínculos de la Argentina con la metrópoli eran muy grandes.

* * *

El pacto Roca-Runciman formó parte del paquete de medidas destinadas a superar la crisis. Significó para nuestro país una gran desocupación, cosa que no se había visto antes, también una gran miseria entre las clases populares, al mismo tiempo que una defensa muy acendrada del valor de la moneda: el peso de 1928 valía exactamente lo mismo que el peso de 1935; lo que sucede es que conseguir ese peso daba realmente mucho trabajo, como bien lo expresa la ranchera de esa época: *“Dónde hay un mango, viejo Gómez...”* Pero fue una manera inteligente y coherente de sortear esa crisis que afectó a todo el mundo como tormentosa vigilia en las vísperas de la guerra mundial. Luego, la industria armamentista, en el caso de Estados Unidos, de Gran Bretaña, de Francia, empieza a dar trabajo a esos desocupados en paro forzoso. En Alemania la industria armamentista y las grandes obras públicas eran emprendidas por el régimen nazi. Fue una crisis que no se supo cómo ni cuándo terminó, pero cuando estalló la guerra mundial ya estaba prácticamente diluida, y en nuestro país antes que en otros.

* * *

Esta crisis económica también se tradujo en un malestar que después fue pasando, indudablemente, pero que dejó algunas enseñanzas para los sectores populares. Para la sociedad quedó en claro el hecho de que, cuando son las clases dominantes las que manejan los resortes del poder económico, las consecuencias en la economía van a caer sobre los hombros de los sectores populares y no sobre todos los sectores.

* * *

Las influencias de las ideologías totalitarias comenzaban a tener eco en los medios militares. Además, los sectores castrenses habían dejado de desenvolverse en

los cuarteles para incursionar con algún éxito en la vida política nacional. En la Argentina, desde 1890-93, cuando el ejército reprime la Revolución del Parque y las otras revoluciones radicales, incluso la de 1905 —al decir “ejército” digo Fuerzas Armadas—, se habían mantenido en una posición política de prescindencia, de subordinación al poder civil, y los dirigentes habían tratado de acentuar característica: sacar el ejército de la órbita de la política y mantenerlo en un plano absolutamente profesional.

* * *

En la década de 1930 empiezan a ocurrir algunas circunstancias nuevas dentro del Ejército. En primer lugar, hay un grupo de oficiales que tiene una gran admiración por la capacidad militar de una Alemania que había estado derrotada, hasta hacía poco tiempo, y que sin embargo era capaz de poner en marcha un aparato militar que le permitía, por ejemplo, ese verdadero milagro bélico que fue la campaña de Francia, que en un mes acaba con el ejército considerado como el mejor de Europa. Muchos militares argentinos miraban con admiración eso y no dejaban de trasladar esa admiración al régimen político que había hecho posible esta capacidad profesional en los ejércitos de los países totalitarios. En segundo lugar, había otros militares que, sin ser estrictamente muy democráticos, veían con repugnancia el espectáculo del fraude y se preguntaban hasta qué punto y hasta cuándo el ejército tendría que seguir homologando, aunque fuera con su silencio, estas formas totalmente pervertidas de la democracia que se vivían cada año o cada dos años de manera realmente muy escandalosa. Y había muchos que participaban de ese pensamiento del falangismo español, el nacionalsocialismo de Hitler, el fascismo mussoliniano, y que aquí había tenido sus precursores como Leopoldo Lugones, y que en la década del 30 también consideraban la posibilidad de dejar de lado el modelo de la democracia fraudulenta que se estaba viviendo y sustituirlo por una sociedad donde las cosas fueran mucho más claras y donde los líderes mandaran realmente por encima de intermediarios molestos como el Congreso, valga la sutileza. Todo esto se da además en el marco de la enfermedad de Ortiz, del ascenso de Castillo y de algunos sucesos que hicieron mucho daño a la democracia y a la dirigencia política.

* * *

El gobierno de Ortiz, que comienza en 1938, intenta abrir el juego democrático para terminar con el sistema de fraude. Roberto M. Ortiz, radical antipersonalista, ministro de Hacienda de Justo, llega a la presidencia por intermedio de un gigantesco fraude electoral. Pero Ortiz es un hombre que entiende que no se puede seguir

gobernando con el fraude y entonces intenta una política de saneamiento; es decir, se arrepiente de sus orígenes y empieza a tratar de poner orden en los aspectos electorales. Incluso llega a intervenir Catamarca, la provincia de origen de su vicepresidente Castillo, donde había habido fraudes realmente escandalosos, y hace lo mismo en 1940 con la provincia de Buenos Aires, que era el eje de todo el esquema electoral, y donde gobernaba una curiosa expresión de la ultraderecha conservadora: Manuel Fresco, un dinámico, jactancioso, atropellador, médico de los ferrocarriles ingleses que se había convertido en líder de los núcleos nacionalistas crecidos en el amor a los regímenes totalitarios europeos. Admiraba al Duce y había hecho del fraude electoral una máquina incontrastable: la afrenta del voto cantado, la agresión a los opositores, el vuelco de padrones, la sustitución de urnas, el compadraje presionando a los ciudadanos, todas las variantes de la picardía destinadas a trucar los comicios fueron usadas por Fresco. A cambio de estas gabelas, nada inofensivas por cierto, hizo una copiosa obra pública, proveyó de pérgolas a las plazas de la provincia, construyó caminos y edificios administrativos e impuso por decreto la religión católica en las escuelas. Sus desbordes se habían convertido en el símbolo de la corrupción política. Denunciábanse sus persecuciones a las cooperativas eléctricas, se marcaban sus complicidades en el mundo de la delincuencia que señoreaba Barceló y existía una miríada de quejas por la proliferación de los juegos de azar y la prostitución explotada por la maquinaria oficialista.

* * *

En el momento menos indicado Ortiz se enfermó y tuvo que delegar el gobierno en Castillo. Ortiz era un hombre de mala salud, diabético, y de pronto hace crisis esta enfermedad y queda virtualmente ciego. Tiene que delegar el mando en su vicepresidente, pero Castillo tiene otra concepción totalmente distinta: no le importa el fraude electoral. Entiende que no se puede gobernar de otra manera; es un conservador de la vieja escuela, del interior, acostumbrado a un manejo patriarcal de la política, y entonces, para él, el país debe ser manejado por un grupo esclarecido, de gente surgida de las clases altas. La única manera para manejar el país es montar un sistema de fraude electoral permanente. Y Castillo termina con los intentos renovadores o saneadores de Ortiz y convalida todas las prácticas fraudulentas: esto produce un gran deterioro en la percepción democrática del electorado argentino y de la ciudadanía en general. El daño era irreparable.

UN HECHO INESPERADO

La Revolución del '43 fue un hecho inesperado. Como un rayo en un día claro. Pero fue el resultado de una serie de factores profundos que desde la perspectiva histórica se pueden ver con mayor claridad, No sucedió de un día para otro. Pero una mañana cualquiera los habitantes de la Argentina se despertaron con la noticia de que las tropas de Campo de Mayo habían avanzado sobre la Casa de Gobierno, que el depuesto presidente Castillo estaba dirigiéndose hacia Colonia y que el gobierno conservador había sido derrocado. La Revolución de 1890 fue virtualmente proclamada desde semanas antes y estaba en el Ánimo de la población que en cualquier instante podía retallar. La Revolución del '30 fue anunciada, discutida, debatida, en sus vísperas, de modo que la asonada de Uriburu no asombró a nadie. En la Revolución del '43 no había ningún indicio de que pudiera producirse algo así en ese momento. Bien mirada, fue un hecho previsible, quizás inevitable. Esto parece una contradicción, pero no lo es en su esencia última. La Revolución del '43, aunque fue originada por un suceso banal, casi cortesano, bastante absurdo, respondía a una serie de factores de fondo que venían dándose en el país por aquellos años y que desde nuestros días podemos ver con mayor claridad. Sin embargo, por aquellos tiempos advertirlo costaba bastante trabajo.

* * *

La confianza popular en la democracia era reducida, mínima. Ramón Castillo venía utilizando el fraude sistemático como forma de mantener a sus aliados en el gobierno. En ese clima flotaba la sensación de que un gran cambio podía —más bien debía— producirse.

Desde la muerte del antipersonalista Roberto Ortiz y su reemplazo por el vicepresidente Castillo, el “fraude patriótico” había comenzado a practicarse descaradamente. Defender la democracia contra el golpe no era una variante a considerar para el grueso de la ciudadanía. La democracia no eran esas elecciones trucadas, fraudulentas, tramposas, llenos los discursos de grandes frases hipócritas donde los gobernantes trataban de justificar esas mañas diciendo que no eran más que episodios menores. Lo que se violentaba era la esencia misma de la democracia; el

sistema había bajado las defensas de aquellos ciudadanos que creían sinceramente en el sistema democrático como un sistema apropiado para el tipo de vida de la Argentina.

Bien o mal, por cierto, desde 1912 se votaba libremente en el país. Las irregularidades electorales cometidas en tiempos de Yrigoyen o de Alvear habían sido mínimas y excepcionales. Pero este fraude era montado y justificado desde el gobierno, era la negación ostensible y confesa del derecho electoral. Esta práctica retrotraía las costumbres políticas del país a tiempos anteriores a 1912, o incluso más atrás, lo cual evidentemente constituía un enorme retroceso.

Ramón Castillo entendía que no se podía gobernar de otra manera que munido de esa herramienta. Para él, el país debía ser manejado por un grupo “esclarecido” de gente surgida de las clases altas. De modo que Castillo terminó con los intentos renovadores de Ortiz y homologó la práctica de desmanes de matones armados que impedían el voto de los opositores. Se obligaba a “cantar el voto”, exhibir la boleta antes de depositarla en la urna, se producían “vuelcos de urnas”, amañando los cómputos. La policía era cómplice de estas maniobras fraudulentas, que demasiadas veces cobraban vidas.

* * *

Negociados que hoy parecerían un chiste —si no fuera porque el humor se detiene ante el brutal significado de los muertos habidos—, salpicaron a oficialistas y opositores, que no obtenían la fuerza cívica moral para presentar una alternativa.

Hacia 1935, la prestación de servicios de electricidad en el país estaba repartida en dos grandes empresas vinculadas a holdings internacionales: ANSEC, subsidiario de EBASCO (Electric Bond and Share Co.) y SOFINA (Société Financière de Transports et de Entreprises Industrielles). La primera estaba subordinada a la Banca Morgan y dominaba los servicios eléctricos de trece países del continente; la segunda, con sede en Bruselas, era una especie de banco privado que financia las más variadas empresas en distintos países, y sus capitales tienen orígenes muy diversos.

EBASCO tenía a su cargo todo el servicio eléctrico del interior del país y SOFINA, por medio de su filial CHADE (Compañía Hispano Americana de Electricidad) dominaba la prestación correspondiente a Buenos Aires y Gran Buenos Aires, así como Rosario y sus alrededores.

Un informe técnico calculaba que desde 1932 hasta la finalización de las concesiones CHADE y CIADE (Compañía Italo Argentina de Electricidad) sustraerían indebidamente a los usuarios la suma de 7800 millones de pesos.

Esta evidencia movió a algunos ciudadanos a crear en 1933 un movimiento encaminado a lograr una rebaja de las tarifas eléctricas, que tuvo amplia repercusión

entre el público. En agosto de 1943 se crea una Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad que presenta un informe que compromete a Alvear en su negociación con la CHADE.

* * *

Estallaron por entonces una serie de negociados, como el que afectó a la Lotería Nacional o el de los colectivos de la Capital Federal.

En 1942 el diputado radical Agustín Rodríguez Anaya denuncia irregularidades en la Lotería Nacional. Es el famoso affaire de los niños cantores, donde uno de ellos cambió la bolilla correspondiente al premio mayor, que concluyó con penas de prisión para algunos de los responsables.

El escándalo de la Corporación de Transportes también tuvo gran resonancia. En 1936 se crea un ente mixto privado-estatal: la Corporación de Transportes de la Ciudad de Buenos Aires (CTCBA), que debía consolidar las empresas de tranvías, ómnibus y subterráneos, además de los colectivos. La Corporación comienza su gestión en febrero de 1939, pero en pocos años pierde la autonomía a causa de sus deudas. En 1948 entró en liquidación, y el Estado nacional la sustituyó en 1952 por la Administración General de Transportes de Buenos Aires (AGTBA), dependiente del Ministerio de Transportes de la Nación. El objeto de la creación de la Corporación de Transportes era proteger a las compañías británicas de tranvías de la pujante competencia de los colectivos.

* * *

Otro sonado caso fue el negociado de El Palomar, la compra de unas tierras que unos avivados habían realizado sabiendo que esas tierras iban a ser expropiadas para construir ahí el Colegio Militar. Hubo una diferencia de monedas cuando se repartieron las utilidades entre esta gente y algunos diputados, uno de los cuales se pegó un tiro abrumado por la vergüenza de haber recibido diez mil pesos moneda nacional de aquella época que, para completarla, ni siquiera los había recibido él sino una amante.

El negociado de la CHADE fue otro peculado de gran resonancia. La renovación de la concesión que tenía la Compañía Hispano Argentina de Electricidad para proveer de energía eléctrica a Buenos Aires y el conurbano puso en juego una gran masa de intereses. La ley había sido votada favorablemente en el Congreso en 1936 sumando votos mediante sobornos, cosa que fue perfectamente probada años después, cuando se nombró una comisión investigadora y llegó a la vista del público toda la documentación que tenía la CHADE. Durante el gobierno de facto de 1943-45

se preparó un informe que comprendía cuatro gruesos tomos con las declaraciones testimoniales, documentos, etcétera, y enseguida desapareció misteriosamente toda la edición. Fue una curiosa orden de Perón, que en ese momento era vicepresidente de la República y ministro de Guerra.

* * *

Todos estos escándalos contribuyeron además a que los grupos nacionalistas que veían al sistema democrático como la causa de la corrupción que se estaba viviendo, pudieran tener más argumentos para denostar a los partidos políticos. Como otras veces en nuestra historia, en aquella década las agrupaciones tradicionales pasaron por un mal momento. Los partidos oficialistas —el conservadorismo, el antipersonalismo— necesitaban del fraude para seguir gobernando. Pero también el radicalismo, que era la principal fuerza opositora y estaba luchando de una manera desgastante contra el fraude, se había contaminado del engaño electoral y lo practicaba demasiadas veces en sus innumerables luchas internas. Algunos de sus dirigentes —aunque no los más importantes— fueron quedando complicados o entrampados en estas supercherías. No había tampoco, por parte de la oposición, una voz con la suficiente respetabilidad como para denunciar todas las aberraciones que se cometían en nombre de la democracia. Oficialismo y oposición aparecían ante la opinión pública como si sus cuerpos institucionales estuvieran irremediablemente corrompidos.

Hay una imperceptible razón que explica lo que pasa en junio del '43. Es algo que es muy difícil de definir, pero que se percibe cuando se investigan un poco los materiales de la época a la luz de la historia. Es una sensación de vísperas, algo que a veces ocurre, dentro de un determinado tiempo. Una sensación que no se puede marcar con hechos concretos, pero que uno, y nuestros contemporáneos sobre todo, olfatean, intuyen, perciben: “Algo va a pasar, algo nuevo tiene que ocurrir”.

* * *

Hitler y Mussolini parecían imparables, pero no lo eran. Stalingrado había cambiado el curso de la guerra, pero aquí todavía no se tomaba registro del cambio para corregir los envites, de acuerdo con la inveterada costumbre argentina de apostar a ganador.

El avance de los totalitarismos en Europa era imparable desde 1933. Habían ido ganando posiciones en batallas políticas y militares. En aquel momento regían la vida entera de Europa. En realidad, viendo las cosas con rigor y perspectiva históricos, a mediados de 1943 el curso de la guerra ya se había dado vuelta en forma categórica, y

el triunfo de los aliados era inevitable, pero eso no podía verse todavía con claridad.

A fines de 1942 había ocurrido la primera gran derrota de los regímenes totalitarios. Stalingrado fue escenario de una cruenta batalla donde los alemanes perdieron centenares de miles de soldados con sus equipos y armas, la elite de sus mejores unidades, muy difíciles de reponer. A partir de ahí, ya no pudieron llegar al canal de Suez. Por otra parte, la guerra que se libraba en el generoso escenario del Pacífico entre el Japón y los Estados Unidos, que había tenido una primera etapa de resonantes victorias japonesas, resultaba a priori ineluctablemente perdida por el Japón, país que no tenía materias primas propias y tenía que extender sus líneas defensivas por el Pacífico, un escenario de guerra virtualmente grande, demasiado. De todos modos, el triunfo de los totalitarismos del Eje alentaba en la Argentina a mucha gente. Se pensaba que una derrota de Inglaterra y por lo menos algún contraste para los Estados Unidos podían ser buenos para un país cuya dependencia funcional de Gran Bretaña era histórica. En alguna medida el triunfo de los totalitarismos en la guerra podía significar para la Argentina la obtención de una posición clave en la región.

* * *

La sociedad se dividió en aliadófilos y neutralistas. Primero España y su guerra civil y luego Europa con su guerra mundial influyeron en los valores y sucesos de la política argentina. Desde la década del 30 la política exterior comienza a tener una importancia que antes no tenía. La gente se fue colocando, en el caso de la Guerra Civil española, en las filas de los partidarios de Franco o de los partidarios de la República. Antes se había colocado en una posición de simpatía por Hitler o por la República de Weimar, y luego se encolumnaría tras el Eje o los Aliados cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. Desde 1939 la gente se calificará de aliadófila o germanófila, o cuanto menos como neutralista. La Argentina había dejado de estar encapsulada como lo había estado en sus propios problemas desde la organización nacional.

Ciertos valores políticos que se jugaban en los campos de batalla, primero de España y después en toda Europa, repercutían de una manera muy directa en el espíritu de los argentinos. La compleja lucha de intereses en pugna se transformó en “democracia” contra “totalitarismo”, para decirlo de una manera un poco simplista. Era la antinomia que en ese momento no asociaba con los sentimientos y las emociones de una gran parte de los argentinos informados, y seguramente de la totalidad de los argentinos politizados.

* * *

El nacionalismo, aunque nunca logró constituirse en partido político, tuvo una influencia considerable entre los intelectuales y en las Fuerzas Armadas. En ese clima Charles Maurras, el pensador francés cuyas ideas invalidaban el modelo democrático, tuvo una gran repercusión en muchos grupos, sobre todo juveniles. En la década del treinta ya habían surgido grupos que se inspiraban en el modelo mussoliniano. Todos estos sectores proponían una sociedad fundada en la jerarquía, en otros valores que no fueran los de la democracia del voto, sino apoyada en una organización relativamente autoritaria donde el que estuviera al frente fuera un caudillo con un cierto consenso popular. No había paciencia para depender de las gradaciones y de las mediaciones que supone la democracia. En algún momento estas ideas fueron sintetizadas por el proyecto de José Félix Uriburu, al que Agustín P. Justo no prestó atención, y volvieron a potenciarse en los últimos años de la década del treinta y primeros del cuarenta, al compás de los grandes triunfos nazifascistas en Europa.

Existía toda una ideología nacionalista no expresada por un partido político determinado pero que sí tenía preponderancia significativa en algunos medios académicos, universitarios, en los sectores militares, en las clases altas de la Argentina. Un nacionalismo difuso pero expresado en la necesidad de defender lo propio, de proteger la industria nacional, de tener una menor —o ninguna— dependencia de Gran Bretaña, de sentirse más dueños. En los sectores intelectuales esto se daba apoyado en la intensa propaganda que el triunfo de Franco venía haciendo desde España, que convengamos en que ha sido como la madre de los pueblos latinoamericanos.

España permaneció ligada a los países como la Argentina por vínculos de tipo histórico o nacional: ese nacionalismo congeniaba con la idea de cepa hispánica que rechaza todo apoyo o vinculación con países como los Estados Unidos o Gran Bretaña. Tenía gran importancia, sobre todo, en las Fuerzas Armadas, que habían sido muy mimadas, muy halagadas por el presidente Castillo; habían conseguido que se crearan algunos organismos industriales dependientes del Ejército y de la Armada y en consecuencia vivían en una etapa diferente de la etapa fundacional, militar pura. Mosconi y sobre todo Savio son protagonistas de una etapa donde las Fuerzas Armadas, sobre todo el Ejército, son el vector de actividades industriales.

Las embajadas alemana e italiana habían cerrado sus puertas con la declaración de guerra. Los nacionalistas era gente de clase media-alta, en general de origen católico, y partidarios de un nacionalismo que podía tener muchos matices, un amplio espectro que iba desde un nacionalismo de tipo popular hasta el más recalcitrante nacionalismo aristocratizado, cerrado, elitista.

Durante la primera etapa de la guerra, y un poco antes incluso, la embajada alemana está probado por documentos ulteriores que subvencionó algunos de los diarios nacionalistas como *El Pampero*. Después de la ruptura de relaciones y la

declaración de guerra ya no existió más la financiación de la embajada alemana, pero estos grupos nacionalistas siguieron por su cuenta. En la década del treinta un grupo de jóvenes que rodeaban a Uriburu editaban *La Nueva República*, y tenían la idea de reformar la Constitución para que el país se organizara mediante un régimen de tipo corporativista. Muchos de esos nacionalistas continuaban su actividad hacia el 43. Hubo una cierta coherencia en eso, hubo una importante propuesta política que podemos no compartir, pero debemos reconocer como totalmente nueva.

La influencia nacionalista se extendió incluso al ámbito historiográfico. En esa época nace la historia “revisionista”, que trata la figura de Rosas como la de un líder carismático, salido de la aristocracia pero adorado por su pueblo, aunque no respondiera a los vaivenes de la voluntad electoral, que sobre todo tenía un sentido de afirmación de la soberanía nacional.

Otro grupo nacionalista fue la Alianza Libertadora Nacionalista, armado de un andamiaje de ideas con un sentido más popular e incluso con una aceptada conexión con organizaciones gremiales. El 1° de Mayo de 1943, apenas antes de la Revolución, la Alianza hizo un desfile por la calle Santa Fe que realmente tuvo un número inesperado, sorprendentemente importante de gente marchando.

De cualquier manera los grupos nacionalistas fueron grupúsculos más bien minoritarios, de tipo intelectual, que tenían algunas publicaciones de tiradas pequeñas y fuerza demostrada en sus grupos de choque. Nunca pudieron crear un partido nacionalista de escala mayoritaria: varios intentos no lo lograron. Por cierto, como además no tenían la fe imprescindible en el sistema democrático y mucho menos en los mecanismos electorales, tampoco tenían demasiado interés en formar un partido político. Buscaron infiltrarse en los intersticios del poder durante los gobiernos militares, cuya casta corporativa les resultaba afín, y con cuyos miembros tenían contacto directo. Desde allí se postulaban para manejar las claves de la cosa pública, y eso fue lo que pasó en aquellos primeros meses de la revolución.

* * *

Se venían produciendo silenciosamente cambios sociales en el país. La crisis de 1930 fue trayendo a los arrabales de las grandes ciudades a muchos trabajadores del campo que, corridos por la crisis económica de sus lugares de origen, buscaban salarios adecuados a sus exigencias en fábricas, pequeños telares o talleres. Arribaban tras el sueño de mejores niveles de vida, de una sociabilidad que no tenían en el ámbito rural. Esa silenciosa mano de obra se había integrado en un tipo de industrialización pequeña, primitiva, pero que estaba favorecida por las especiales condiciones de la crisis que hacían difícil la importación de cierta clase de mercaderías. Desde 1939, apenas iniciada la guerra, la demanda se acentúa porque

hay una cantidad de productos que no se pueden traer de Europa, y se empiezan a fabricar en nuestro país. Esa mano de obra comienza a tener una calificación especial, altos salarios y un estado de plena ocupación como pocas veces se había dado en la Argentina. De tal modo que ese cambio social que venía dándose, que todavía no tenía un signo demasiado concreto, que estaba compuesto por gente que se había desempeñado en trabajos rurales hasta ese momento, también traía consigo una serie de modificaciones en el espíritu colectivo, en las creencias, en las expectativas de la gente que ya no eran las mismas que podían definir la sociedad de mediados de 1930.

* * *

Las elecciones programadas para septiembre de 1943 no parecían traer novedades. El radicalismo impulsó un armado electoral amplio, pero carecía de un verdadero candidato presidencial. Había perdido el año anterior a su máximo líder, Marcelo de Alvear, y no encontraba en quién depositar el liderazgo que había tenido el carismático Don Marcelo, pues Justo había fallecido en enero de 1943, dejando sin candidato a todo el frente aliadófilo.

Divierte hoy un dato no menor de la semblanza de Marcelo T. de Alvear. Es absurdo hablar de aristocracia en la Argentina. En las grandes familias porteñas, basta trepar un poco el árbol genealógico para topar con el abuelo contrabandista o bolichero. Y las viejas cepas del interior, que a través de sus antepasados conquistadores entroncan con linajes españoles, han padecido tantos siglos de oscuridad y pobreza que su lustre perdió el brillo y solo les queda una hidalguía de gotera, un procerato municipal. Probablemente era la de Alvear una de las pocas familias argentinas que podía jactarse de una real aristocracia. Era un tronco de origen castellano, radicado hacia el siglo XVIII en Andalucía, linaje prolífico y de actuación lucida.

* * *

La UCR estaba buscando un frente común con los socialistas y los demócratas progresistas, una suerte de antecedente de la Unión Democrática, para demostrarle al gobierno de Castillo que no podía hacerle fraude a toda la civilidad, pretendiendo el argumento de que los radicales habían gobernado desastrosamente el país. La UCR aspiraba a consolidar un frente democrático de gran envergadura para hacer imposible el fraude, con los demoprogresistas —había muerto Lisandro de la Torre un año antes, pero seguía siendo un partido muy respetado— y el Partido Socialista, más el apoyo implícito del Partido Comunista —declarado ilegal pero activo—. Los partidos se estaban reuniendo en procura de un programa y de una fórmula en común

para disputar el poder en las elecciones que debían realizarse en septiembre de 1943.

Por parte del oficialismo no había problemas. En febrero de 1943 el nombre de Robustiano Patrón Costas fue impuesto como futuro candidato a presidente del oficialismo por Castillo, que era un hombre autoritario, terco, obstinado. Patrón Costas era un político salteño, dueño de grandes ingenios —un hombre progresista según muchos, un señor feudal según otros—. A pesar de que esto produjo algún malestar en sectores del conservadorismo, sobre todo en la provincia de Buenos Aires, Patrón Costas fue aceptado. Era un hombre que curiosamente tenía ideas de simpatía hacia los países aliados y no de mantenimiento del neutralismo, como podría señalarse de un candidato señalado a dedo por el propio Castillo. Estaba echado más o menos el juego electoral que se libraría en septiembre, entre el frente democrático de todos los partidos tradicionales del país, contra el conservadorismo unido al antipersonalismo, nuevamente reunidos en una concordancia, esta vez bajo el ala de Patrón Costas.

* * *

Los radicales ofreciendo la candidatura a un ministro de gobierno “puentearon” a Castillo y desencadenaron la revolución. Tal vez por la inminencia de un nuevo fraude, un grupo de dirigentes radicales tuvo una brillante idea: ofrecerle la candidatura presidencial del frente democrático al ministro de Guerra, Pedro Pablo Ramírez. Pensaron que a un militar en actividad no se le podía hacer fraude, menos tratándose del ministro de Guerra. Hablaron con el general Ramírez, que no se mostró demasiado disgustado con esta posibilidad. El presidente Castillo se enteró de que su ministro estaba negociando con estos dirigentes radicales y le pidió explicaciones públicas. Como respuesta, el general Ramírez emitió un comunicado bastante ambiguo, y Castillo lo conminó a que hiciera un comunicado desmintiendo terminantemente que pudiera ser candidato. Campo de Mayo no esperó y directamente se levantó en armas: una mañana como cualquiera, que resultó la del 4 de junio de 1943, derrocó a Castillo.

* * *

El GOU fue el promotor de un golpe militar con tal poca claridad que al supuesto “jefe”, el general Rawson, no lo dejaron asumir. Arturo Rawson Corvalán fue presidente de facto por tres días, apenas desde el 4 de junio al 7 de junio de 1943.

En realidad lo que en Campo de Mayo estaba ocurriendo es que operaba una logia, el GOU (Grupo de Oficiales Unidos), que se había creado en marzo de ese año, que estaba formada por oficiales nacionalistas y donde tenía alguna incidencia un

joven coronel que había estado hasta hacía poco tiempo en Europa en un viaje de estudios, llamado Juan Perón. Los coroneles del GOU de 1943 habían sido los capitanes o mayores que rodearon a Uriburu de 1930. Aquellas cenicientas de septiembre se habían convertido en las primas donnas de junio.

Fue el GOU el que puso en marcha este golpe militar. En realidad, no tenía un programa completo, ni siquiera tenía un jefe. Se suponía que el general Rawson, como jefe de la revolución, asumiría la presidencia de facto, pero sus propios compañeros lo instaron a que declinara al cargo porque no estaban de acuerdo con algunos de los nombres que el propio Rawson propondría para su gabinete.

El GOU se disolvió casi inmediatamente. Una vez que hizo la revolución, ya logrado el objetivo concreto de derrocar al gobierno y de encumbrar a algunos de sus hombres en los puestos clave, Perón se ocupó de que se fuera disolviendo para no tener un control de su gestión dentro del Ejército. De modo que quedó como una organización iniciada por dos militares de origen radical, los hermanos Montes, copada de algún modo por Perón y sus amigos, entre ellos Mercante, y después, rápidamente disuelta. Se disolvió hacia febrero del '44, en la misma fecha en que la Argentina rompía las relaciones del gobierno con sus pares de Alemania y el Japón.

* * *

La Iglesia Católica entendió que el nuevo gobierno favorecería sus aspiraciones, en particular con respecto a la política educativa. La posición de la Iglesia fue de simpatía hacia la revolución, porque veía que el Ejército, en líneas generales, estaba en una posición pro católica y a favor de la defensa de los valores tradicionales. Más tarde llegó la historia de las divisiones, y hubieron sectores como el encabezado por monseñor D'Andrea, que estuvieron en una posición contraria al peronismo. Sin embargo, a nivel de las parroquias en general, durante la campaña electoral, hubo un gran apoyo. Perón pagó este apoyo convirtiendo después en ley la enseñanza de la religión católica en las escuelas, ya siendo presidente constitucional.

* * *

La gran mayoría de la población simpatizaba con la revolución o resultó indiferente a la asonada. La confusión de su ideario contribuyó al desconcierto general. No hubo mayor repercusión: apenas fue un momento en que como toda revolución llenó de expectativa a muchísima gente, en este caso porque caía muy bien que fuera derrocado un movimiento fraudulento como el de Castillo, aunque no se supiera qué venía después. Los vaivenes arrastraron a dirigentes, dirigidos, gobernantes y gobernados. Alguna gente creyó en los primeros días que ese gobierno

tenía una simpatía por el radicalismo: todo era tan contradictorio que no se sabía hacia dónde iría el nuevo gobierno. Para ejemplo están los documentos de informaciones de la embajada norteamericana sobre la revolución del '43 afirmando que era un golpe aliadófilo para terminar con la neutralidad de Castillo y declarar la guerra —cosa que no ocurrió, desde luego—. La embajada alemana también barruntaba que se trataba de un golpe aliadófilo; el embajador en persona no hizo tiempo de informar a su gobierno lo que pasaba y quemó rápidamente los papeles.

Por supuesto y como siempre hubo algunos miles de personas en Plaza de Mayo aplaudiendo la llegada de las tropas, pero nada más. La indiferencia tiñó con sus colores la reacción popular. Sin embargo, todo cambiaría con la actuación de Perón en la secretaría de Trabajo y Previsión.

* * *

La falta de una estrategia clara favoreció a los sectores nacionalistas, que impusieron un gobierno autoritario clerical, y mantuvieron la neutralidad, persiguiendo a muchos demócratas. El comienzo del gobierno surgido de la Revolución del '43 fue un hecho casi grotesco. Una revolución que se hace por un hecho trivial, como lo es que a un ministro de Guerra su propio presidente lo ponga un poco entre la espada y la pared, un movimiento del Campo de Mayo sobre la Casa de Gobierno pero sin tener ningún programa concreto, un jefe de la revolución que no puede asumir, y la asunción finalmente de otro ministro de Guerra del presidente derrocado, lo cual deja un poco la idea de una traición. Todo entretejido con una serie de medidas contradictorias que demostraron realmente desde el principio que el Ejército había salido, o mejor dicho, la guarnición de Campo de Mayo había jugado al fragote sin saber bien qué hacer con el poder.

Empieza entonces un gobierno de facto que desde el primer momento es muy sospechado por los países aliados y, fundamentalmente por los Estados Unidos. Su posición neutralista —que no es sino la misma posición neutralista que había adoptado Castillo— es mantenida pero además, precisamente por la falta de un programa concreto, los militares del '43 van entregando poco a poco algunas de las posiciones importantes a los sectores nacionalistas con los cuales habían tenido trato cotidiano hasta el momento de la revolución. Los sectores nacionalistas eran los únicos que tenían algún libreto, que podían darle cierto contenido al gobierno de la revolución. Y efectivamente se lo dieron; aunque de manera tal que suscitaron un gran rechazo por parte de los sectores democráticos intelectuales, universitarios, académicos, empresarios.

Entre las primeras medidas del gobierno estuvieron la imposición de la religión católica por decreto, la disolución de los partidos políticos, y la represión a una serie

de intelectuales que habían pedido que el país cumpliera sus compromisos internacionales —ahí fueron echados Houssay y otros hombres muy prestigiosos—, de modo que el gobierno de facto en poco tiempo se ganó la animadversión de todos aquellos sectores que en un primer momento habían visto con simpatía el derrocamiento de un gobierno que jineteaba sobre el fraude permanente.

Con el gobierno de Ramírez se inicia una transición que dura desde junio del '43 hasta junio del '46, con un gobierno de facto que actúa tan desordenadamente como se había iniciado. Fue una suerte de improvisación en la revolución en sí: no se sabía bien quién mandaba, qué carácter tenía, a qué objetivos apuntaba; empezó como un gobierno de facto que iba a tratar de mantenerse neutral en la guerra y en enero de 1944 se ve obligado a romper relaciones con Alemania y el Japón. Un año después declara las hostilidades a Alemania y Japón, cuando la guerra ya estaba terminada prácticamente en marzo del '45; del mismo modo es incoherente en muchas otras cosas. Es un gobierno lleno de contradicciones, hasta de ridiculeces, como una campaña de moralina que incluye una revisión de las letras de los tangos. ¡Qué decir sobre el título de “Qué vachaché” convertido en “Qué vas a hacer”, “El ciruja” transformado en “El recolector”! ¡Aquello fue el hazmerreír de la gente! Un gobierno de militares bien intencionados, pero muy brutos en general, y con un sentido muy elemental de la realidad.

* * *

Los claustros universitarios serán en ese período la vanguardia de la lucha democrática contra el gobierno de facto y luego contra el régimen peronista. Las universidades se intervienen poco después de la revolución con interventores de cuño nacionalista, como Giordano Bruno Genta, uno de los ideólogos históricos del nacionalismo de ultraderecha en la Argentina, tan recordado en la Universidad de Santa Fe y referente de grupos políticos como Tacuara, o Ricardo de Labougle, abogado, interventor de la Universidad de La Plata en 1943, que inició cursos vinculados a temas militares en la mencionada casa de estudios. Los enviados se encuentran con una gran resistencia de los estudiantes, que en su enorme mayoría eran aliadófilos y democráticos. Para descomprimir, después de la declaración de guerra a las potencias del Eje, el gobierno de facto se ve en la necesidad de echar un poco de lastre, y lo primero que hace es normalizar las universidades. Los militares desconfiaban del movimiento estudiantil. Pocos días antes de que fuera detenido Perón hubo una fuerte ocupación de las universidades. La policía entra, detiene a una enorme cantidad de personas. Cuando se convoca a elecciones en los claustros estudiantiles y de profesores, las autoridades electas son netamente democráticas y antiperonistas, furiosamente antiperonistas, a punto tal que las universidades se

convierten realmente en la vanguardia de lucha contra el peronismo ya desde el '45.

* * *

La virtud de este gobierno es que fue el único que, nacido de un golpe militar, revalida a su propio candidato mediante elecciones limpias con el apoyo masivo del voto popular.

Hubo una cosa que lo salvó y que hizo que sea el único ejemplo de un gobierno de facto que haya logrado establecer una transición constitucional perfectamente coherente con su propio pensamiento, y es la política llevada a cabo por el coronel Perón en la Secretaría de Trabajo y Previsión. En noviembre de 1943, pocos meses después de la revolución, se nombra a este desconocido coronel al frente de la Secretaría de Trabajo. Su labor es lo que da continuidad y fundamento a la posibilidad de que este gobierno de facto, grotesco en muchas cosas, equivocado casi siempre, que tiene que soportar la humillación de cambiar dos veces de presidente porque uno de ellos rompe relaciones obligado con Alemania y el Japón abjurando del compromiso que había asumido con sus propios camaradas de armas, y después tiene incluso que declarar la guerra. Sin embargo, este gobierno logra que en las elecciones de febrero del '46 su candidato triunfe, y triunfe popularmente, por una mayoría ajustada pero transparente. La votación logra que de algún modo lo que había representado este gobierno de facto pueda ser continuado por un gobierno constitucional. Pero esto ya forma parte de la historia de Perón, sus conflictos y sus propias armonías.

* * *

La ruptura inesperada de relaciones con Alemania y el Japón fue el motivo por el cual desde Campo de Mayo depusieron a Ramírez, poniendo en su lugar a un personaje como el general Edelmiro Farrell, de poco brillo pero menos controversial. Los militares, sobre todo la guarnición de Campo de Mayo, hacían del mantenimiento de la neutralidad una cuestión de principios, una cuestión de celosa defensa de la soberanía. Sin embargo, en enero de 1944 ocurre un episodio tragicómico. Un cónsul honorario argentino es detenido en un viaje que hacía por Europa. Se le descubre que es un espía alemán, con la misión de comprar armas en Alemania con destino al ejército argentino, y entonces el Departamento de Estado de los Estados Unidos le presenta al gobierno argentino una especie de ultimátum, y el gobierno del general Ramírez se ve obligado a romper relaciones con el Eje. Esto produce un impacto muy grande en Campo de Mayo, cuyos oficiales deponen al presidente Ramírez y lo reemplazan con el ministro de Guerra. De ahí en adelante, el gobierno trata de ir

manejándose como puede dentro de un contexto internacional cada vez más adverso, de una política interamericana donde los Estados Unidos van liderando un movimiento de aislamiento hacia el gobierno argentino por el cual todos los países americanos van retirando sus embajadores de la ciudad de Buenos Aires para dar la impresión al gobierno argentino de que está auténticamente aislado si insiste con una neutralidad que ya ningún país de América latina mantiene.

* * *

Desde 1942 todos los países americanos fueron rompiendo relaciones con el Eje de acuerdo con la recomendación de la Conferencia de Río de Janeiro en enero de ese año. Cuando el Japón ataca a los Estados Unidos bombardeando Pearl Harbour en diciembre de 1941 se reúnen en consulta todos los países americanos, junto con los Estados Unidos, para recomendar la ruptura de relaciones y un sistema interamericano de defensa. Castillo, en ese momento presidente de la Nación, se opone, y entonces lo que sale de Río de Janeiro es sólo la idea de romper relaciones. Esa recomendación es seguida rápidamente por todos los países latinoamericanos. El penúltimo en romper fue Chile, unos meses antes que la Argentina. Uno de los más entusiastas impulsores de lo votado por la conferencia de Río fue el Brasil porque su presidente Getulio Vargas encabezaba en ese momento en una política de pleno alineamiento con los Estados Unidos. El Brasil fue el único país sudamericano que incluso envió tropas a la Segunda Guerra Mundial. Un dato curioso es que Braden en esa época insistiera en que el nazifascismo había sido derrotado en los campos de batalla pero que faltaba todavía derrotarlo en la Argentina... ¡No se acordaba del Brasil! Brasil era un estado directamente fascista y Getulio Vargas creó Stado Novo, que era un estado corporativo. Pero, claro, el Brasil estaba alineado con los Estados Unidos, con lo que quedaba “absuelto” del pecado con el que se cubrió a la Argentina de escarnio.

* * *

La guerra en Europa favoreció la economía argentina, que vivía un período de crecimiento. La neutralidad y los conflictos políticos con los Estados Unidos no perjudicaron esa expansión y la Argentina terminó impensablemente acreedora de Gran Bretaña. En ese período se vivió un momento extraordinario de auge y prosperidad de la economía. En primer lugar por la imposibilidad de importar ciertos productos que comienzan a fabricarse aquí. En segundo lugar, porque los saldos exportables de materias primas argentinas se colocan muy bien en los mercados europeos. La política de aislamiento contra la Argentina que llevan a cabo los

Estados Unidos tiene un objetor, nada menos que el señor Winston Churchill, primer ministro de Gran Bretaña, quien en varios mensajes le dice a Franklin D. Roosevelt que no exagere el aislamiento contra la Argentina, porque Gran Bretaña necesita la carne que importa desde nuestro país. Los soldados ingleses necesitan las raciones de carne que manda la Argentina y no se puede ser demasiado principista con un país que mantiene su neutralidad, cuando la propia Gran Bretaña respeta la que mantiene Irlanda al lado mismo de Inglaterra.

* * *

El aislamiento, en consecuencia, no tiene una incidencia directa en la economía del país, que pasa por uno de los momentos más brillantes en cuanto a la plena ocupación, al nivel de vida, a las exportaciones que se colocan a precios locos y que nos convierten en poco tiempo en país acreedor. Claro, faltaban algunas cosas en la Argentina: faltaban medias para las mujeres, cosméticos y sobre todo neumáticos y combustibles, lo cual demostraba la vulnerabilidad de la economía argentina. Pero con un poco de ingenio estas cosas se reemplazaban y aunque los inviernos fueron fríos por falta de combustible, los trenes por ejemplo siguieron funcionando a base de marlos de maíz, que se quemaban para impulsar las máquinas de vapor. Así fue como el país no se paralizó: al contrario, empezaron a prosperar una cantidad de pequeñas industrias con sus obreros y sus pequeños patrones, que con el tiempo darían lugar a una clientela electoral de la cual sería principal beneficiario precisamente Juan Perón. Es este novedoso coronel el que, en esta política tan embrollada y tan contradictoria de un confuso gobierno, empieza a llenar la política de un sentido, comienza a brindarle una justificación ante la historia a este gobierno provisorio, tan lleno de idas y venidas.

* * *

A pesar de sus deseos, el gobierno de facto tuvo que declarar la guerra a las potencias ya vencidas. Declina incluso el principio de soberanía que habían mantenido los militares del gobierno de facto hasta último momento, porque ya no podían seguir manteniéndolo so pena de no obtener el ingreso a las Naciones Unidas, que tenía como condición indispensable el hecho de haber declarado la guerra a los países del Eje. Marzo de 1945 es tal vez el momento de más bajo prestigio del gobierno militar. Es el momento en que se ha tenido que declarar la guerra a dos países ya vencidos, es cuando se tienen que empezar a normalizar las universidades, plenas de una población aliadófila que las convierte desde ese momento en baluartes antioficialistas y en contra de la dictadura.

* * *

A mediados de 1945 llega a Buenos Aires el nuevo embajador de los Estados Unidos, Spruille Braden, que va a ser quien anime, movilice y coordine todos los esfuerzos de la oposición por voltear al gobierno, considerado un resabio nazifascista.

Braden hablaba muy bien el español, era un diplomático que había estado en varios países de América latina y en la Argentina años antes, tenía contacto con gente de las clases altas porteñas. Tenía una idea que impuso en el Departamento de Estado en poco tiempo. La tesis de Braden era que los Estados Unidos habían librado una gigantesca lucha para erradicar del mundo a los sistemas totalitarios, nazis, fascistas. Eran los vencedores de esa guerra, por lo menos en los campos de Europa —en Asia faltaban todavía unos meses, terminaría con Hiroshima y Nagasaki en el mes de agosto—. Según Braden era absurdo que esta guerra terminara dejando focos nazifascistas en el resto del mundo. Estos focos serían España y la Argentina, dos países cuyos regímenes tenían que ser volteados sobre la base de una gran ayuda para los sectores que se le oponían. De modo que el embajador había venido a la Argentina para armar un frente opositor que le hiciera la vida imposible al gobierno militar y que obligara a llamar a elecciones libres que terminaron entregando el poder, se descontaba, a las fuerzas democráticas tradicionales. Esto va ocurriendo a lo largo de 1945.

* * *

Braden hace una curiosa —entrometida— campaña para un diplomático, una verdadera campaña electoral; recorre diversos puntos del país, pronuncia discursos que son reproducidos por los grandes diarios y de algún modo compone algo que ya estaba en el aire: la unión de todos los sectores opositores contra el gobierno militar. Buscaba lanzar un golpe que podía ser, alternativamente, un golpe interno dentro del gobierno o un golpe externo dentro del campo político. Por las dudas se abría a las dos alternativas. Se aprovecha en el mes de septiembre el veranillo democrático que abre el gobierno de facto al levantar el estado de sitio en agosto y se hace la “marcha de la Constitución y de la Libertad”, una enorme manifestación que recorre las calles de Buenos Aires pidiendo el cese del gobierno de facto, que estaba muy desconcertado por la masiva concurrencia.

* * *

Perón se había hecho cargo de la Secretaría de Trabajo en noviembre de 1943, unos pocos meses después de la revolución, y desde allí empezó a desplegar una

actividad inusitada. Se acerca a los sindicatos tradicionales —en ese momento la Confederación General del Trabajo estaba dividida en CGT número 1 y CGT número 2—, carga la mano a una de ellas, desplaza a los dirigentes de la otra central, persigue a los dirigentes socialistas o comunistas, favorece a quienes no lo son, crea nuevos sindicatos, instaura por decreto estatutos para diversos gremios, establece aumentos de salarios para una importante cantidad de actividades laborales, y deja proyectadas (se aprobarán después), algunas medidas normativas importantes como la justicia del trabajo, el pago del aguinaldo y varias otras medidas de legislación permanente. Pero lo que hace Perón, en la Secretaría de Trabajo, sobre todo, es ir organizando una serie de gremios que hasta entonces no tenían tradición sindical. Mucha gente provenía del sector rural y no tenía la tradición de la sindicalización como tenían obreros de extracción comunista, anarquista, socialista; no tenían la tradición gremial ni sabían lo que era un sindicato. Esto pasaba, por ejemplo, con los obreros del azúcar en Tucumán, y pasaba también con algunos gremios importantes en las zonas de las grandes ciudades, en donde los pequeños sindicatos de origen socialista o comunista habían fracasado en su intento de conducir todo el gremio o directamente no había habido nunca agremiación alguna. Desde la Secretaría de Trabajo, Perón les manda a escribir los estatutos, les organiza las asambleas, los provee de locales, les facilita la posibilidad de convertirse en sociedades reconocidas por las leyes, por las normas del gobierno que establecen el reconocimiento de sociedades gremiales y entonces empieza un movimiento donde esas lealtades hasta entonces vacantes empiezan a concentrarse en la persona del mismo Perón.

* * *

Hay algunas políticas muy inteligentes que se hacen desde la Secretaría de Trabajo, por ejemplo, las que se hacen en torno a los gremios ferroviarios a los cuales manda un interventor como es Domingo Mercante, hijo de un ferroviario él mismo, que consigue volcar a estos gremios tradicionalmente socialistas on apoyo a Juan Domingo Perón. Aquel ignoto coronel buscó crearse un apoyo en las masas a través de una política que, la consideremos demagógica o no, tenía un valor de justicia social que en ese momento era una de las ambiciones que demandaba con urgencia una parte importante del país.

Temeroso de las posibles consecuencias judiciales de la neutralidad en la guerra, el gobierno pretende negociar una salida electoral ordenada, mientras se desarrollan grandes manifestaciones opositoras. A lo largo de 1945, y frente al embate de los sectores opositores, el gobierno de facto busca una salida y establece diversos contactos, sobre todo con el radicalismo. La UCR era un partido mayoritario que de algún modo tendría que combinar con el gobierno de facto algún tipo de acuerdo para

lograr una salida en donde los militares que han tomado parte del gobierno no fueran enjuiciados, no fueran colgados —es la época de los juicios de Nüremberg, y ese es el temor concreto—. Otro tema de la agenda era la obtención de algún tipo de confirmación de la política social que ha llevado a cabo Juan Perón.

Estas negociaciones no se concretan porque el radicalismo es manejado en ese momento por una dirección que está más bien vinculada a la tradición alvearista, y los núcleos intransigentes que se reconocen como los herederos de Yrigoyen —liderados sobre todo por Amadeo Sabattini— no tienen interés alguno en entenderse con Perón. Pese a ello, el gobierno de facto logra llamar a tres o cuatro dirigentes radicales importantes para que sean ministros; se hacen cargo de sus puestos en agosto de 1945, se levanta el estado de sitio, se restablece la vida de los partidos.

* * *

Perón reunió en su persona la oposición de amplios sectores de la sociedad, desde los intelectuales hasta la Sociedad Rural. La primavera democrática es seguida por un intento de golpe militar en Córdoba. El gobierno instauro de nuevo el estado de sitio, se hacen detenciones masivas de dirigentes opositores, y el 8 de octubre —la situación ya muy tensa, muy congestionada— ocurre un hecho raro, pero también decisivo: la guarnición de Campo de Mayo se reúne en asamblea y le solicita al presidente Farrell que le pida a Perón la renuncia a todos sus cargos.

Ha ocurrido algo muy curioso: esa misma guarnición que había sido la que llevó adelante la Revolución del '43 y la que constituyó el apoyo militar de Perón, ya en este momento se siente muy presionada por la opinión pública, por los grandes diarios, por la acción de la embajada norteamericana, por las expresiones de los intelectuales, de las universidades, de los partidos. Y actúa en sentido inverso.

Veamos el panorama: los grandes diarios habían empezado una campaña muy dura contra la política de Perón. Las grandes empresas, los grandes comercios, la Sociedad Rural, todo lo que vendría a ser una confederación económica, hacen una campaña muy dura contra la política social de Perón diciendo que eso lleva a la inflación, que el país no necesitaba semejantes medidas, que eso estaba revirtiendo la disciplina laboral, etcétera. Todo lo cual no dejaba de ser una parte de la verdad.

Se le critica también su vinculación con Eva Duarte. En ese momento ese tipo de cosas se veía como un escándalo: un segundo matrimonio, el ambiente artístico, etcétera. En segundo lugar, la Marcha de la Constitución y la Libertad demostró que había centenares de miles de personas que estaban en contra de esa política. En tercer lugar, la actitud de la Embajada de los Estados Unidos a través de Braden, que evidentemente demostraba que iba a ser muy difícil trabajar con los norteamericanos si Perón lograba éxito en sus ambiciones políticas.

Por otra parte, existían ciertas ambigüedades de Perón, que no alcanzaba a cerrar sus negociaciones con los radicales, que tenía contacto por otro lado con dirigentes sindicales sin poder salirse de esos compromisos. Fue un momento de endebles política. Es notable observar los discursos de Perón de esos días: son discursos débiles, discursos malos, no logrados, constituyen la foto de un hombre derrotado.

* * *

El ejército, que no podía quedar al margen de las exigencias sociales y de la Embajada de los Estados Unidos contra Perón, le pide la renuncia, que Perón da como un hecho. Hay que agregar el golpe abortado de Córdoba, que demuestra que una parte de las guarniciones del Ejército no estaba dispuesta a avalar indefinidamente a Perón.

La oficialidad del Ejército proveniente de la clase media se encontraba cotidianamente con una presión muy grande. Hasta que en algún momento un grupo de oficiales antiperonistas lleva adelante la asonada, entre la pasividad de algunos y la actitud no demasiado activa en defensa de Perón del resto.

Perón renuncia sin resistir; hay unos días de gran desconcierto, de gran caos, donde la oposición no acierta a llenar el vacío que se produce. Por su parte, los amigos de Perón siguen trabajando en un nivel más subterráneo para lograr un pronunciamiento de la Confederación General del Trabajo y de algunos sindicatos.

* * *

Hortensio Quijano venía del radicalismo, era un dirigente correntino, pero de segundo orden, no era importante. Una personalidad muy pintoresca, un tipo realmente interesante, que creyó arrastrar a algunos dirigentes radicales importantes pero no lo logró. Era ministro del Interior designado junto con otros dos radicales por el gobierno de facto en el mes de agosto y renunció cuando se le pide la renuncia a Perón.

Hubo diversas corrientes provenientes del radicalismo que se sumaron al proyecto de Perón, como los que se agruparon alrededor de FORJA. En 1935 un grupo de jóvenes radicales creó la agrupación Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (FORJA) que pretendía recuperar las tradiciones populares e influir en el pensamiento político argentino para la realización nacional. Este grupo, que se identificaba como heredero de Yrigoyen y cuestionaba el liderazgo de Alvear, propuso una doctrina nacionalista y luchó por un pensamiento argentino e hispanoamericano sin influencias europeas. Sostuvo la tesis de la revolución hispanoamericana y argentina asentada en las masas populares, adoptando una

posición antiimperialista frente a Gran Bretaña y los Estados Unidos. En 1940 este sector se apartó de la UCR y algunos de sus integrantes se unieron al peronismo.

La actitud de FORJA fue de expectativa esperanzada, y con el tiempo empezó a apoyar lo que estaba ocurriendo con la idea de tener una alianza con Perón. En algún momento eso se cortó, más por malos entendidos que por otra cosa. Pero a partir de octubre del 45 FORJA apoya directamente a Perón y algunos de sus hombres más importantes tienen cargos en el gobierno. Arturo Jauretche, por ejemplo, fue presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires durante el gobierno de Mercante. Después del 17 de octubre FORJA se disuelve, diciendo que sus ideales ya habían sido alcanzados por los movimientos populares.

* * *

Desde todos los rincones de la Capital y el Gran Buenos Aires, los trabajadores salieron a la calle el 17 de octubre de 1945 para pedir la restitución de Perón, inaugurando una nueva etapa política para el país.

En ese momento Avalos, jefe de Campo de Mayo, le pidió a Farrell que ordenara la prisión de Perón por razones de seguridad y para tenerlo inmovilizado, porque ya se detectaban movimientos a favor de Perón en la Capital y el Gran Buenos Aires. Se lo detiene en una quinta en el Tigre donde estaba con Evita, la quinta de un amigo alemán, para colmo. De ahí lo traen a Buenos Aires, pasan por su departamento de la calle Posadas para que se pudiera cambiar de ropa, y lo llevan prisionero a la isla Martín García.

Es una secuencia rápida: el 9 renuncia, el 12 lo detienen, el 17 a la mañana se hace traer al Hospital Militar diciendo que está enfermo y el mismo 17 se hace dueño de la situación. Todos los actos fueron más simbólicos que otra cosa.

En líneas generales, el 17 de Octubre fue una reacción popular. Protegida, desde luego, por una policía simpatizante de Juan Perón pero espontánea, en donde miles de trabajadores concentrados en la Plaza de Mayo pidieron la libertad de su líder, que en esos momentos estaba detenido, primero en Martín García y luego en el Hospital Militar.

Podemos afirmar que no fue espontáneo en el sentido de que la gente individualmente dijera “vamos a pedir la libertad de Perón”. Hubo activistas que movilizaron la cosa, pero fue espontáneo porque los activistas participaban de ese movimiento, de esa convicción. Por cierto que no fueron encuadrados, de ninguna manera. Hubo benevolencia de parte de la policía. Pero los manifestantes por primera vez aplaudieron a la policía. Hubo clima de fiesta sin violencia. Hubo algún ataque, alguna agresión, por ejemplo, contra la casa del presidente de la Universidad en La Plata, que junta una posición muy antiperonista. Le arrancaron la chapa de la casa de

Alfredo Palacios, pero no fue significativo si pensamos que había habido cuatrocientas mil personas ocupando Buenos Aires. Muchos de aquellos recién llegados no conocían Buenos Aires. Venían de Berazategui, de Berisso, de La Plata, de Zárate, de Campana.

Por otra parte, lo que pasó el 17 de octubre en Buenos Aires se repitió en menor escala en alguna otra ciudad del interior; en Rosario, en Córdoba, en Tucumán, es decir, fue realmente un movimiento espontáneo. No importaba mucho su ideología, no interesaba demasiado eso. La gente veía en Perón la garantía de las conquistas que hasta ese momento no había podido gozar y que se estaban dando, y que realmente se traducían en un mejor nivel de vida, en mejores salarios, en la posibilidad del aguinaldo, en un trato más igualitario con el capataz o con el patrón, la posibilidad de no ser despedido así nomás, en fin, conquistas laborales concretas que tenían que ver con su vida cotidiana. Y el hombre que les hablaba así era Perón. Sabiendo que estaba preso, que lo habían echado, la multitud va a la plaza para reclamar su libertad.

* * *

La emergencia de la clase obrera industrial apoyando a un líder surgido del medio militar inaugura un nuevo sistema político distinto del esquema partidario tradicional.

Esta presión del pueblo en Plaza de Mayo da lugar a un esquema político nuevo que tiene vigencia por lo menos durante diez años. Ese esquema se compone de un movimiento sindical dando legitimidad popular a un sistema cuyo apoyo militar está dado por las Fuerzas Armadas. En segundo lugar, el ingreso de las masas en la vida política argentina de una manera determinante. En tercer lugar, la aparición de un elemento político nuevo, como era el trabajador industrial, que no se siente vinculado por la lealtad a un partido tradicional, sino a un hombre que le ha dado conquistas, dignidad, etcétera. Esa lealtad se va a mantener durante muchos años. De modo que el 17 de octubre del '45 es realmente una fecha inaugural y así es reconocida en general por los observadores e historiadores, porque significa el fin de una vieja política.

* * *

Perón se lanza a la lucha por la presidencia acercándose al Partido Laborista fundado por Cipriano Reyes, pues de todos modos se esperaba una secuela de tipo electoral. Perón renuncia a sus cargos en el gobierno, pide su retiro del Ejército y a partir de ese momento se lanza a construir un frente político que está vertebrado básicamente por el Partido Laborista, es decir, por dirigentes sindicales que habían creado un partido propio con un sentido de centroizquierda. Es muy interesante el

manifiesto fundacional del Partido Laborista, porque tiene reminiscencias de las consignas de la España Republicana. Su plataforma tuvo mucho parecido con la del Partido Laborista inglés, que pocos meses antes había ganado las primeras elecciones después de la guerra y había desplazado del gobierno a la conducción conservadora de Churchill.

* * *

Contribuye a dibujar el clima de aquellas vísperas un recuerdo de los hechos de Plaza San Martín en esa semana tan caótica que ocurrió entre la renuncia de Perón y el 17 de octubre. Las Fuerzas Armadas, fundamentalmente el Ejército, dialogaban con los políticos a ver qué salida se le podía dar a la situación. Renuncia el gabinete, con Quijano a la cabeza, Farrell queda de presidente, pero muy disminuido en su prestigio, porque había sido apoyado por Perón en todo momento. Entonces se trata de debatir sobre la composición del gabinete y su para qué. Hay un ofrecimiento que hace el general Avalos, jefe de Campo de Mayo y autor del movimiento contra Perón. Otro convite se realiza al doctor Sabatini, ex gobernador de Córdoba, líder de las alas intransigentes del radicalismo, para que ponga sus hombres en el gabinete y a partir de eso se haga una salida electoral sin amañamientos, de la cual saldría beneficiado seguramente el propio Sabatini. Hay una serie de sectores dentro y fuera del radicalismo que se oponen a este tipo de negociación y piden que el poder se entregue a la Corte Suprema de la Nación. Esto es inaceptable para el Ejército porque es como confirmar su derrota total. No estaban muy de acuerdo quienes pedían eso, pero no había otra consigna que pudiera unificar a sectores tan dispersos y tan distintos como el conservadorismo, el comunismo, el radicalismo en sus diversas alas, el socialismo, etcétera.

En esas vacilaciones se estaba mientras se hacían las reuniones en el Círculo Militar situado en Plaza San Martín. En aquel momento una gran cantidad de opositores en general se sitúa frente a la plaza y empieza a gritar consignas antimilitaristas. Por la tarde se produce un tiroteo: no se sabe quién lo inicia y pero sí el saldo de tres muertos y varios heridos. Uno de los muertos es el doctor Ottolenghi, un médico muy distinguido. Fue uno de los tantos tiroteos que hubo en esa época, en esos días, en esas semanas. En la universidad también hubo enfrentamientos y allí murió un chico Feijoo. La cotidianidad de la violencia teñía el contexto político. Y Cipriano Reyes fue un hombre de armas llevar que trascendió su vecindario para llegar al escenario nacional de la política.

* * *

Reyes fue fundamental en el 17 de octubre. El fue uno de los mayores activistas desde los frigoríficos de Berisso. Como dirigente del sindicato de la carne sacó a la gente de sus lugares de trabajo y de sus casas para llevarla a la Plaza de Mayo. Cipriano Reyes y dos de sus hermanos habían sido quienes iniciaron una lucha muy dura contra los comunistas en el sindicato de la carne, hasta que lograron desplazarlos. En esa lucha murió uno de sus hermanos y quedó herido el otro. Perón asistió al entierro del fallecido Doralindo Reyes y a partir de ese momento Cipriano quedó muy pegado a Perón. Las lealtades peronistas no son eternas, porque en el año 47 viene todo el proceso de la liquidación política de Cipriano Reyes, cuando no acepta la orden de disolver el Partido Laborista y se resiste a punto tal que se convierte en una espina muy dura para Perón, que termina acusándolo de un supuesto complot y metiéndolo preso hasta el 55.

* * *

Pasadas las vacilaciones y la resignación ante el pedido de renuncia, Perón se lanza a la campaña electoral con el apoyo masivo, convertido en un líder lleno de determinación.

El no había creído en sí mismo. El 17 se hace pese a Perón. Existen cartas a Evita desde Martín García, otra también desde Martín García a Mercante, cuyos textos dan la idea de que Juan Perón es un hombre totalmente derrotado. A Evita le dice que lo único que él quiere es irse, casarse con ella, instalarse en una estancia del Sur, etcétera. Por supuesto que posteriormente Perón nunca repitió eso. Según él, ya sabía perfectamente lo que iba a ocurrir y eso es lo que me dijo personalmente. Los documentos indican que era un hombre cambiado: hasta el 17 de octubre estaba lleno de vacilaciones, hasta el punto de que cuando Farrell le pide la renuncia en nombre de Campo de Mayo no hace el menor intento de resistir, aunque algunos de sus compañeros lo incitan a que; lo haga. El no confronta, se va a una quinta en el Tigre, se junta ahí con Evita. Por todos los indicios, es un hombre que en ese momento se siente derrotado. Pero después del 17 de octubre él ya tiene la sensación del apoyo popular, lo percibe físicamente en la plaza repleta y se lanza a esa campaña electoral desmelenada que hizo, pero con un apoyo de las masas que tiene que haberlo reconfortado mucho y que seguramente lo preparó para el después.

* * *

Una gran coalición conformada por diversos sectores sociales y políticos le da a Perón la base de su proyecto político. Además, Perón busca a dirigentes del radicalismo, sobre todo del ala yrigoyenista, y forma con ellos lo que se llamó la

Unión Cívica Radical Junta Renovadora, que cada vez más se fue alejando del viejo tronco común pero manteniendo el *know how* de la política, de la forma como hacer campaña; los laboristas en ese sentido eran totalmente inexpertos. Y todavía aparecen unos grupos que se llaman los “Centros Cívicos Coronel Perón”, que generalmente expresan a grupos que en su momento habían sido conservadores y que manifestaban simpatías por Perón. Todo el proyecto se apoya sobre la base de estos tres grupos — laboristas, radicales renovadores y centros cívicos independientes—, más el apoyo invisible pero importante de los sectores nacionalistas que, a pesar de que Perón había sido uno de los impulsores de la declaración de guerra al Eje, de todos modos veían en él al caudillo carismático con el que soñaban desde hacía años para obtener un lugar en el sistema democrático. El caudillo jerárquico que creara un sistema de comunicación directa entre el caudillo y la masa.

Perón hacía gestos y cosechaba sus frutos. La simpatía de la Iglesia Católica, sobre todo en los niveles de parroquia, no dejó de expresar cierto deslumbramiento por este militar que se declaraba católico, que visitaba a la Virgen de Luján y que le donaba la espada.

* * *

La oposición reaviva el frente democrático truncado por el golpe de 1943. Pero ya las cosas habían cambiado mucho. Se armó un frente alrededor de Perón y otro frente antiperonista, básicamente formado por el radicalismo, cuyos candidatos Tamborini y Mosca, dos caballeros sin ningún encanto personal aunque honorables, y representaban un poco la política tradicional, ya en un frontal enfrentamiento contra el gobierno. Una cosa bastante curiosa pero comprensible es que los partidos políticos no hayan tenido en cuenta lo que había ocurrido el 17 de Octubre. Lo insólito del hecho que había ocurrido en la plaza no fue para los partidos un elemento que determinara su estrategia futura. Solo era una pueblada apoyada por la policía, activada incluso por la policía, con elementos del *lumpen*, impregnada del malevaje de los suburbios porteños, una especie de farsa que no había que tener en cuenta. El país era democrático, el país repudiaba las aventuras totalitarias. Esa fue la idea, y esa falsa idea impregnó la campaña electoral de la Unión Democrática.

* * *

Después de las jornadas de octubre quedó claro el frente antiperonista. En un nivel visible y bullicioso lo integraban todos los partidos tradicionales: la UCR, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista, y el Partido Comunista; el conservadorismo quedó fuera de la alianza porque los radicales no le perdonaban el

reiterado uso del fraude en la década anterior, pero casi todos sus dirigentes apoyaban la lucha contra Perón. En otro nivel, menos aparente, figuraban también organismos empresarios como la Unión Industrial y la Sociedad Rural, agrupaciones profesionales como el Centro de Ingenieros o la Bolsa de Comercio, nucleamientos intelectuales y universitarios. Todos los grandes diarios estaban contra Perón y lo mismo casi todas las radios privadas.

¿Qué bandera levantaba el frente antiperonista? Fundamentalmente, la libertad y la democracia frente al nazifascismo encarnado, a juicio de la oposición, en la persona de Perón. Eran principios nobles los de la Unión Democrática; pero en el curso de la campaña electoral, una serie de azares hizo que el frente antiperonista apareciera como expresión de la Argentina Vieja. El intento de retornar a los años anteriores a 1943.

* * *

La campaña electoral de Spruille Braden y la Unión Democrática contribuyó a afianzar la relación de las masas obreras con Perón, a quien votaron para llevarlo a una ajustada victoria. Fue una campaña muy violenta donde se tiroteó varias veces al tren que llevaba a los candidatos democráticos, se los apedreó muchas veces, y hay que decir que hubo un intento de poner una bomba en el tren que traía a Perón de Mendoza a Buenos Aires. Fue un enfrentamiento muy tremendo y con visos de guerra civil. En el frente del diario *Crítica* hubo un tiroteo en la tarde del 17 de octubre donde murió un militante nacionalista, Darwin Pasaponti.

En diciembre de 1945 el gobierno de facto lanza el decreto consagrando el aguinaldo, que es resistido en general por los empresarios. Perón apoya rápidamente, la Unión Democrática rechaza la medida y eso va a transformarse —junto con el *Libro Azul* que se publica en Washington en febrero de 1946— en uno de los factores que determinan el ajustado triunfo de Perón el 24 de febrero.

El decreto 33.302, publicado el 31 de diciembre de 1945, ya había sido proyectado por Perón y es impuesto por el gobierno de facto. Pero es resistido por los empleadores en líneas generales, que hacen un gran lock out patronal, cierran los negocios al comienzo, pero luego van rindiéndose y terminan pagando el sueldo extra de fin de año. En la campaña electoral de Perón hubo tres o cuatro hechos determinantes no debidos a partidarios de Perón, sino a la torpeza de sus adversarios. Uno fue el aguinaldo, más bien la resistencia contra el beneficio, incluso de la Unión Democrática, que se manifestó en contra. Esto llevó a muchísima gente a tener la idea de que la Unión Democrática no era sino una servidora de las empresas, de los elementos patronales y que entonces había que defenderse con el voto apoyando a Perón. Además, el *Libro Azul* publicado en Washington por Braden como un libro

oficial del gobierno de los Estados Unidos a mediados de febrero —diez días antes de las elecciones más o menos— constituyó una brutal injerencia en la política interna. En tercer lugar el famoso cheque extendido por la Unión Industrial, que como cualquier central de empresarios y como cualquier empresa importante dio dinero para la campaña de ambos candidatos. Pero, hicieron las cosas con tanto rigor y con tanta prolijidad que en vez de darles efectivo por debajo de la mesa les dieron un cheque. Entonces ese cheque fue endosado a nombre de la Unión Democrática, un empleado del banco simpatizante de Perón levantó la perdiz y desde entonces el cheque famoso se convirtió en otro de los elementos de choque de Perón, porque demostraba palmariamente que la patronal apoyaba a la Unión Democrática.

* * *

El peronismo ganó en la mayoría de las provincias por un ajustado margen. Corrientes fue la única provincia donde perdió. Perón no ganó a presidente en Córdoba, en San Juan y en San Luis, por muy pocos votos; pero ganó en el total nacional. Además, las gobernaciones de esas provincias quedaron en poder de sus partidarios, de lo que después se llamó peronistas. En Corrientes, en cambio, el gobernador fue radical. Era el doctor Blas Benjamín de la Vega, que duró un año y medio porque le mandaron la intervención federal con toda arbitrariedad.

* * *

El pueblo apostó a un nuevo liderazgo, cuya bandera fue la justicia social, y le dio la espalda a los partidos tradicionales, que representaban los viejos métodos de la política.

Con Perón lo que aparece es la esperanza de una Nueva Argentina. Y esta idea de Nueva Argentina se manejó bastante en aquellos meses electorales. ¿Qué significaba? No habla nada demasiado claro, pero este país, que había salido indemne de la guerra, que no había estado alineado a los Estados Unidos, que había mantenido una posición de dignidad y de soberanía, este país cuyos productos eran requeridos por la hambreada Europa de la posguerra, al cual venían inmigrantes huyendo de los horrores y de las miserias de la posguerra, estaba queriendo algo nuevo que ya no podían brindarle los viejos partidos políticos.

La Unión Democrática representaba a la vieja Argentina hasta por el aspecto físico de sus candidatos. Era la Argentina tradicional, con lo bueno y con lo malo; lo de Perón era una especie de salto hacia lo nuevo, que podía ser también un salto al vacío: era un hombre que no tenía un programa demasiado definido salvo por la idea de justicia social, un hombre cuyos antecedentes eran bastante; desconfiables en

cuanto a sus simpatías hacia países totalitarios, pero que al mismo tiempo tenía un lenguaje nuevo, no convencional, que hablaba en mangas de camisa, que se lucía con su esposa, una actriz de radioteatro que todo el país conocía, que representaba un estilo político totalmente nuevo y que recogía una serie de ideas-fuerza que estaban vigentes en la atmósfera de la época: la idea de que el Estado debía tener mayor injerencia en la vida económica, la idea de que el Estado tenía que tener un compromiso con los humildes, con los desposeídos, la idea de justicia social, la idea de soberanía; un hombre que podía citar tanto a León XIII como a Lenin o a Yrigoyen, con la versatilidad propia de su juventud relativa: recién cumplía los cincuenta años.

Del otro lado había una Argentina con los vicios de una democracia fraudulenta, con hombres que habían luchado contra el fascismo y contra el fraude, pero que habían quedado salpicados con esas mismas lacras. Perón significaba alguna cosa que además estaba vinculada a los momentos felices como los que vivía el pueblo, que vivía en plena ocupación, con altos salarios, sin inflación, con una serie de bienes sociales y culturales a los que tenía acceso y a los cuales nunca había accedido. Y entonces el pueblo apostó por esta cosa nueva.

* * *

Perón era un pragmático, y por eso siempre fue muy realista y sus discursos, aunque basado en principios nacionalistas y de justicia social, fueron versátiles, cambiantes, eclécticos. Era una ideología muy compleja, de un gran oportunismo. Con una gran capacidad de sintonizar las ideas que estaban en la atmósfera de su tiempo: la idea de justicia social, la idea de un Estado más significativo, más importante, la idea de que las masas estaban irrumpiendo los escenarios de todo el mundo, la idea de que podía venir una tercera guerra mundial. A cada momento él iba adecuando esas ideas a las circunstancias de la realidad que se venían dando. Perón tenía una frase que repitió mucho en sus últimos años: “La única verdad es la realidad”. A mí no me gusta esta frase porque me parece que es muy conservadora; es una frase que cancela los sueños, las esperanzas, esta frase hace que el político tenga que atenerse a la realidad sin modificarla. Pero de todos modos el juego de verdad y realidad es muy representativo del pensamiento de Perón. Un hombre que tuvo en cuenta siempre los datos de la realidad y que no se movió sin saber dónde pisaba. En ese momento, en el '45, expresaba algo que estaba más o menos en danza en todo el mundo occidental de la posguerra, la necesidad de un Estado que nacionalizara servicios públicos, que tuviera gran injerencia en la economía, que ejerciera una función de ingeniería social a fin de distribuir mejor la riqueza, que sembrara la idea de que nuestro país podía tener una política autónoma o autárquica, para tener una

presencia en el mundo con más proyección de la que tenía hasta ese momento.

LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA

No pretende trazarse en estas líneas una acabada crónica del primero y el segundo gobierno de Perón. Tal tarea excedería, desde luego, los límites de este libro. Pero podemos establecer algunas líneas generales para comprender el significado del gobierno justicialista en los nueve años que transcurren entre 1946 y 1955. Podríamos definir dos etapas claramente delineadas a lo largo del tiempo. Entre 1946 y 1950 es cuando el gobierno con Perón en la presidencia intenta una política de tipo nacionalista, autárquica, estatista. La otra etapa es la que transita los años hasta la caída en el '55.

* * *

Perón continuó y profundizó los lineamientos económicos anteriores, basados en la fuerte participación del Estado y en la independencia política de los Estados Unidos. La primera etapa es cuando el gobierno adquiere una serie de servicios públicos: ferrocarriles, gas, usinas eléctricas, transporte fluvial, ultramarino —o las crea, en el caso del transporte aéreo—, y establece en líneas generales una presencia muy fuerte de la economía en un estado de plena ocupación derivado entre otras cosas del auge de la posguerra, que continuaba con el ciclo de sustitución de importaciones que había empezado apenas antes de la Segunda Guerra Mundial. La moneda era estable y había una cierta euforia expresada en la política internacional con la “tercera posición” proclamada por Perón, donde la Argentina declaraba no alinearse ni con el bloque capitalista liderado por los Estados Unidos, ni por el bloque comunista comandado por la Unión Soviética.

Surge una gran cantidad de preguntas al llegar a esta instancia de la historia económica argentina: ¿cuáles fueron las industrias que crecieron a causa de la sustitución de importaciones?, ¿qué ocurrió con las exportaciones cerealeras y de carne?, ¿quiénes realizaron las inversiones en la industria?, ¿no se configuró una burguesía industrial?, ¿se crearon industrias livianas o pesadas?, ¿qué rol tuvo el Estado?, ¿fue un proceso regional o solo nacional?

Tiene bastante trascendencia histórica en el sentido de que, por ejemplo, en un momento tan difícil para el país como éste, en el que la guerra se estaba

desenvolviendo afuera con una serie de repercusiones de tipo económico y financiero bastante importante.

Las importaciones tradicionales que venían de Europa, quedaron suspendidas por la guerra. Y entonces surgió en la Argentina una industria liviana que aprovechó esa coyuntura para tratar de ofrecer al mercado interno, que tenía bastante poder adquisitivo, una serie de elementos que ya no se podían traer y que habían empezado a fabricar acá. Tal vez, los jóvenes y no tanto de hoy no tengan idea, pero los mayores recordarán en la década del 30, principios del 40, la cantidad de cosas de origen europeo que se consumían. Empezando por el género de los trajes: no había trajes de tela nacional; lo común era comprarse trajes de tela inglesa, porque no había otra prácticamente, la tela nacional era muy mala, muy desdeñable, y las telas inglesas eran muy baratas, hasta que llegó un momento en que se cortó eso. Comienzan a instalarse telares en Avellaneda, en San Martín, y empiezan a trabajar a full para proveer al mercado argentino de telas, que al principio eran muy malas, pero después fueron mejorando. Y lo mismo pasa con una cantidad de cosas, como el aceite comestible. Es entonces cuando empieza a cambiar el paladar argentino y se deja de lado el aceite de oliva, que era el consumo tradicional y se lo sustituye por el aceite de maní, de maíz, etcétera. Al principio hubo mucho rechazo, pero después se van aceptando porque el fausto del público argentino va cambiando.

La cantidad de cosas que se consumía en el mercado argentino y que eran importadas es inenarrable: desde los garbanzos y el bacalao español, hasta los aceites y los vinos italianos, los productos químicos alemanes, los productos de belleza franceses, las cosas que empezaban a venir fabricadas con nylon norteamericano, y bueno, de algún modo, los neumáticos, el combustible, la nafta. El país todavía producía muy poco petróleo y los embarques venían casi todos desde los Estados Unidos que, debido a la guerra también empiezan a restringir sus exportaciones, y como la Argentina es un país desconfiable porque mantiene una posición neutral casi hasta el fin de la guerra, tampoco existe interés en mandar combustible, y eso produce graves problemas a la población, en invierno, por la falta absoluta de calefacción.

Pero en líneas generales diríamos que el país de alguna manera se fue dando maña para que no faltaran cosas esenciales, y por supuesto tenía la gran ventaja de que, en materia alimentaria tenía de todo: carne, cereales, etcétera.

* * *

Se aceleran las acciones sociales y laborales del gobierno, cuyas realizaciones y doctrina quedan plasmadas en la Constitución de 1949. Son años de avances importantes durante los que se monta la mayoría de las obras sociales que después

van a caracterizar la actividad de los sindicatos; se instrumentan algunas medidas que mejoran evidentemente la calidad de vida de la población, sobre todo de los trabajadores —las vacaciones pagas, un tipo de legislación laboral que favorecía al trabajador en general, a través de la Justicia del trabajo—; y se promulgan algunas leyes importantes que cambian, se puede decir, algunos aspectos de la vida argentina, como por ejemplo el derecho al voto a las mujeres, o la puesta en marcha del mecanismo que cambia la Constitución del '53 y la sustituye por una denominada “Justicialista”. Si bien las instituciones no son modificadas en profundidad, se establece ahí una parte doctrinaria con mecanismos como el artículo 40, que es fuertemente estatista y nacionalista en materia económica: entre otras cosas declara la propiedad del Estado de todos los servicios públicos, los yacimientos mineros, las caídas de agua y otras fuentes de energía motriz, etcétera.

La nueva Constitución establece también la posibilidad de la reelección presidencial indefinida. La Constitución del '53 se caracterizaba, entre otras cosas, por establecer un único período presidencial por vez, pudiendo un presidente ser reelegido solo después de un período completo de su sucesor. Esto es lo que permitió la reelección de Roca o de Yrigoyen en su momento, una vez transcurrido un mandato intermedio. La Constitución del '49 permitía la reelección indefinida del presidente y esto se pone en práctica en 1951 con elecciones que le otorgan una amplia mayoría: casi un sesenta por ciento de apoyo a su candidatura frente a la única candidatura importante de la oposición, en las personas de los doctores Balbín y Frondizi.

* * *

Su filosofía corporativa, de origen militar, quedó plasmada en su concepto de la Comunidad Organizada, regulada totalmente por el Estado. Se puede decir, además, que los dos gobiernos de Perón tienen una estrategia común proclamada por el propio Perón en reiteradas oportunidades e implementada con mucha constancia y con bastante eficacia a lo largo de esos años. La “comunidad organizada” significa que nada dentro de la comunidad puede ser ajeno al Estado, todo debe estar, de alguna manera, vinculado al Estado. Todas las fuerzas productivas, todos los elementos importantes de la comunidad, organizadamente, deben estructurarse de manera tal que sirvan a los fines mismos de la comunidad. Es una concepción de origen militar, responde a ideales que muchas veces se plantearon —en teoría— dentro del Estado Mayor, tanto en la Argentina como en otros países, con un sentido de proveer a las exigencias de la defensa nacional: una comunidad preparada para resistir triunfalmente cualquier ataque que pueda producirse desde el exterior. Para ese fin conviene que todo se estructure, se organice, dentro de una finalidad determinada.

Esto lo hizo Perón, paso a paso, primero montando una CGT donde fue eliminada toda posible oposición o disidencia —esto ocurrió en 1947 cuando fue purgado de la CGT Luis Gay, que era un dirigente laborista, peronista pero independiente—. Después fue montando la Confederación General de Empresarios, que unificaba prácticamente a todas las empresas del país, sobre todo las de mediana envergadura; la Confederación General de Estudiantes, que pretendía ser la contrapropuesta de las organizaciones estudiantiles generalmente opositoras que había en las universidades argentinas; la Confederación General de Intelectuales, etcétera.

* * *

El corporativismo estatista fue reforzado mediante un gobierno autoritario que puso bajo control estricto los medios de comunicación.

Se puede decir que hacia 1952, con la reelección de Perón, y a pesar de la muerte de Evita ocurrida ese año, Perón había conseguido sus objetivos en el sentido de establecer un país perfectamente manejable. No podemos decir que era un sistema totalitario, pero que tenía rasgos muy fuertes de autoritarismo es innegable. No solamente porque la llamada “Comunidad Organizada” reunía alrededor del Estado a los estamentos más importantes de la sociedad, sino porque hay que agregar una enorme y muy eficaz cadena de propaganda y de información, que prácticamente vedaba toda noticia y todo comentario adverso al gobierno en los diarios, en las revistas, en las radios y en la naciente televisión, que empezaba en 1951 a realizar sus primeros escarceos. Todo el sistema de información estaba prácticamente en manos del Estado a través de la Secretaría de Informaciones de la presidencia de la Nación.

La CGT, con su poderoso aparato sindical, constituía una de las tres ramas del partido oficial. Los profesionales, los empresarios y los estudiantes estaban organizados en otras tantas confederaciones dirigidas desde el gobierno. Las Fuerzas Armadas, con jefes adictos al presidente, permanecían tranquilas después del fallido golpe de 1951. Las fuerzas de seguridad exhibían un alto nivel de efectividad y actuaban coordinadamente en todo el país, con un sistema de informaciones que cubría todas las áreas de la vida nacional. La prensa casi en su totalidad, la radio y la incipiente televisión se manejaban desde la Secretaría de Informaciones de la Presidencia, y ni una línea de los diarios ni una frase de las radios escapaba al abrumador aparato de propaganda del régimen ni a sus reiteradas consignas. Las universidades, las entidades culturales y deportivas, la educación en todos sus niveles, estaban sujetas a estrictas normas y participaban en la repetición de alabanzas que era la tónica del sistema.

* * *

Nada era ajeno al régimen. Un régimen que —es justo decirlo— se apoyaba en una voluntad popular abrumadoramente mayoritaria, expresada a través de comicios formalmente correctos, así como en leyes aprobadas en un Congreso donde el oficialismo contaba con la unanimidad del Senado y los dos tercios de la Cámara de Diputados, en el marco de una Constitución jurada en 1949 por oficialistas y opositores.

* * *

El Ejército, después de la fracasada asonada militar de 1951, apoyaba activamente al gobierno justicialista, o por lo menos era legalista en el sentido de mantenerse ajeno a toda posibilidad de un golpe de Estado. Las fuerzas de seguridad tenían una gran eficacia y habían establecido un sistema de espionaje, muy apto para la época, que abarcaba diversos escenarios: el sistema de educación, el deporte a través de la Confederación General del Deporte, etcétera.

El verticalismo peronista se aplicó en primer lugar en su propio partido, que se organizó como movimiento y era dirigido desde la cúspide por el general Perón. El partido oficial era un partido que tenía deliberadamente carácter movimientista. Era un movimiento formado por el Partido Peronista, el Partido Peronista Femenino —organizado fundamentalmente por Evita y continuado después de su fallecimiento— y por la Confederación General del Trabajo, que en el artículo primero de su estatuto manifestaba claramente que la CGT era parte integrante del movimiento justicialista. Esto era el partido oficial, que no se manejaba sobre la base de organismos elegidos por los propios afiliados sino directamente desde un comando superior, que en los hechos era el propio Perón, quien evitaba toda lucha interna, todo enfrentamiento dentro del partido, toda vida interna incluso, y que emitía los nombres de los candidatos, desde el presidente de la República hasta el último concejal del último pueblo del país. Todo se manipulaba a través de inapelables comunicados que eran el resultado de esotéricas reuniones dentro de ese consejo.

Unas palabras sobre Eva Perón: Evita fue durante pocos años figura principalísima del gobierno. El Año del Libertador fue el más feliz de Evita, de la relación con Juan Perón y con su entorno, y de su interacción con la gente. Si 1946 había asistido a sus primeros escarceos públicos y 1947 fue el del viaje a Europa, 1948 quedó marcado con la fundación de la Fundación y el siguiente evidenció sin lugar a equívocos su incontrastable poder, con el desplazamiento de Bramuglia y la inclusión de la reelección en la Constitución reformada. En el Año del Libertador recogería los frutos de su esfuerzo. Sería el de los honores, los reconocimientos y también el último en el que pudo hacer, con su marido o sola, algunos viajes al interior del país. Fue, además, el momento culminante de su poder, cuando un

hombre de su confianza ocupó el Ministerio de Educación poniendo bajo su directa influencia toda el área educativa. Fue también, este de 1950, su último año de buena salud.

* * *

La maniobra del sistema electoral le permitió al gobierno contar con una mayoría superior a la otorgada por la proporción de votos recibidos. El régimen era legal, pero autoritario, y a pesar de que las formas republicanas se mantenían, en los hechos la oposición había sido reducida a su mínima expresión. Se hacía a través de un procedimiento electoral básicamente fraudulento como lo es el sistema de circunscripciones, que en sí es un buen sistema, o podría ser considerado un buen sistema, porque significa la división de un distrito en tantas circunscripciones como legisladores se eligen. Para explicarlo, supongamos que la Capital Federal elige 32 diputados: se divide la Capital en 32 circunscripciones, 32 barrios por decir así, cada una de las cuales elige un diputado. Se presentan tres, cuatro, diez candidatos, y esa circunscripción elige uno solo. ¿Cuál es la ventaja?: el hecho de que el legislador supuestamente está en contacto directo con las personas que lo van a elegir, es decir, con las necesidades, las aspiraciones y los intereses de éstas. Claro, esto siempre que el dibujo de las circunscripciones electorales responda a la realidad barrial, para el caso de Buenos Aires, o aun geográfica, para el caso de las provincias. Pero de ninguna manera el sistema admite que se haga —como se hizo en tiempos de Perón— lo que se llamó “la salamandra”, es decir, una figura en el mapa, un dibujo con arabescos insólitos que llevaba a que la gente votara en una misma circunscripción, siendo que esa circunscripción empezaba, por ejemplo, en el Barrio Norte y terminaba en Mataderos atravesando media ciudad. Era una especie de nido de víboras cuando se veía el mapa, pensado y esbozado de una manera deliberada para compensar los votos opositores de ciertos barrios de la Capital Federal con los votantes oficialistas que vivían en otros barrios de la ciudad. Esa maniobra significó que en las elecciones de 1951 el radicalismo, que obtuvo seiscientos mil votos en la Capital Federal, sólo haya sacado dos diputados, mientras que el peronismo, que obtuvo ochocientos mil votos en la misma capital, obtuvo catorce diputados; es decir, la diferencia era muy grande, abismal, casi indecente para la minoría.

* * *

El sistema constitucional y político de Perón se basaba en leyes que sancionaba “normalmente” un Congreso elegido por el pueblo, que promulgaba un Poder Ejecutivo que en su momento había sido elegido también por el pueblo, que pasaba

eventualmente a conocimiento de un Poder Judicial nombrado correctamente, según las prescripciones constitucionales, con el acuerdo del Senado, etcétera. Pero todo eso estaba teñido por una cantidad de elementos que lo hacían en muchos sentidos ilegítimo, porque el Congreso estaba elegido casi a dedo, con un sistema que evidentemente era fraudulento; la Justicia —en el caso de la justicia federal, por lo menos— respondía ciegamente a las directivas del Poder Ejecutivo, y todo estaba, además, teñido con una atmósfera de presión sobre la oposición que impedía el libre debate.

* * *

Las detenciones arbitrarias y el control del Poder Judicial, amparados bajo el “estado de guerra interno”, fueron medidas tendientes a reforzar el poder autoritario del Estado. Balbín queda preso hasta los primeros días de enero de 1951 en la cárcel de Olmos. Quien esto escribe estuvo preso en la cárcel de Olmos unos meses después. A Frondizi lo metieron preso varias veces, pero nunca por mucho tiempo, por días. Frondizi además era diputado, tenía fueros, y aunque esto no se respetaba mucho, de algún modo a un diputado no se lo podía detener. En 1951, dos meses antes de la reelección de Perón, el general Menéndez encabeza una frustrada rebelión que no llega siquiera a la avenida General Paz; fue una aventura totalmente alocada. El fracaso derivó en exilio obligado para una buena cantidad de militares, la detención de otros muchos, entre ellos el después general y presidente Lanusse, y el Congreso decretó en minutos el estado de guerra interno, que era una institución prevista por la Constitución del 49, aunque no estaba reglamentada. Nadie sabía qué quería decir, pero, desde entonces hasta la caída de Perón el país estuvo en estado de guerra interno, que era más que el estado de sitio, ya que permitía detener a personas y ponerlas a disposición del Poder Ejecutivo sin que existiera ningún tipo de juicio.

* * *

En ese estado estuvo mucha gente, detenida a disposición del Poder Ejecutivo, un año, un año y medio, dos años, hasta que por algún motivo —o sin ningún motivo— se los ponía en libertad. Por supuesto que se jugaba políticamente con eso. Perón, por ejemplo, recibe en 1951 al dirigente socialista Enrique Dickman, quien le pide por la libertad de algunos compañeros socialistas que estaban detenidos a disposición del Poder Ejecutivo, algunos de ellos con más de un año de prisión. Perón los hace poner en libertad, pero, al mismo tiempo, Dickman forma un partido socialista que apoya a Perón, el Partido Socialista de la Revolución Nacional, disidente del viejo tronco socialista fundado por Juan B. Justo.

La inseguridad jurídica era total, con jueces federales que no admitían ningún tipo de recursos. El estado de guerra interno fue una de las creaciones más perversas porque no había ninguna posibilidad de defenderse en ningún sentido. Se ponía a un individuo a disposición del Poder Ejecutivo y ahí quedaba. El estado de sitio establece una serie de previsiones respecto de la libertad de las personas, a quienes el Poder Ejecutivo puede detener y, como dice textualmente, “trasladar desde un punto a otro dentro del país”; pero eso, en el estado de sitio, tiene un límite. En cambio esta institución tan extraña del “estado de guerra interno” no reconocía ningún límite.

* * *

Todo digno de un gobierno de facto. Y se usó mucho; en 1953, por ejemplo, ocurre un momento muy difícil para el gobierno de Perón. Este había venido de Chile, adonde había ido con la idea de establecer una especie de unión aduanera. (Le fue mal en el campo de la negociación, porque tuvo mucha resistencia de los chilenos, a pesar de que el presidente de Chile, Ibáñez, era su amigo personal; pero en el campo político le fue bien, porque fue muy aclamado por las multitudes chilenas). Cuando regresa a Buenos Aires, Perón se encuentra con que aquí hay un problema relacionado con el abastecimiento de carne, la cual escasea y está muy cara, y empieza a haber rumores de que estaría metido en eso el cuñado del presidente —el propio Juan Duarte, hermano de Evita, ya fallecida—, a quien se le atribuía una gran cantidad de negocios y cosas raras. Perón nombra entonces una comisión investigadora presidida por un general bastante prestigioso, que pronto llega a la conclusión de que efectivamente Juan Duarte tenía algo que ver con todo eso. Perón pronuncia entonces un discurso muy duro diciendo que “caiga quien caiga se va a examinar esto, investigar hasta las últimas consecuencias”, y esa noche Juan Duarte se suicida. Fue un hecho muy resonante, una cosa muy rara, se llegó a decir que lo habían matado; de todos modos, aunque no lo hubieran matado, el suicidio mismo de este hombre tan vinculado a Perón —previamente había renunciado a su cargo de secretario privado— fue un golpe muy duro. La CGT se apresura a hacer un acto de apoyo a Perón. Se convoca a un acto, de los tantos que se hacían en la Plaza de Mayo, con todos los ritos; eran mecanismos que funcionaban solos: la CGT declaraba la huelga general, convocaba a la Plaza de Mayo, se mandaban los camiones o los ómnibus, venía la gente, aclamaba a Perón, éste hablaba, etcétera.

* * *

El día del acto, en el momento en que estaba hablando Perón, estallan unas bombas en la boca del subterráneo, sobre la calle Hipólito Yrigoyen, y se producen

algunas muertes, seis o siete muertes por lo menos. La policía apenas investiga; cuando se produce la desconcentración de la gente debido a estos atentados, son incendiados la Casa del Pueblo, la Casa Radical, el Jockey Club y algunos otros locales partidarios. A partir de ese momento hubo una serie de detenciones: prácticamente toda la dirigencia política estuvo “encanada” durante dos o tres meses; todos, sin excepción. Esto muestra a las claras lo que generaba la discrecionalidad del derecho a apresar a los dirigentes políticos y colocarlos a disposición del Poder Ejecutivo. Solo tiempo después se logra establecer quiénes habían sido los autores: unos muchachos muy jóvenes, sin partido prácticamente, que, frente a la atonía de los partidos políticos que a su juicio reinaba, querían mantener un poco el tono opositor mediante bombas que, según ellos, trataron de poner en lugares donde no provocarían víctimas. Pero parece que se les fue la mano o se equivocaron. Los autores de este episodio fueron muy conocidos: uno de ellos fue Roque Carranza, posterior ministro de Defensa de Frondizi.

* * *

Fue una época de enfrentamientos muy duros, en la que realmente nadie reconocía nada al adversario. Yo diría que en ese sentido el país ha avanzado. Hemos logrado ciertos niveles de civilización política que en ese tiempo no se conocían, ni se concebían tampoco. La oposición fue muy dura también, fue injusta. El radicalismo tenía un bloque muy aguerrido en la Cámara de Diputados y lo volvía loco al gobierno; pero el gobierno debió tener también una cierta contención que no tuvo. Y en ese sentido demostró una vocación represora muy grande desde el primer momento. Más, teniendo una amplísima mayoría: la oposición no podía obstaculizar nada. Tenía unanimidad en el Senado, porque había dos senadores opositores enviados por Corrientes, que era la única provincia opositora: nunca fueron tratados sus diplomas y después se intervino la provincia. En la Cámara de Diputados tenía dos tercios, que habilitan a un cuerpo a hacer cualquier cosa. No solamente eso, sino todos los diarios y todas las radios. Culmina este proceso con la liquidación de *La Prensa*, en 1951, que era el único diario auténticamente opositor. Con una serie de restricciones además, porque todos los diarios opositores, desde luego —los independientes también—, dependían de la cuota de papel de diario que el gobierno les proveía. De modo que, en cuanto jorobaban un poco, se les cortaba el papel de diario y se acabó el diario. Fue muy diabólico, muy bien pensado todo este sistema de represión, tal vez hubiera asesoramiento extranjero, porque en nuestro país era totalmente insólito y nunca se había dado. El estado del país en 1954 era asfixiante para una persona que quisiera expresarse libremente, no ya que fuera opositora, sino que hablara con libertad. Debatir un poco algo siquiera sobre los temas de fondo era

imposible, lo que constituía realmente una asfixia para los individuos.

* * *

La Revolución Libertadora cometió muchos errores, indudablemente, pero un dato positivo, a su favor, es el estado de plena libertad que inmediatamente se estableció en el país: el debate, la crítica, la reflexión, según los distintos matices, y según las distintas personas u organismos que lo ejercieran, se dio de manera inmediata. Recuerdo los corrillos que había en la calle Florida o en la Avenida de Mayo frente al diario *La Prensa*, donde la gente discutía libremente todo.

Por supuesto que la proscripción del peronismo fue una nota negativa. Pero también fue una autodefensa, digamos, porque de otro modo tenían que entregar el poder nuevamente a los peronistas. Y esto no es que legalmente no se pudiera, sino que las Fuerzas Armadas no lo iban a aceptar nunca, porque también estaban muy comprometidas en una lucha de vida o muerte. Para ellos era vital que la salida electoral no involucrara un regreso del peronismo, ni siquiera en una mínima medida: varios años después a Frondizi lo derrocan porque en la provincia de Buenos Aires triunfa un candidato peronista. Fue otro momento del país con grandes desencuentros, que no debieron haberse dado, ya que entre el radicalismo intransigente y el peronismo más aceptable no había grandes diferencias.

* * *

Pero estaba el tema de la libertad. El tema de la libertad sí separaba, de una manera inexcusable, insalvable. Y esto Perón no lo aceptó nunca; Perón tenía un matiz autoritario, evidentemente, que nunca pudo superar. Su idea del “movimientismo”, del movimiento hegemónico que encarna a la patria misma y que hace de cualquier opositor prácticamente un “vendepatria”, como decían él y sus partidarios en esa época, fue parte del ideario justicialista hasta su regreso a la Argentina en el año 1973. Durante muchos años eso confundió todo el panorama político de la época.

* * *

Aunque la censura fue menor, el peronismo siempre sospechó de las mentes más lúcidas. La cultura prosperó al margen de cualquier política gubernamental. Nunca hubo interés de parte del peronismo en generar una cultura determinada. Y, además, algunos de los intelectuales que después aparecieron ligados al peronismo, como Jauretche, Scalabrini Ortiz o el mismo Leopoldo Marechal, fueron totalmente

marginados en la época de Perón, no cumplieron ninguna función importante. Y quienes manejaron la cultura sólo echaron mano a sus antecedentes hispánicos. En ese momento la Argentina y la España de Franco estaba muy cerca, y las universidades en buena parte quedaron en manos de hispanistas, que después, como en general eran católicos, en la última época de Perón se pasan a la oposición.

Había como una cultura totalmente alejada de lo oficial que seguía trabajando sin ser molestada porque no resultaba significativa para el gobierno. Borges siguió escribiendo; en los teatros independientes empezaron a funcionar en esa época — vigilados por la policía, pero sin mayores molestias— los cine-clubes.

Hubo algunas prohibiciones, como *Las aguas bajan turbias*, de Hugo del Carril, que era peronista pero tuvo dificultades con la censura porque el libro lo había escrito Alfredo Varela, un comunista.

Se vendieron productos muy baratos, muy kitsch, muy ingenuos; el tipo de películas que se hizo en aquella época fue realmente deleznable, casi nada sobrevivió a la prueba del tiempo. *Los isleños*, algunas cosas de Muiño, como *El mejor alumno*, un muy mal cine, un teatro muy malo. Aparecieron algunas novelas, algunas obras de ficción, pero de gente que nada tenía que ver con el gobierno. No hubo ningún tipo de estímulos: una prestigiosa figuras de las ciencias y las letras como Ernesto Sabato vivía de hacer palabras cruzadas para diarios y revistas.

* * *

No había posibilidad alguna de que la oposición organizara un golpe; sólo las equivocaciones garrafales que Perón comete a partir de su segundo período presidencial lo facilitan. La revolución del '55 no fue iniciativa de quienes la llevaron a cabo, sino la consecuencia de una antología de equivocaciones políticas realmente admirables; incomprensibles, si no se tuviera en cuenta algo que es una especie de ley general de la política: demasiado tiempo en el poder lleva necesariamente a un cansancio en su ejercicio y a una desconexión de la realidad. Si un hombre ejerce, como en el caso de Perón, el Poder Ejecutivo durante un período constitucional, que son seis años, puede manejar las cosas con frescura, con imaginación, con poder, con prestigio. Cuando hay una reelección, y ya tiene por delante otros seis años, la tensión a la que ha sido sometido, el estrés, seguramente lo desconectará de la realidad y lo hará cometer equivocaciones muy gruesas.

En el caso de Perón, las equivocaciones fueron tan increíbles que uno a veces se plantea la hipótesis de si este hombre no habrá llegado a ese momento de su vida con cierta declinación mental, en un estado en el que realmente no podía apreciar la realidad. Sobre todo tratándose de un hombre como el jefe justicialista, que en 1945-46 había demostrado una capacidad de reacción frente a los ataques de sus

adversarios, una gran imaginación para plantear eslóganes y banderas políticas, una capacidad de persuasión a las masas realmente inédita dentro de la historia política argentina. Nueve años más tarde, este mismo hombre evidenció una increíble irrealidad en el tratamiento de los problemas políticos, e incluso en el planteo de dificultades que él mismo se inventaba.

* * *

El declive de Perón se enmarca dentro de las dificultades económicas surgidas de la crisis del modelo autárquico, que se ve obligado a revertir, pero que por sí solas no explican el golpe.

Ese modelo económico —de plena ocupación, altos salarios, una mejor calidad de vida para la clase trabajadora— empieza a agotarse después del bienio 1952—53. La política de euforia, de dilapidación en la compra de bienes activos que en realidad ya estaban en el país, como el de los ferrocarriles por ejemplo, y la excesiva confianza en una posible tercera guerra mundial que solucionaría nuevamente todos los problemas de la Argentina... Todo eso llega finalmente a un agotamiento que se expresa ya en 1949 con la renuncia de Miguel Miranda, autor de una política económica apoyada en el proceso de sustitución de importaciones que brinda dinamismo a la industria liviana buscando emplear a los migrantes internos que llegaban a Buenos Aires. Miranda es reemplazado por un equipo mucho más moderado y hacia 1950 el país se queda sin sus cuantiosas reservas, a punto tal que tiene que solicitar un crédito a Estados Unidos, no obstante las reiteradas declaraciones de Perón de que jamás pediría un préstamo.

Perón había nacionalizado la deuda externa en 1946, es decir, había repatriado la deuda argentina que estaba en poder de tenedores europeos y eso era uno de sus grandes orgullos. Pedir nuevamente un empréstito a Estados Unidos significaba una derrota en toda la línea. Avanzando en estas rectificaciones de la política, Perón hace aprobar en los años siguientes una ley que favorece las inversiones de capitales extranjeros.

* * *

El fin de la fiesta se dibuja con rasgos omnipresentes en el Segundo Plan Quinquenal y en otros temas, como la sanción de la Ley de Inversiones Extranjeras, en 1953, y la firma de los contratos con la California Argentina de Petróleo S.A., subsidiaria de la empresa norteamericana Standard Oil, en mayo de 1955. Se inician gestiones para entregar en concesión una extensión enorme de la Patagonia a esa compañía petrolera norteamericana y se incita o promueve al llamado Congreso de la

Productividad, una reunión donde representantes de la central obrera y de la central empresaria conversan —aparentemente sin injerencia del Estado, en realidad con el Estado siguiendo con atención estas conversaciones— y como conclusión realizan una serie de recomendaciones que de algún modo van recortando esos aspectos que habían hecho tan feliz a la gente en los años anteriores. Ponen más el acento en la productividad, estableciendo que había que restringir de algún modo las conquistas sociales en materia de vacaciones, días feriados, pagos extras, etcétera. Todo esto no alcanzó a implementarse legalmente a través de decretos o de leyes, porque ocurrió en marzo del '55, pero indicaba un propósito de rectificación de la política social que Perón había llevado hasta ese momento y que fue uno de sus grandes logros.

* * *

Perón estableció por primera vez en la historia el concepto de la dignidad del trabajo, un logro social que marcó para siempre la percepción que tenemos del obrero. De todas maneras hay que pensar que el avance en materia social, la implementación de la idea de justicia social —o para decirlo de otra manera, la concepción de que el Estado no puede ser indiferente por la suerte de los más pobres — gira en el vacío si no hay una infraestructura económica que lo sustente. ¿De qué sirve crear un sistema jubilatorio si el país no tiene una economía sustentable para mantener esa jubilación en el largo plazo? ¿De qué sirve crear una legislación creando aguinaldo, vacaciones pagas, salarios familiares, etcétera, si de pronto no se encuentran suficientes fuentes de trabajo?

Pero los logros sociales son importantes de cualquier manera: si bien la democracia formal sufrió en la época de Perón un ataque sistemático, hubo una suerte de democracia real que creció porque la gente se sintió partícipe de los procesos políticos —aunque no lo fuera—, sintió que participaba de alguna manera. Hubo más democracia porque, por ejemplo, las mujeres pudieron votar, algunos territorios nacionales se incorporaron como provincias, y sobre todo porque la gente se sentía representada por su presidente. Es decir, el presidente no era un ser aparte. Perón y Evita formaban parte de la vida de las clases bajas.

Hubo una democratización de la vida argentina que se tradujo entre otras cosas en un cierto respeto hacia el trabajo y el trabajador. Este respeto estaba amparado también por una legislación social que establecía ciertos derechos en materia laboral, la indemnización por el despido, la obligación de ir a los tribunales para efectivizarlo, una situación bastante complicada para los empleadores. Hubo una concepción de la justicia social que desde entonces se ha incorporado a la tabla de valores habituales de los argentinos.

* * *

Todo país, toda comunidad, se maneja sobre una tabla de valores, a veces no demasiado definida, a veces sí. En la Argentina tenemos la idea del progreso, por ejemplo, que fue traída por los conservadores; es la idea de que el país va a funcionar siempre bien y el progreso es indefinido, que el país tiene recursos naturales que son prácticamente inextinguibles, que la gente puede lograr con relativa facilidad que sus hijos vivan mucho mejor que ellos, etcétera. Eso es una idea de los conservadores, de la época de la gran inmigración, de la época del gran crecimiento de la Argentina desde 1880 en adelante, es un código nacional que les debemos a ellos. La idea de la democracia se la debemos a los radicales, indudablemente, es la idea de que el país debe ser manejado por representantes elegidos por el pueblo, que tiene que haber un buen funcionamiento del sistema republicano.

* * *

La idea de la justicia social ha quedado grabada en la conciencia de la comunidad argentina y eso, evidentemente, es obra del peronismo. Como lo son también las ideas de la dignidad del trabajo y el respeto que se le debe al trabajador. Este un país donde se respeta al obrero, al trabajador. Nadie llama a un mozo y le dice “¡Che, vení para acá, traéme un café!”, o al taxista, cosa que no existe en otros países de Sudamérica, donde el trabajador manual es considerado todavía como una especie de siervo de la Edad Media. También se debe a la estructura social de la Argentina, con una gran clase media, muy deteriorada ahora, muy mordida y muy roída por la crisis que estamos viviendo, pero que sigue siendo la gran base de sustentación del país, el gran colchón de seguridad, el gran centro de consumo, el sector social con aspiraciones de mejorar, etcétera. Puede haber estado mal implementada o no haber tenido un fundamento, una sustentación para mantenerse por siempre: pero la idea de que el Estado no puede ser indiferente a la suerte de los más pobres, que tiene que tomar ciertas obligaciones, es una cosa que queda. Y por eso todo el drama que vivieron algunos peronistas reales, auténticos, frente al cambio total que significó el gobierno de Menem, con una insensibilidad respecto de los desposeídos que resultó terrible, con frases como “que los jubilados vayan a trabajar”. Eso es una cosa que realmente nada tiene que ver con el peronismo de los años cincuenta.

* * *

El agotamiento del modelo se debió también a que no hubo inversiones reales sino una distribución de la riqueza sin que se la hubiera generado. El desgaste tarde o

temprano iba a sentirse en el cuerpo social del país, que había salido indemne de la guerra, que había pasado una etapa muy positiva durante la época de Perón; para cualquier observador es obvio que los índices no hablan de un crecimiento del país pero sí de que hubo una mayor distribución de la riqueza. El producto bruto se repartió de manera tal que los trabajadores obtuvieron para su bolsillo los mayores porcentajes de la historia. Hubo también un gran crecimiento demográfico; la población aumenta cuando la gente se siente bien. Pero no hubo crecimiento en ningún otro aspecto. No hubo crecimiento industrial, no hubo crecimiento en el agro, no hubo tecnificación, no hubo renovación del parque automotor, no hubo renovación de los ferrocarriles, no se construyó un solo kilómetro de caminos, no hubo inversiones reales. Las inversiones que se hicieron en el país, incluso las más espectaculares, si no fueron ficticias lo parecieron, como la famosa fábrica de automóviles Kaiser en Córdoba.

* * *

El país no avanzó en la economía y además retrocedió en el aspecto de la civilización política, que hacia 1940 había pasado por niveles bastante aceptables. Conservadores y radicales peleaban entre ellos y se hacían toda suerte de trampas pero, de todas maneras, había un cierto consenso sobre las cosas importantes. Ni siquiera se volvió a las peores épocas de la historia del país; sino que se inventaron nuevas formas en relación con la libertad que realmente eran muy retrógradas.

La etapa de Perón no pudo evitarse; probablemente con otro nombre hubiera venido igual, un populismo, algo tercermundista, una suerte de mejor distribución de la riqueza nacionalista. El país había salido de todo el episodio de la guerra mundial bastante bien, pero uno piensa que, si no hubiera existido Perón, tal vez las cosas se hubieran podido hacer más sensatamente, en vez de esa dilapidación de reservas que hubieran podido servir para promover la formación de una industria pesada, para establecer una industria más racional, para tecnificar el campo, o el tipo de desarrollo que fuera. Y todo eso se perdió en actos francamente demagógicos, como la compra de enormes cantidades de material de rezago de guerra que hizo el IAPP que no sirvió para nada; fueron millones de dólares que se gastaron inútilmente.

* * *

Pero esto no fue lo más grave, porque la economía de Perón, tal como estaba después del brote inflacionario en 1952—53, obligó a medidas de ajuste bastante severas y llevó a la población argentina a comer pan negro por primera vez en su historia. Las reservas de harina y de trigo se habían evaporado y esto hubiera podido

seguir varios años más. El agotamiento del modelo peronista en el plano económico era indudable, pero con algunos parches que se hubieran podido poner —se iban poniendo—, se habría podido demorar la caída por bastante tiempo.

* * *

El giro político de Perón en relación con la Iglesia Católica permitió que ésta agrupara a una oposición dividida y debilitada y les diera una bandera de lucha a los golpistas. Perón cae por errores que se van produciendo de una manera vertiginosa a partir de octubre de 1954. Es decir, cuando está en la culminación de su poder; cuando maneja todos los resortes importantes de la vida argentina; cuando se evidencia nuevamente su prestigio en las elecciones que se hacen en marzo de 1954 para elegir vicepresidente —Hortensio Quijano, que había sido elegido con él en 1951, había fallecido—, y en ellas vuelve a triunfar el candidato de Perón, esta vez Alberto Teisaire, con las mismas cifras y con los mismos altos porcentajes con que había triunfado tres años antes. ¿Qué obnubilación hizo que este hombre creara condiciones tales que llevaron a un grupo de militares y marinos a tomar la iniciativa de romper el orden constitucional?

En octubre del '54 hubo un hecho insólito que sorprendió incluso a los más allegados a Perón: un discurso que pronuncia en una reunión realizada en la residencia de Olivos, en donde ataca al clero argentino acusándolo de interferir la obra de gobierno y de infiltrarse dentro de organizaciones peronistas para obstaculizar y para sabotear la labor del Estado justicialista. Esto fue tan sorprendente que el gobernador de Córdoba, Raúl Lucini, que participó en esa reunión, confesó haber quedado boquiabierto cuando escuchó el discurso, porque nadie tenía idea de que esto pudiera ocurrir. ¿Por qué ocurrió? Seguramente algún agente de su entorno que no lo dejaba ver bien lo que ocurría en el resto del país lo habrá convencido de que esto era así.

* * *

En ese momento, una de las manías de Perón era la promoción de una organización de estudiantes secundarias, la UES, a cuyas integrantes invitaba a la sede de la organización en Olivos para hacer deportes. Con poco sustento, corrían al respecto muchas versiones, probablemente exageradas todas ellas. En contraposición, algunos grupos católicos organizaron también grupos de estudiantes para que no ingresaran en esa cosa de corrupción, en el sentido de lo que significaba la UES. Corrupción no en el sentido sexual con que la crítica antiperonista lo ha ridiculizado, sino en cuanto a que eran colmados de beneficios, privilegios, regalos, etcétera, y

había sectores católicos que estaban en contra de semejantes prebendas. Sectores que, por otra parte, eran los mismos que estaban preocupados por la evolución que había seguido un gobierno al que habían apoyado entusiastamente desde el principio.

Perón fue, tal vez, el primer presidente que apoyó de una manera tan explícita a la Iglesia Católica. Le entregó un instrumento de poder tan importante como la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas y, además, la facultad de designar a los profesores que habrían de enseñar las bases de la religión en los colegios y las escuelas de todo el país. Y ese idilio duró unos años, hasta que, poco a poco, algunos sectores de la Iglesia, no tal vez los de mayor jerarquía, pero sí el clero común, empezaron a advertir que este compromiso con el listado justicialista era demasiado riesgoso. El pico de inquietud se dio cuando, después del fallecimiento de Eva Perón, sectores humildes de la población empezaron una especie de culto idolátrico a la figura de Evita, lo cual molestó mucho a la Iglesia. Y tuvo algunos molestos episodios como lo sucedido en ocasión de la venida del nuncio papal, el cardenal Ruffini, quien fuera recibido con descortesía por el gobierno de Perón cuando transcurría el año '53.

* * *

También las relaciones entre la Iglesia y el Estado podrían haber continuado indefinidamente, pero en octubre del '54 este ataque absolutamente inesperado de Perón contra algunos arzobispos y algunos sacerdotes a los que nombra en sus discursos con nombre y apellido, hace que se pongan muy tensas estas relaciones. Y empieza entonces una campaña anticlerical en las filas del justicialismo que Perón ya no puede dominar. Tal vez en algún momento él se dio cuenta de que había puesto en marcha un mecanismo muy peligroso y es posible que haya querido dar marcha atrás, pero ya era imposible, porque por un lado estaban los sectores católicos convencidos de que la persecución del Estado contra la Iglesia, contra sus propias creencias, tenía visos ya de inquisición medieval, y entonces se lanzaron con todas sus fuerzas a hacer una oposición activa contra el gobierno peronista. Empezaron a funcionar mimeógrafos, se hicieron grupos de trabajo, de proselitismo y cada iglesia se convirtió prácticamente en un centro opositor.

* * *

A medida que el gobierno iba tomando medidas como el retiro de todo subsidio a los colegios católicos, la imposición de impuestos a la Iglesia —la Católica, como toda iglesia, está eximida de impuestos, y se estableció que debía pagarlos—, la ley de divorcio, que se vota en diciembre de 1954 de una manera inesperada, con un

debate por lo menos muy trasnochado, y como remate de esta larga cadena de desaguizados, apareció una ley que permitía la reapertura de los burdeles en la Argentina. No existían lenocinios en nuestro país desde 1933 y esta ley evidentemente significaba un retroceso, una especie de golpe bajo que atentaba contra la dignidad femenina, desde luego, pero que era fundamentalmente dirigido a molestar a la Iglesia. Continúa el contrapunto después del verano, cuando se sanciona otra ley, bastante más trascendente por su significación profunda, estableciendo la necesidad de la reforma de la Constitución, concretamente con el propósito de separar la Iglesia del Estado, es decir, eliminar aquellos artículos en donde la Constitución establece el apoyo al culto católico, la necesidad de que el presidente sea católico, la obligación de que el gobierno convierta a la religión católica a los indígenas, etcétera. Pero el trasfondo sospechado era que también esta reforma constitucional podía contener alguna otra maniobra, como la de aprovechar la reunión de una eventual Convención Constituyente no solamente para reformar los aspectos mencionados de la Constitución sino para eliminar el artículo 40, que establecía una serie de pautas legislativas que todavía no se habían cumplido y que evidentemente perturbaban y obstaculizaban la llegada de capitales extranjeros a la Argentina porque imponían una serie de restricciones en materia de servicios públicos y recursos de energía, etcétera, no solamente a los capitales extranjeros sino incluso al capital nacional. Todo empezó a complicarse con eso y con el contrato que el gobierno se muestra dispuesto a firmar con la California Oil, mediante el cual se le entregarían más de un millón de hectáreas en la provincia de Santa Cruz a los efectos de hacer la prospección de petróleo, para lo cual se le concedían grandes privilegios: puertos propios, aeropuertos, etcétera.

* * *

Se va estableciendo lo que hasta entonces ninguna fuerza opositora había logrado montar: una trinchera única. Hasta 1955, podríamos decir, las fuerzas opositoras se movían dentro de un espacio muy restringido: no tenían acceso a los diarios, no tenían acceso a las radios. Prácticamente su única posibilidad de manifestarse era físicamente en sus comités, en sus centros, y en los pocos actos públicos que se permitían. Las fuerzas opositoras que no eran políticas, que estaban más o menos desparramadas en diversos campos, el económico por ejemplo, en algunos sindicatos libres o en algunos sindicatos donde había grupos que no se manifestaban peronistas, en la universidad, en los grupos intelectuales, también carecían de un lugar, un centro, donde pudieran establecer una acción común. El ataque de Perón contra la Iglesia genera ese lugar.

* * *

Dentro del peronismo, muchos sinceros católicos y católicas vivían con angustia un proceso que los llevaba a ser cómplices de medidas que íntimamente repudiaban, pero ninguno se animaba a hacer pública esa desazón. Crecía una artificial atmósfera de agresividad hacia la Iglesia y todas sus manifestaciones.

Y en mayo de 1955 el Congreso sancionó una ley sobre la necesidad de reformar la Constitución para establecer la separación de la Iglesia y el Estado. A esa altura, la organización eclesiástica, tal vez inspirada en su instinto de supervivencia, se había convertido en una activa trinchera donde se estaba reuniendo toda la oposición.

* * *

El 11 de junio de 1955 se realizó la procesión de Corpus Christi, habitualmente una inofensiva vuelta alrededor de Plaza de Mayo efectuada por algunas beatas y unos pocos caballeros. Ese día, burlándose de la prohibición policial, una enorme multitud ocupó la histórica plaza y desfiló por la Avenida de Mayo hasta el Congreso. Fue la más grande manifestación opositora desde 1946... En poco más de tres meses caería Perón y era posible vislumbrar a la luz de las mortecinas velas a los responsables de la caída.

La Iglesia se va a convertir en adelante, quiéralo o no, en el lugar donde la oposición se hace fuerte y se unifica. Cuando la procesión de Corpus Christi se convirtió en una manifestación multitudinaria, quedó evidente que allí no fueron católicos solamente; fueron directamente todos los opositores. Todo con el aditamento de que el gobierno, torpemente, organizó la llegada de Pascual Pérez, un boxeador que había triunfado en el Japón en un combate contra Yoshio Shirai por el título mundial. El peronismo no dejó escapar ningún detalle, consciente de la importancia política y deportiva del evento para tratar de restar gente o por lo menos distraer la atención de quienes se habían manifestado con un sentido netamente opositor.

* * *

Quizá Perón buscó algún enemigo afuera, un chivo expiatorio de sus problemas. Si así fue, se equivocó fiero, porque él ya tenía a los enemigos bien delineados: eran los oligarcas, los vendepatrias, aunque nunca decía quiénes eran. A los oligarcas nunca los tocó, además, jamás hizo el menor intento de atacar las bases económicas de lo que podríamos llamar la “oligarquía”, jamás expropió un campo, una estancia o cosa por el estilo, y en cuanto a los vendepatrias, nadie supo quiénes eran. Sin

embargo, al calor de los discursos esos enemigos tenían propia carnadura. Estaban esbozados como arquetipos. Pero, tomar un enemigo tan importante como la Iglesia en un país de tradición católica era realmente una parada muy brava para un gobierno montado sobre una incipiente crisis de la economía.

La Iglesia Católica logró darle un centro visible a la oposición, que poseía una fuerza política y social importante para presionar cada vez más a las Fuerzas Armadas. La oposición política llegó a obtener en las elecciones de 1951 aproximadamente el 35 por ciento de los votos, lo cual era mucho, realmente, porque con el aparato de información y de propaganda que tenía el gobierno un 32 por ciento, como sacó Balbín, realmente era admirable. La presión era mucha, había miedo a votar en contra, sobre todo en los lugares chicos, donde se sabía quién votaba por quién. De modo que esa oposición era puramente política. Pero hay otras oposiciones que están distribuidas en el cuerpo social. Perón agredió a mucha gente: agredió a los estudiantes tratando de imponerles una universidad muy obsecuente; agredió a los pequeños empresarios con una política económica que estaba demasiado regulada, que necesitaba de muchos trámites, donde no había divisas para comprar cosas en el exterior, dependían de la importación de combustibles que eran cada vez más onerosos, dependían de royalties, y los empresarios se hartaron. Agredió a la producción rural, porque la gran diferencia que hacía el IAPI en sus ventas al exterior eran transferidas al sector industrial. Los chacareros trabajaban, sabían que en el exterior se vendían a precios muy altos sus productos, pero a ellos se los compraba a precios muy bajos el Estado, había un resentimiento muy grande. Otros sectores se sintieron tocados: los pequeños comerciantes, con el asunto del agio, que los enviaba a la cárcel, que les originaba inspecciones y multas. Agredió a la gente de formación liberal, con estas medidas represivas; agredió a la gente de formación laica, con el apoyo indiscriminado a la Iglesia de los primeros tiempos. Agredió a quienes tenían sentimientos republicanos, con el encumbramiento de la figura de Evita, que no tenía nada que hacer dentro de un sistema republicano, que no había sido votado para ningún cargo. Era un mosaico desparramado en todos lados. Cuando Perón mismo crea esta especie de espacio para que se junte toda la oposición, ésta demostró que tenía un poder muy grande, así como una gran incidencia y una gran capacidad de presión sobre las Fuerzas Armadas, tanta como para lograr que un importante sector de las Fuerzas Armadas pudiera levantarse con posibilidades de realizar un putsch triunfante.

* * *

Se siguen agregando torpezas, porque, aun después del evento del 11 de junio, el gobierno anuncia por todos los medios de difusión que los católicos habían quemado

una bandera argentina en el Congreso. Se organiza un acto de reparación de la bandera argentina por la supuesta quema, mientras el servicio de informaciones de una de las Fuerzas Armadas establece con claridad que esa bandera se había quemado en una comisaría de la zona y que todo había sido una farsa montada por el ministro del Interior para incriminar a los católicos por semejante acto sacrílego en contra de un símbolo patrio.

El 16 de junio, día en que debía hacerse el acto de reparación por la bandera quemada, se produce un bombardeo de la Plaza de Mayo por aviones de la Fuerza Aérea y de la Marina. Fue un acto de desesperación, un episodio aislado dentro de una conspiración mucho más importante que fue abortada. Los pilotos de los aviones no pudieron ser avisados a tiempo y el vuelo quedó convertido en un arto casi suicida. La idea era destruir la Casa de Gobierno con su principal morador adentro. Lo cierto es que hubo centenares de muertos y esa noche grupos que, si no fueron organizados por sectores del gobierno, por lo menos contaron con su complicidad o con su neutralidad, quemaron la Curia y varias iglesias. Después de ese momento continúan las equivocaciones, porque, evidentemente, había sido tan grave lo que había ocurrido —tanto el bombardeo de la Plaza de Mayo como la quema de las iglesias—, que el país quedó como deslumbrado; el pueblo de ambos bandos quedó obnubilado.

* * *

El gobierno cedió a la oposición y otorgó libertades democráticas que, lejos de servir para la conciliación, permitieron a la oposición agitar sus banderas contra el gobierno. Perón queda debilitado y es en cambio la oposición la que va creciendo en fuerza. Las iglesias quemadas dan un motivo a los católicos para seguir adelante en la lucha; los partidos opositores ganan oxígeno en sus reclamos cuando muchos de sus dirigentes son detenidos y después puestos en libertad. Se acercaba la caída de un gobierno que en realidad era presa de sus propios errores y no de la acción opositora. Curiosamente, Perón agrega nuevos elementos de desconcierto: poco antes de cumplirse un mes de estos hechos, en un discurso difundido en todo el país, llama a la conciliación. Manifiesta que ha dejado de ser el jefe de una revolución y que ahora es el presidente de la República, manifiesta que va a dar libertad a los partidos políticos opositores para que se manifiesten, y a partir de ese momento hay como una especie de cierto veranillo de libertad, durante el que los diarios pueden publicar algunas cosas y los dirigentes opositores —el primero de ellos, Arturo Frondizi, presidente del Comité Nacional de la UCR, el principal partido opositor— logran hablar por radio y establecer un plan de gobierno del que implícitamente queda excluido Perón.

* * *

Se establecen condiciones para la pacificación del país que, sin decirlo, dejan muy en claro que la presencia de Perón ya constituye un obstáculo absoluto para ella. Siguen otros discursos de dirigentes opositores en días sucesivos; hay algunos cambios en el gobierno, algunos de los personajes más odiados por la oposición deben renunciar e irse. De ninguna manera estos actos logran atenuar todos los hechos que habían contribuido a la persecución, o por lo menos a la tensión entre el gobierno y los opositores.

* * *

La renuncia de Perón fue una maniobra desesperada para agrupar su tropa y relanzar los ataques contra la oposición, pero eso no quita que los sectores opositores, tanto en el campo de las Fuerzas Armadas como en el campo civil, aflojaran un esta lucha, porque ya no confían un Perón. En desconfianza se justifica cumulo el 31 de agosto se anuncia en el país que Perón ha renunciado y se pone en movimiento un mecanismo al cual el país ya estaba habituado: radios hablando en cadena, concentración convocada para la Plaza de Mayo, anuncio de que va a hablar el presidente, y cuando Perón habla a las seis de la tarde —ante una concentración que tuvo menos público que en otras oportunidades, en un día frío y destemplado—, se despacha con un discurso que, en vez de continuar con su línea de pacificación, transforma su política en una declaración casi enloquecida de guerra contra la oposición.

Es la hora del famoso discurso de “5 por 1” (cuando uno de ellos caiga mataremos cinco), donde se autoriza a eliminar a cualquiera que esté relacionado con un acto de oposición al gobierno. Una cosa inexplicable y poco política; tan inexplicable como los ataques contra la Iglesia. No había realmente un motivo, una causa, algo que permitiera comprender ese discurso contraproducente para el propio Perón, porque reactivó de inmediato las conspiraciones que estaban en marcha dentro de las Fuerzas Armadas.

* * *

La conspiración militar es encabezada por la Marina y marcha a todo galope en el Ejército bajo la estrategia liderada por un general retirado, Eduardo Lonardi, que propone la concreción de un foco de resistencia.

A partir del mes de junio la Marina se encontraba en un virtual estado de sublevación, porque había sido la mayor protagonista del bombardeo de la Plaza de

Mayo y sus principales dirigentes habían sido detenidos, enjuiciados y arrestados, aunque las penas fueron más leves de lo que podía haberse supuesto. Pero, a partir del discurso de Perón, la Marina se pone en contacto con los que estaban conspirando en el Ejército, fundamentalmente con el general Pedro E. Aramburu. Pocos días después del discurso de Perón, Aramburu les manifiesta a sus amigos que él no podía encabezar una revolución porque no veía que tuviera elementos que le respondieran. En el '51, cuando Menéndez hace su frustrada revolución, la justicia militar aplicó penas severas, no “ajustició” como dijo Perón en su momento, no fusiló, pero las penas fueron bastante importantes y, además, quienes fueron condenados cumplieron efectivamente esas penas; fueron enviados al Sur, donde estuvieron hasta que se concretó la revolución. Había entre los miembros de las Fuerzas Armadas mucho miedo de comprometerse con algo que corriera el riesgo de salir mal, porque los castigos podían ser muy severos. Sin embargo, la presión social hizo que muchos militares, por razones religiosas o sociales, o hasta de índole personal, sintieran que no podían seguir apoyando al gobierno.

* * *

Aparece la figura, extraña y casi mística, del general Lonardi. Un militar sin mando de tropa, pero que partía de una suposición que el tiempo demostró cierta. Lonardi suponía que si se establecía un lugar de resistencia contra el régimen en cualquier punto del país y se lograba mantenerlo durante dos o tres días, el régimen se desplomaba. Él estaba convencido de que el apoyo a Perón no era tal, de que: toda la estructura que éste había montado estaba hueca, descompuesta por dentro, y que bastaba entonces levantar una bandera de rebelión por poco tiempo para que todo se viniera abajo.

* * *

Otro error que se comete no es imputable a Perón, pero sí a la atmósfera que rodeaba sus últimos días. El 8 de septiembre, José Espejo, el secretario general de la CGT, que era un infeliz obsecuente, manda una carta al comandante en jefe del Ejército ofreciendo los patrióticos servicios de los trabajadores para armarse en defensa del gobierno. Claro, esta propuesta de lo que prácticamente podía ser considerado como milicias obreras alarmó mucho a algunos sectores del Ejército, era algo que las Fuerzas Armadas no podían tolerar. El esquema de poder peronista que empieza en octubre del '45 de una manera casi casual, pero que se va afirmando a lo largo de los nueve años de gobierno, se basaba en la legitimidad dada al gobierno por los obreros a través de sus organizaciones. Consistía en el apoyo, la popularidad del

presidente, y estaban las Fuerzas Armadas respaldando ese romance político. Esta carta era una señal muy alarmante para la oposición y sobre todo para las Fuerzas Armadas, ya que revertía el esquema; en adelante, los obreros tendrían el poder, el monopolio de la fuerza para apoyar al gobierno. Las Fuerzas Armadas no podían tolerar ese desmadre y esto decidió a muchos oficiales a sumarse a la revolución.

* * *

El 16 de septiembre se pone en marcha la flota de mar y el general Lonardi, en Córdoba, logra tomar un par de regimientos en donde se mantiene durante dos o tres días, aunque la mayoría del Ejército sigue leal al presidente e incluso algunas fuerzas avanzan sobre Córdoba y parecen a punto de confrontar con las guarniciones sublevadas.

Perón, en otro acto extraño y confuso, eleva una carta a la Junta de Generales en donde no renuncia explícitamente, pero de algún modo transfiere su poder al Ejército. Transfiere el poder al sector de la comunidad de donde lo había tomado en 1945, es decir, a las Fuerzas Armadas, al Ejército mismo. Se produce un debate en el seno de las Fuerzas Armadas sobre si ese acto constituye o no una renuncia; se considera que sí es una renuncia y, cuando Perón quiere retirarla, se le dice que ya es tarde para hacerlo. Al otro día Perón se refugia en la Embajada del Paraguay.

* * *

Es muy extraño todo este proceso si uno lo analiza ala luz de la lógica política: un hombre que está en toda la plenitud del poder, .que tiene además sesenta años de edad, no es un hombre viejo en el ejercicio del poder, como pudo decirse de Yrigoyen, quien con sus setenta y ocho años siempre demostró capacidad política; él mismo va creando las condiciones que van a hacer casi inevitable su caída.

Porque, aunque no haya manejado las cosas tan mal en el aspecto económico o social, e incluso en el aspecto político, él mismo empujó, a sus enemigos, a sus adversarios, a tomar una salida desesperada. Es decir, hizo lo que no debe hacer un político, que es dejar sin salida al adversario, acorralarlo. En las memorias de Salinger, *Los mil días de Kennedy*, se cuenta la crisis de los misiles en Cuba, la preocupación de Kennedy respecto del episodio de descubrimiento de los misiles que estaban apuntando a Estados Unidos y que derivó en un ultimátum norteamericano a la Unión Soviética. Toda la preocupación de Kennedy era adoptar una posición que le permitiera a Khrushchev, el líder de la Unión Soviética, una salida elegante. Y, en efecto, se le creó esta salida bajo la forma de un ultimátum, un bloqueo o lo que fuera, para que Nikita pudiera salir del atolladero.

Perón no dio esa salida a su adversario; al contrario: lo incitó, lo hostigó, hasta que el adversario tuvo que tomar esta salida desesperada. Los hechos históricos así lo demuestran: la Revolución Libertadora fue un acto de desesperación. Lonardi prácticamente no contaba con ningún elemento que desde el punto de vista militar pudiera resultar decisivo a sus fines. El Ejército era en su mayor parte todavía leal a Perón, la Marina no, pero no tenía una operatividad que pudiera ser determinante en el derrocamiento del gobierno; y la Fuerza Aérea estaba en una posición, en general, de lealtad hacia el gobierno. Sin embargo, bastaron los dos o tres días que Lonardi se mantuvo en Córdoba y la emisión de proclamas por las radios, que inmediatamente se lanzaron a una labor de propaganda en contra del gobierno, para que todo se derrumbara.

* * *

Frente a la consumación del golpe, Perón ya no puede movilizar, como aquel 17 de octubre, a una masa obrera que, aunque leal, se había mantenido pasiva.

Del lado opositor se actuó con una gran decisión; del lado oficialista se actuó con una gran improvisación y una gran suma de contradicciones. Probablemente la mitad del país antiperonista ya estaba decidida a voltear a Perón, porque ya era una cuestión casi de orden físico, una cuestión de sobrevivencia; la otra mitad seguía siendo peronista, pero de algún modo se había entibiado, se había desganao. No tenía ganas ya de defenderlo a Perón, notaba seguramente que Perón había llevado las cosas a una tensión tal que no valía la pena seguir defendiéndolo y, encima, las muchas reiteraciones que se hicieron esos días sobre repetir el 17 de octubre y volver a defender a Perón como en el '45, carecían de lógica.

* * *

Los tiempos habían cambiado, habían pasado casi diez años, los hombres del '45 eran otros, los trabajadores que en 1945 habían rescatado a Perón en 1955 ya eran gente que tenía las pautas y las aspiraciones de la clase media: entre otras cosas, deseaban orden y tranquilidad, que era lo que Perón ya no les estaba dando. Y así se produce una revolución que tiene consecuencias muy importantes en la vida argentina. Por de pronto, la restauración de un orden democrático, entre comillas, de donde será excluido el peronismo, que es el partido mayoritario; el gobierno de Frondizi que siguió fue un intento de síntesis, la intención más inteligente de revertir la política económica de Perón sin tocar sus aspectos relativos a la justicia social. Pero Frondizi se encontró con que el país estaba alterado en todo sentido, que los roles habían sido cambiados, que las Fuerzas Armadas se consideraban custodios de

los valores de la Revolución Libertadora y el movimiento obrero se consideraba defensor de lo que dejó el justicialismo. La antinomia ya era irreconciliable.

* * *

La destitución de Perón lo volvió un mito para la clase trabajadora y lo salvó de tener que implementar un ajuste que lo hubiera enemistado con su propia base social. La historia tiene sus propios motivos, y cuando se examinan con perspectiva las cosas, *ex post fado*, se van explicando, hay una cierta lógica. Hubo una cierta lógica en este movimiento, que por otra parte no es demasiado diferente a otros movimientos populistas que hubieron en el mundo en aquella época, de tipo distribucionista, con un fuerte acento nacionalista. En ese sentido, también la historia a veces tiene sus bromas, porque parecería que dos factores, por lo menos, estaban siendo marginados como agentes de la historia. Frente a una civilización cada vez más mundial, frente a la hegemonía de las grandes potencias que imponían sus pautas de vida, sus técnicas, sus formas, a todo el mundo, uno hubiera pensado que el nacionalismo y la religión eran cuestiones que habían dejado de ser importantes. Y sin embargo, son dos factores centrales de la historia, movilizan los pueblos, cambian los sucesos previstos, provocan hechos importantísimos.

* * *

El nacionalismo fue encarnado de algún modo por Perón, con una política de la cual después arrió banderas, pero que de todos modos quedó también marcando a grandes sectores argentinos. El derrocamiento de Perón no solamente fue una fractura institucional —lo que siempre es malo— sino que le salvó la vida a Perón en muchos aspectos. Con un esquema económico y social desgastado como estaba, él hubiera tenido que hacer una cantidad de cosas que hubieran demostrado que en realidad el peronismo era oportunista, pragmático, que no era esa fuerza nacionalista y distribucionista que había sido al principio, sino que podía cambiar y convertirse. Yo estoy seguro de que Perón, si hubiera durado, si no lo hubieran derrotado, habría hecho lo mismo que Menem. Lo habría hecho, por supuesto, con más picardía, con ese estilo tan particular que tenía él, pero hubiera tenido que hacer más o menos las mismas cosas. Se habría desprendido de empresas del Estado, habría dejado de lado la política nacionalista, habría llamado a capitales extranjeros, habría entregado el petróleo a cualquier empresa que hubiera venido acá, etcétera. Él cayó, en cierto modo, en su mejor momento, cuando aparentemente aún no había arriado su bandera aunque en realidad ya había cambiado totalmente, incluso su política nacionalista, como lo demostró su acercamiento a los Estados Unidos. Perón se salvó de tener que

recorrer la parábola hasta el final, y por eso su hegemonía política ha durado tanto tiempo.

ALGUNAS DIVAGACIONES EN TORNO AL BICENTENARIO

En un artículo que se titulaba “Cuando los presidentes confiesan que se equivocan” he hablado de Perón, de Frondizi y también de Alfonsín y de Menem. Es interesante observar ese momento en que los presidentes en el ejercicio del poder toman debida cuenta de lo que han dicho cuando eran opositores, registran que no pueden seguir sosteniéndolo, y se ven obligados a cambiarlo. Pero ese cambio debe ser hecho de una manera formal, pública.

* * *

Perón era muy vivo, muy astuto, y en el Congreso de la Productividad no fue el gobierno el que suscribía las resoluciones, sino que lo hacían la CGT, por un lado, y la CGE, por el otro. Con un poco de tiempo, se habrían implementado medidas en el sentido de lo que el Congreso aconsejaba: fomentar la productividad general del país, hacer que la gente trabajara más, reducir los feriados, disminuir los beneficios de que gozaban los trabajadores para mejorar lo que hoy se denomina “costo-país”.

* * *

Frondizi llega al poder y hace su campaña sobre la base de una plataforma que había sido aprobada nueve años antes por el radicalismo y que ya había perdido vigencia: postulaba la reforma agraria, la cogestión de los obreros en las empresas, etcétera. Pero a la hora de actuar hizo lo que le pareció más conveniente, sobre todo en materia de petróleo. Se daba cuenta de que estaba violando de una manera desmedida su propio programa y sintió la necesidad de que se consagrara formalmente esa política. Para ello reúne la convención de la UCRI en Chascomús, mientras él permanecía en una estancia cercana, y ahí se aprueba un programa de acuerdo con lo que había hecho hasta entonces el gobierno de Frondizi.

Alfonsín también tuvo que retractarse de algunas cosas que había dicho en la campaña electoral. Y Menem, mejor no hablemos.

* * *

¿Qué obliga a hombres que llegan al poder con buenas intenciones a tener que rectificar cosas que han dicho antes? La ligereza de los dirigentes políticos cuando son opositores, el oportunismo para decir una cantidad de cosas que llegados al poder no podrán realizar. No pasa solamente en la Argentina, ha ocurrido en otros países del mundo —también de una manera muy dramática por cierto—. En general, al político se le reprochan estas inconsecuencias, pero en la Argentina estamos acostumbrados a tragarnos esos sapos, dicho en criollo para que se entienda.

* * *

De Gaulle llega al poder en 1958 llevado por las complicaciones del tema de Argelia, con la idea implícita de que él va a mantenerla como una colonia francesa. Empieza desde el primer momento a desmontar todo su proyecto para que Argelia se convierta en independiente y acabe con la tragedia colonial. Se lo reprocharon duramente, desde luego, pero era un tema respecto del cual, en primer lugar, De Gaulle se había manejado con mucha cautela y, en segundo lugar, todos los franceses lúcidos se habían dado cuenta de que no podía seguirse una guerra suicida de ese tipo.

Otros presidentes en el mundo, otros gobernantes, han tenido que hacer algo similar. Constituyen plataformas locas que después no pueden cumplir y la sociedad los reprocha. Tal vez haya una necesidad de que los políticos sean más contenidos en las cosas que digan, se comprometan menos con eslóganes, con lemas, con cosas de las cuales después, cuando ya no estén en el llano, van a tener que arrepentirse. Es indudablemente una falla en la madurez política del país.

* * *

Las revoluciones que hemos recorrido en el curso de estas páginas constituyen más bien un repaso de algunos aspectos centrales de la política cuando uno analiza el pasado de este país, tan joven por otra parte. No sabemos cómo se va a abordar el Bicentenario de la Revolución del 25 de mayo de 1810, pero estamos seguros que va a haber inventarios de lo que el país ha hecho o ha dejado de hacer en estos doscientos años. En 1910, cuando el Centenario por antonomasia, el Centenario con mayúscula, Joaquín González publicó un libro que aún hoy es interesante leer: *El Juicio del Siglo*, donde hacía un balance de la corta vida de la Argentina y marcaba algunas constantes acaecidas, como lo que él llamó la “ley del odio”, que a juicio de González era una persistencia dentro de nuestros tiempos históricos.

* * *

Hacia 2010 aparecerán seguramente evaluaciones bien hechas, o no tanto, pero que seguramente traducirán esa vocación por analizar qué somos, quiénes somos, de dónde venimos, qué se avizora en el horizonte. Serán balances muy característicos de la Argentina, un país que siempre está tratando de mirarse a sí mismo. Desde diversos puntos de vista, naturalmente, pero con un renovado interés por esto multiplicado fenómeno que significa ser un país.

En ese recuento nacional deberá ponerse énfasis en algunos aspectos que vienen desde el fondo mismo de la argentinidad, desde el primer momento en que se plantea la posibilidad de constituirnos como un país. Existe una cierta vocación por la democracia, casi diría yo por la igualdad, que nos resulta muy grata como nación.

* * *

En la Revolución de Mayo tuvo un profundo significado el hecho de que la igualdad se afirmara como un dogma en la sesión abierta del 22 de mayo. Ante una falencia de la autoridad, como la que ocurría en España con la cautividad de Fernando VII, era el pueblo el que debía designar a quien ocupara el poder. Esta idea, que después prevaleció como un dogma democrático, avanza a través de toda la historia, por supuesto con adelantos y con contrastes. Pero tiene una constancia permanente, y significa que la autoridad viene del pueblo.

¿Quién, cuánto, es el pueblo? Para definirlo, es necesario un complejo análisis del electorado, la forma de voto, la manera como se garantiza, el sufragio, etcétera. Y al lado de esto, el otro valor: la igualdad. Que no significa una semejanza de todos, sino simplemente un trato igual frente a la ley, y sobre todo iguales oportunidades para todos.

* * *

En un conglomerado humano como el que existe en un país, hay gente que tiene mejores oportunidades para realizarse en la vida: oportunidades por el nacimiento, por la educación, por el mundo en que se mueve. Sin desconocer estos factores, se trata de que ninguno de los habitantes haga su carrera en la vida con una desventaja que no pueda ser subsanada. Rescatemos la atención que los hombres del gobierno de 1880 prestaron a la educación primaria y a la necesidad de que todos tuvieran un mínimo de educación para que en su competencia por la vida estuvieran más o menos emparejados.

* * *

Algunos gobiernos acentuaron este aspecto; el de Hipólito Yrigoyen, sin decirlo y sin tener una ley que lo estableciera, realizó una notable mejora en las oportunidades de los hijos de los inmigrantes para tener una mayor responsabilidad en el manejo de la cosa pública. Los diarios de los conservadores de la época se burlaban del apellido de algunos funcionarios, de algunos diputados, que eran expresiones de ese partido triunfante en ese momento, que era el radicalismo. Pero esos apellidos propios de la inmigración delataban el éxito del fenómeno de la incorporación de los inmigrantes y sus hijos a la vida pública argentina.

* * *

Incluso durante la primera y la segunda presidencia de Perón, con todo su aparato represivo y autoritario, de algún modo también avanzó la idea de la igualdad social y, si se quiere, hasta de la democracia. A pesar de los numerosos actos donde certificaba su naturaleza autoritaria, arbitraria, la dignidad que el régimen peronista dio al trabajo, el hecho de que los movimientos obreros organizados dispusieran de medios para dar a sus afiliados una serie de ventajas con las cuales no habían contado antes, también fueron factores positivos en el adelantamiento de este valor de igualdad.

* * *

Un recuento que se haga en vísperas del Bicentenario habrá que tener en cuenta estas constantes. Nuestros procesos políticos han sido inestables durante ciclos más prolongados que los períodos de legalidad constitucional. Pero es evidente que el reingreso de la Argentina en una normalidad constitucional siempre fue saludada entusiastamente por el país entero. Cuando fue derrocado Frondizi y llega Guido, el acto que consagra el triunfo de Illia significó el retorno a la legalidad y fue satisfactorio para mucha gente, más allá del pequeño porcentaje que había obtenido. Y en 1973, cuando termina la llamada “Revolución Argentina” y el electorado va a las urnas y elige primero a Cámpora y luego a Perón, la idea predominante era que se había cerrado un ciclo de inestabilidad y venía un ciclo de mayor estabilidad y mayor solidez constitucional.

El público una vez más se expresó con júbilo tras los años oscuros del Proceso de Reorganización Nacional, cuando votó en 1983. Los bailes populares, la fiesta que hubo en las plazas de todas las ciudades, demostraban que el país se encontraba realmente con su vocación profunda, que era la democracia.

* * *

También habrá de tomarse en cuenta en los balances la fe de los argentinos en su propio futuro. Podría haber momentos mejores o peores, pero al fin el país iba a conquistar altos niveles de estabilidad, de crecimiento, de justicia distributiva, etcétera. Es una fe que no se puso nunca en duda, una especie de dogma que ayudó muchas veces a salvar los malos momentos.

En la época de Rivadavia se enfrentaron dos personalidades totalmente distintas: el propio Rivadavia, con su legalismo, su formalismo, su formación jurídica —su utopía si se quiere—, y Juan Facundo Quiroga, el caudillo popular, el hombre que expresaba a las masas de su tiempo. Sin embargo, los dos escribieron las mismas palabras referidas al futuro del país. Ambos escribieron con un año o dos de diferencia una frase textual, igual e inequívoca: “el porvenir venturoso de la República”. Los dos hablaban con optimismo del futuro.

* * *

La fe en el futuro se mantuvo con los exiliados en tiempos de Rosas. Ellos escribían no solo contra Rosas sino para ir construyendo el esquema de un país después de Rosas. Ese es el sentido de *Facundo*, por ejemplo, que no es un libro destinado a novelizar el personaje encarnado en Facundo Quiroga, sino la guía, el proyecto para destruir un régimen absurdo como el de Rosas, para poner las bases de un régimen más sólido, más racional, al decir del Sarmiento.

* * *

El porvenir del país se convierte en una especie de dogma a partir del '80. La certeza de que la Argentina iba a ser el país más grande de los países chicos, o el más chico de los países grandes, campea en los escritos de los intelectuales desde 1880 en adelante e impregna la mencionada obra de Joaquín González.

La crisis de 1929-1931, que era una crisis internacional, que venía de afuera y que sacudió fuertemente la estructura económica y productiva de la Argentina, se tomó no como una crisis estructural, sino como una crisis circunstancial que debía cesar cuando todo volviera a la normalidad; es decir, cuando se restablecieran condiciones parecidas a las que regían antes de 1929. Este es el profundo sentido del Tratado Roca-Runciman y de otros arbitrios del gobierno de Justo para tratar de superar la crisis.

* * *

Esta idea de la fe en el futuro campea durante todo el período de Perón, durante sus dos primeros gobiernos. Exageradamente, con motivos o fines propagandísticos, pero está presente. Y también en el gobierno de Frondizi, que, por su naturaleza desarrollista, significaba precisamente eso: el desarrollo de las fuerzas potenciales de la Argentina al servicio de un país más equilibrado, más sólido.

Son de esas cosas que no se pueden precisar con estadísticas pero que impregnan la vida colectiva, le dan un “toque”, un plus imperceptible que infunde una actitud en el espíritu de los argentinos.

Hay otro aspecto menos positivo que los anteriores, menos positivo que la vocación democrática, que la fe en el futuro. Ese valor negativo es la incapacidad de nuestro país para financiar su propio desarrollo. Cada vez que tuvo que poner en marcha algún tipo de plan orgánico para conquistar el futuro, para decirlo de alguna manera, hubo de recurrir a capitales externos.

* * *

Nunca tuvimos una acumulación de capital suficiente como para que nosotros mismos financiáramos nuestro camino hacia el desarrollo. Empieza muy temprano: el famoso empréstito de Baring Brothers en 1824, que se contrae en Londres; un millón de libras esterlinas para construir el puerto de Buenos Aires, hacer obras, dar agua a la ciudad, que finalmente se diluye entre comisiones, descuentos y seguramente algunas dudosas manipulaciones hasta que este famoso empréstito se terminó de pagar en 1903.

* * *

Después de Caseros, ya con la Nación unificada bajo la presidencia de Mitre, hubo que incorporar a la Argentina el gran instrumento del progreso de la época que era el ferrocarril. Los capitales argentinos sirvieron para construir el primer ferrocarril desde Plaza Lavalle hasta Flores, y nada más. Los ferrocarriles de grandes rutas, de grandes distancias, por ejemplo el que unía Rosario con Córdoba, tuvo que hacerse mediante la incorporación de capitales extranjeros que, desde luego, exigieron como contraprestación grandes ventajas. También ocurrió posteriormente con la explotación del campo, que necesitaba alambrados, molinos, bebederos, un manejo de la genética animal y vegetal también —aunque la agrícola vino después—, todo fue manejado en general por los capitales extranjeros. Los ingleses establecieron con la Argentina una asociación que mientras duró fue ventajosa para los dos países, pero que cuando empezó a resquebrajarse a partir de 1930 demostró con dureza toda su

perversidad y su falibilidad.

* * *

Esa incapacidad para financiar nuestro desarrollo se nota cuando este gobierno maltrata a algunas empresas concesionarias de servicios públicos, pero al mismo tiempo las obliga a que hagan mejores inversiones. Significa la incapacidad también para trazar nuestro propio camino de desarrollo. El gobierno de Frondizi reclamaba capitales privados, pero aclaraba que esos capitales irían a donde el Estado deseaba, a los rubros que interesaban al Estado en ese momento y no solamente a los que podían interesarles a esos capitales.

Esto demuestra, entre otras cosas, la falta de un capital nacional o, para decirlo con palabras muy gratas a los marxistas contemporáneos, la falta de una burguesía nacional. Es decir, de una clase que hubiera ahorrado dinero como para poder usarlo en el momento propicio para emprendimientos desarrollistas. Es una falencia que tenemos los argentinos y que no se superará por bastante tiempo: tenemos una dialéctica de querer el desarrollo y no poder hacerlo en forma porque dependemos de aportes externos.

* * *

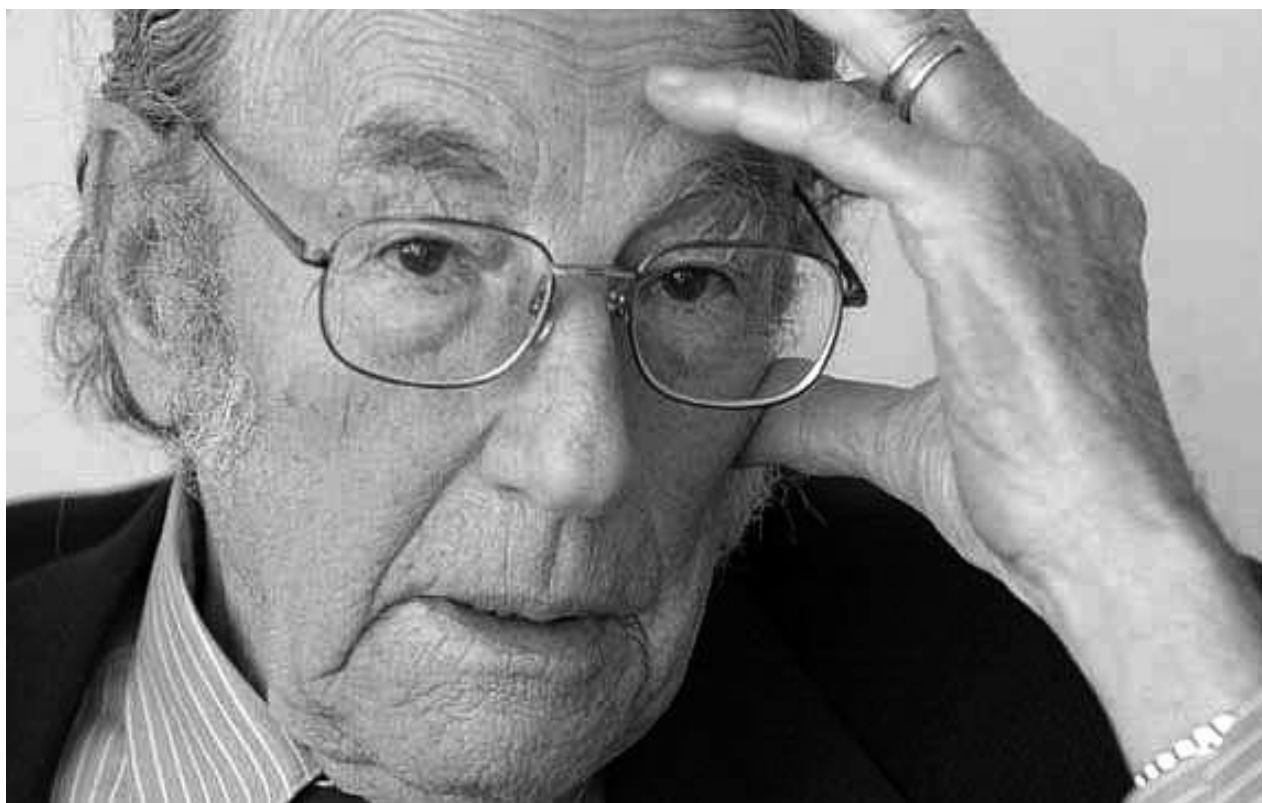
Debemos tener en cuenta la cantidad de gobiernos de facto que tuvimos desde 1930 para acá, y esto significa que, si bien somos unos enamorados de la democracia y de la igualdad, muchas veces no hemos tenido fuerzas suficientes para defenderlas como es debido. La impaciencia, las conspiraciones de núcleos de intereses que disponen de medios de comunicación importantes, la indiferencia popular por la suerte de un gobierno que ha votado el pueblo, contribuyeron a que estos mandatarios no pudieran hacer su experiencia y cayeran. ¿Qué hubiera pasado en el país si no hubiese existido el 6 de septiembre de 1930? Si no lo hubieran derrocado, Yrigoyen habría durado cuatro años más, probablemente habría muerto dentro de los cuatro años por su edad ya avanzada, y probablemente una coalición antipersonalista, como la que después rigió la vida del país —pero mediante el fraude—, habría llegado al gobierno legítimamente y entonces, la alternancia en el gobierno hubiera completado y perfeccionado ese anhelo democrático que realmente forma parte de la esencia de la Argentina.

* * *

En estas páginas no pretendemos revivir el pasado, sino simplemente sacar algún

fruto de la reflexión sobre lo sucedido. A tientas, equivocándonos muchas veces, no acertando el camino que aunque se presentaba con claridad veíamos difusamente, de todas maneras, los argentinos seguimos creyendo en nuestro país y seguimos apostando al país.

Eso me parece que es importante; tanto como es importante esa cosa inmaterial, indefinible, que no puede casi decirse con palabras, que significa simplemente esa situación por la que con seguridad ustedes y yo hemos pasado algunas veces: el mágico momento de emocionarse, de sentir que la piel se le eriza a uno cuando escucha el Himno Nacional o cuando ve la bandera, o cuando ve a los chicos con su delantal blanco desfilando y uno piensa: “Bueno, de todos modos, el país está vivo”.



FÉLIX LUNA Nació en Buenos Aires en 1925. Se graduó como abogado en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires en 1951. Escribió numerosas obras de historia, ensayo, ficción, periodísticas y musicales. Entre 1964 y 1973 fue editorialista en el diario *Clarín* y colaboró en diarios y revistas del interior del país. Entre 1963 y 1976 ejerció la docencia como profesor de “Historia de las Instituciones” en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. En 1967 fundó la revista *Todo es Historia*, que a partir de 1983 pasó a ser también un programa televisivo. Por su desempeño como investigador y divulgador histórico recibió distinciones de los gobiernos de Francia, Perú y Brasil, y fue nombrado ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires en 1996. Desempeñó también cargos públicos de relevancia y fue distinguido con una gran cantidad de premios entre los que sobresale el Premio Konex en el rubro “Biografías históricas”, en 1994. Entre sus libros se destacan *Yrigoyen* (1954), *Alvear* (1958), *Diálogos con Frondizi* (1962), *Soy Roca* (1989), *Historia integral de la Argentina* (1994/ 1997), *Martín Aldama. Un soldado de la Independencia* (2001) y el fundamental *Breve historia de los argentinos* (1993), reeditado recientemente por el sello Planeta en una versión corregida y aumentada por el autor.